



Yuri Andrujovich

Recreaciones

TRADUCCIÓN DE OLGA KOROBENKO

Lectulandia

Cuatro jóvenes poetas han llegado a la ciudad de Chortópil, invitados al Festival del Espíritu Renaciente, y lo primero que hacen, por supuesto, es irse a beber. Está Jomski, un donjuán treintañero y solitario, al borde de la depresión; Yurkó Mórtich, a quien los médicos han advertido que está a punto de morir; el paranoico Grits Stundera, que cree ver espías del KGB por doquier; y Rostislav Martoflak, el ídolo de la juventud ucraniana, acompañado de su esposa Marta, que ha tenido que sumarse al viaje para que el famoso bardo no cumpla su promesa de hundirse en el *delirium tremens*. En apenas una noche, y en medio de una orgía de cultura popular, disfunción cívica, sexo y orgullo nacional, cada uno de estos personajes correrá su particular aventura y, arrastrado por los acontecimientos, dejará marcado para siempre su destino futuro. Como oportuno patrocinador de estas recreaciones primaverales, muy parecidas a una noche de Walpurgis, se pasea entre ellos nada menos que el diabólico Dr. Popel, el mismísimo Lucifer en persona, con máscara de psiquiatra suizo y complacientes modales de aristócrata. En esta novela, de ritmo trepidante y prosa originalísima, Andrujovich rinde homenaje a Gógol y Bulgákov, al tiempo que nos regala una carnavalesca sátira de los nacionalismos emergentes en la nueva Europa.

Lectulandia

Yuri Andrujovich

Recreaciones

ePub r1.0

Titivillus 29.4.2017

Título original: *Rekreatsii*
Yuri Andrujovich, 1997
Traducción: Olga Korobenko

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EDICION CONMEMORATIVA

4.º

ANIVERSARIO



“MÁS LIBROS. MÁS LIBRES”

*A Sashkó y a Víctor,
a Víctor y a Sashkó,
sin los que esta cosa
no podría haber nacido*

Chortópil^[1] está completamente rodeada de montañas.
(De una guía de principios del siglo xx)

Tú, Jomski, o, simplemente, Jomá, ¿qué diablos estás haciendo en este tren que ya por la tarde se escapó de unos valles que parecían interminables y sobre las seis y media al fin se arrastró hacia la penumbra de las montañas? ¿Para qué vas a Chortópil, donde seguramente sobrarás, Jomski? Ya es tu segundo día de aburrimiento en este tren, tras haber dejado a voluntad de los tontos tus investigaciones pseudocientíficas, y ahora corres el riesgo de recibir una regañina del Instituto. Pero vas, vas porque te han avisado con un telegrama firmado por el propio Fellini, o no, por el mismísimo Hitchcock..., aunque no, nada de eso, el telegrama de Hitchcock se habrá perdido por el camino, y tú, en cambio, sólo has recibido una invitación a Chortópil, al impresionante festival del Espíritu Renaciente (al menos es lo que consta en el telegrama firmado por el «COMITÉ ORGANIZADOR»), para que llegues a más tardar el 27 de mayo, alojamiento en un hotel, gastos de viaje y dietas garantizadas, rogamos confirme su asistencia.

En Lviv entendiste que había casi una romería hacia Chortópil. Todos los coches de clase única estaban repletos del público que se apresuraba para llegar al festival, en su gran mayoría universitarios y chavales de la enseñanza superior que, en cuanto el tren se hubo puesto en marcha, abrieron las ventanas, sacaron por allí una enorme cantidad de banderas azuliamarillas y empezaron a entonar canciones de fusileros ucranianos. Pero tú, Jomski, no eres igual que ellos, tú vas en un coche de primera clase y no estás seguro si realmente hay alguien esperándote en Chortópil, donde al viejo pícaro Matsapura^[2] (porque ¿quién si no podía haber mandado aquel telegrama firmado por el «COMITÉ ORGANIZADOR»?) le han entrado ganas de alegrar al público con una función inimaginable.

Las primeras montañas no son demasiado altas, además, están plagadas de pozos petrolíferos, desprovistas de bosques, en las minúsculas estaciones se vende vino casero, los chavales con camisas bordadas y vaqueros desteñidos suben a los coches de clase única y enseguida despliegan las banderas traídas desde casa, así que se entiende inmediatamente: también van a Chortópil. Todos van a Chortópil. La mayoría de las chicas no son guapas pero sí jóvenes, y con esto basta, Jomski. Te

quedas mirando a una de ellas largo rato. Por alguna razón no sube al tren, se queda en el andén y el tren se irá de un momento para otro, y qué hará ella, se va a perder el Festival del Espíritu Renaciente, caray, ¿y luego qué? Jomski, mientras haya tiempo, grítale que suba, y tú gritas, Jomski. La chica sonríe, tiene demasiados dientes de oro y de repente entiendes que lo que más te ha gustado de ella son sus vaqueros y por eso no te da demasiada pena cuando el tren se pone en marcha y la Maruja con su sonrisa de oro se queda en el andén.

En tu compartimento, Jomski, viaja una pareja extravagante de rusos, o tal vez de judíos, esa clase de románticos que se han atrevido a descansar en los asquerosos hostales turísticos de los Cárpatos donde los pasillos huelen a fenol y el agua mineral a petróleo, pero da igual, que vayan a las montañas a buscar su edelweiss. Él tiene unos sesenta y tres, ella, a ojo, no más de treinta, por eso ayer, cuando subieron al tren, decidiste que eran padre e hija e intentaste tirarle los tejos a ella, pero el viejo te cortó de una forma bastante abrupta; por tozudo y por una cuestión de principios, la aguardaste al final del coche, la empujaste al aseo y cerrando por dentro te la comiste a besos; ella, sorprendentemente, respondió y tú seguías presionando, apoyando sus posaderas en el lavabo, Jomski. Hasta llegaste a pensar: ¿por qué no me la follo aquí y ahora, en dos o tres minutos? Pero el tren se paró y tuvisteis ambos una buena sacudida, perdiste el equilibrio y, mientras te incorporabas, ella se escabulló del aseo. No os habéis dirigido ni una palabra más.

El cuarto asiento del compartimento está libre desde Lviv —allí bajó el teniente coronel retirado que no iba a Chortópil—, gracias a Dios. Había dejado tras él en la mesa los periódicos *Pravda* y *Krásnaya Zvezdá*^[3], ayer estaba proponiendo que todos jugaran a las cartas en pareja, mas tú, Jomski, te fuiste al coche-restaurante donde pediste una comida y miraste por la ventana el triste valle ruso.

Y aquí, Jomski, ya casi estamos en verano, la flor de los cerezos se derrama sobre la hierba joven, las montañas son cada vez más altas, huele a hojas y manantiales silvestres, braman los renos, cantan los cuclillos y en la residencia veraniega de Su Eminencia están acabando los últimos preparativos para la temporada de caza mayor: se han pulido los suelos, se han sacudido las alfombras y los tapices, se han limpiado los espejos y los cristales, se han traído víveres y bebidas desde la propia Viena^[4] y se ha izado el estandarte familiar en la torre. Pronto, muy pronto, vendrán los distinguidos invitados en sus descapotables y la banda de cazadores los recibirá con trompetas y timbales, Jomski.

Queda todavía una hora hasta Chortópil, de hecho, el tren debería haber llegado ya pero va con retraso, pues todos los trenes ahora van con retraso; bastó con lanzar la consigna de la aceleración^[5] y todo en este mundo empezó a retrasarse. Y te pones a pensar si vendrán todos los demás, qué aspecto tendrá Martoflak —llevará barba o no— y si habrá acabado su novela en verso y si al final volverá a traer consigo a aquel bombón, su mujer; algunas veces ella tiene que quedarse con los niños y Martoflak en estos casos pierde los estribos, o sea, se emborracha hasta el tuétano.

Está claro que ningún Renacimiento del Espíritu es posible si no viene Martoflak. Y si él viene, vendrán, por supuesto, Mórtich, y Grits, y sólo entonces cabrá esperar algún renacimiento, joder.

Jamás has estado en Chortópil, Jomski, y hasta en una ocasión tuviste que aguantar la bronca de una poetisa patriótica: que si Chortópil es nuestra Meca espiritual y es imposible dejar de visitarla si realmente amas a tu patria, y cada artista debe amar a su patria, señor Jomski, así estuvo perorando ella una hora más o menos, en el club de la Sociedad Ucraniana,^[6] habiendo acercado su silla a la tuya, repitió lo mismo durante una hora, con unas variaciones insignificantes, inclinándose mucho hacia tu cara para que la oyeras mejor pero sólo percibías lo mal que olía, así que te juraste que nunca irías a Chortópil, pero allí vas, allí vas, Jomski, dejando tirados al Instituto y a Rusia, y a Yenia con su aborto, vas por dos días a mil kilómetros de distancia porque te ha llegado un telegrama de Matsapura, el genial director de todos los tiempos y de todas las civilizaciones.

Ojalá no me sienta demasiado solo e inútil allí, rezas para tus adentros; además, el COMITÉ ORGANIZADOR debe pagar los gastos de viaje de ida y vuelta y el hotel, y si no, tendrás que pedirle a Matsapura otros trescientos pavos, Jomski, porque no hay cosa que te saque tanto de quicio como la necesidad de tomar un trago por cuenta ajena, así eres, así has sido toda la vida, únicamente con tus fondos y punto, nada más qué hablar, no me gusta estar en deuda, puta madre. Calculas tus préstamos de este año en tu mente: juntos serán unos mil pavos pero no importa, pues ya estás acabando aquella novela compuesta de relatos y en el plan de la editorial tienes una entrada reservada para el año 92, así que, adelante, Jomski, la vida es maravillosa, los coches de clase única atiborrados de gente cantan, gallardos, «un, dos, un, dos, un, dos, tres», pero si es fascismo puro, dice en ruso el marido de tu amante de ayer y ella no sabe qué contestarle y parece que empiezan a arrepentirse de haber emprendido este viaje, para qué diantres tenían que venir a esta guarida de bandidos cuando la agencia les proponía unos tours bastante más interesantes y seguros, digamos, al Alto Karabáj o a Ferganá.^[7]

A medida que se acercan a Chortópil las montañas son más bajas, se hacen más suaves, detrás de las ventanas quedan viejas pensiones con torrecitas estilo de la Sezession y con pioneros de yeso^[8], un reino de agua mineral y mantas húmedas en habitaciones frías. En cada estación el tren se ve asaltado por nuevas multitudes de peregrinos que se dirigen a Chortópil con sus guitarras y sus mochilas, a veces se ven abuelitos y abuelitas melancólicos: se les ha dicho que un obispo, incluso hasta dos obispos, vendrán al festival —uno desde Lviv, otro desde Canadá— y bendecirán a todos los que lo deseen, además de consagrar la iglesia de la Resurrección en Chortópil, un monumento del siglo XVIII donde hasta hace poco se guardaban sacos de papel, Jomski, con abonos minerales.

Bueno, aquí está el Río —con unas piedras planas gigantescas en las orillas, con el gorgoteo de las aguas y el *ajo de oso* en los barrancos—, ahora ese puente de

ferrocarril, de todas formas son sitios hermosos, dice en ruso tu vecino a su fiel mujercita, sí, moscovita, la vida es maravillosa, estamos entrando en Chortópil, en nuestra Meca espiritual, que todo el mundo se levante, hay que comprobar que no dejamos nada, encontrar un ratito para hacerle un guiño de despedida a la amante del aseo y echar una última mirada al espejo.

Así es, Jomski, un abrigo ligero, largo y ancho, de color gris, una barba de una semana (al estilo de Broadway), el pelo recogido en una coleta en la nuca, gafas negras que estuvieron de moda en el 75, un sombrero, así es el viajero, la estrella de rock, el poeta y músico Jomski, o simplemente Jomá, el alegre hijo de puta en carne y hueso, que ha decidido honrar la provinciana Chortópil con su visita.

Desde la ventana de la plataforma del coche observas el paso de los talleres; la estación, al parecer construida aún en la época austríaca, está adornada con banderas y pendones, el andén está ocupado por los llegados al festival —están chiflando algo directamente de las botellas—, no saltes hasta que el tren se detenga por completo, Jomski, dónde está Martoflak, dónde está Grits, dónde está Mórtich, sólo hay rostros desconocidos, algunos de chicas (y chicos) guapos, pisas el andén medio perdido aunque aparentas la seguridad de un gurú hindú, dónde está Matsapura, que le den por el culo, para qué coño he venido aquí, este festival no es para mí, mira cómo gorjean las señoritas en los regazos de los señoritos, mas a ti, viejo cabrón, nadie te necesita aquí, vete de aquí, tú, pobre imbécil, y en este momento de crisis ves a un chico rubio, sonriente, de mejillas sonrosadas, como un muñeco, en un traje formal, con una identificación de papel «COMITÉ ORGANIZADOR» en el pecho y que sujeta bien alto en su mano derecha una placa de cartón que pone: «Mr. Khomsky, Leningrad» en inglés, y se te quita un peso de encima; te están recogiendo, te necesitan, Jomski.

Cuatro horas en autobús, aunque sea un Ikarus^[9], es un gran suplicio, sobre todo ahora, que todo el mundo parece desvariar —vienen volando a Chortópil como cuervos, toda la carretera está llena de coches, autobuses, y todos con sus banderas, todos van a Chortópil, una especie de locura colectiva—, Martoflak se ha dormido a mi lado como un niño, resuella tranquilamente entre su barba desgredada, ahora se parece a Ostápchik, y aún duda de que sea hijo suyo, idiota, y parece que la barba que lleva estuviese pegada —un gran niño, un tontorrón, un cateado en el colegio de la vida.

La esperanza de la poesía ucraniana, Martoflak Rostislav, un parado de treinta años, padre de dos hijos, padre de dos hijos míos, mi marido, Martoflak Rostislav, propenso a la gordura y a la bebida, alcohólico, mujeriego, padre cariñoso, hombre público popular, candidato a diputado, interlocutor brillante, ideal de las mujeres mayores, hijo atento, Martoflak Rostislav, amante de la comodidad y de los baños calientes, paseante nocturno, divo de los restaurantes, sueño de las estudiantes de la academia de música, mi hijo mayor, egoísta y cobarde, noble caballero, galanteador

obsequioso, amante tierno, amante flojo y ególatra, amante narcisista, amante impotente, amante fenomenal, amante fantástico, rayo de luz en mi cuerpo, ¡oh, Martoflak!

Nunca le habría acompañado a ese Chortópil si no hubiese insistido tanto. Hasta me amenazó con un ultimátum: si no voy, se emborrachará hasta la muerte en ese Chortópil, hasta el culo, hasta el *delirium tremens*, día y noche, beberá todo, lo que sea, vomitará y volverá a beber hasta que lo traigan a casa medio muerto. Sabe cómo chantajearme, el maldito, tuve que venir, tuve que mentir a los niños y decirles que volvería al cabo de media hora, ahora hasta se me encoge el corazón cuando me acuerdo del pequeñajo: estaba mirándome como si hubiera entendido todo, pero realmente tuve que mentirles y venir porque este desastre, este inútil de mierda, habría cumplido su amenaza sin duda alguna y se habría emborrachado como un cerdo, ya que está muy orgulloso de cumplir siempre su palabra, ojalá fuera así, sólo son habladorías, en realidad lo único que sabe es emborracharse.

¿Pero será posible que le importe tanto que vaya? ¿Será posible que le aburra ir sin mí? Allí, por supuesto, habrá todo tipo de putas itinerantes, otra cosa no, pero una compañera de cama sí que podrá encontrar en ese festival del Espíritu Renaciente a la primera, tal vez sea hasta más fácil que encontrar una botella, aunque también es verdad que es demasiado narcisista para irse con cualquiera; pero ¿será posible que me necesite tanto a mí y justo allí? Le tengo un poco de miedo a este apego, ya van siete años desde que rompió las copas^[10] y cada vez me tiene más afecto, se arrastra hacia mis adentros, se esconde dentro de mí, se ovilla como un feto y duerme, duerme, duerme —aquí en el autobús está durmiendo de la misma manera: su cabeza en mi hombro—, ay mi corazón, mi pelele sin voluntad alguna, incapaz de ligarse a una mujerzuela, Martoflak Rostislav, genio floreciente, intelectual pesado, charlatán, don del cielo, diamante excepcional, esperanza de una estirpe noble en vías de extinción, conde desposeído de su herencia, maníaco del alcohol, acomodaticio, poeta oficial, azote divino, instrumento del demonio.

Lo peor es que ya sé todo lo que pasará allí, en Chortópil, de antemano. La misma pandilla: Grits y Mórtich y el donjuán de Jomski, homski, con sus pretensiones, los chistes de siempre, las poesías de siempre, tal vez este mamarracho lea algo nuevo, un montón de admiradores, autógrafos, cada cuál más tonto, una borrachera nocturna en el hotel, luego Grits se dormirá en la mesa, Mórtich y Jomski se irán de putas, entonces aparecerá el pesado de Pavló con sus piropos y su botella, estaremos hablando casi hasta el amanecer sobre no sé qué demonios o sobre Ucrania, siempre es lo mismo, Matsapura no dará su brazo a torcer durante un buen rato, hasta que yo ya no pueda más y me duerma también, entonces ése se largará al final y Martoflak se pondrá a rebuscar si queda algo en las botellas, hará tintinear los platos, burbujas en el baño, fumará, finalmente se acostará a mi lado y haremos el amor en cinco minutos, después se dormirá él también y dentro de tres horas ya será hora de levantarse, el programa del festival está muy apretado y todo el mundo ansia ver a

Martoflak, mi cabeza estalla, los ojos rojos, oh, qué consabido todo esto, qué rutinario, este festival, este Renacimiento del Espíritu, este vacío...

Al fin y al cabo estos chicos tienen talento, son honrados, no se dejan seducir por el dinero, son la flor de la nación, hijos de los nuevos tiempos, poetas treintañeros, cada uno se cree el ombligo del mundo y en realidad no hay en ellos más que una insatisfacción sexual y un engreimiento inflamado —es que lo estoy leyendo en todos ellos—: movimientos nerviosos, ojos brillantes, cada minifalda les causa una tormenta interior, las piernas como tal no importan, ¿acaso creen que entienden de piernas?, todas sus ideas sobre las mujeres son perversas y patológicas, la gente así necesita tratamiento, sobre todo ese Jomski-homski con sus variantes femeninas, ese mismo que en el cumpleaños de Oleksa se disfrazó de puta, se maquilló, lució sus caderas embutidas en medias de malla, bailó tango con Mórtich y luego anunció que presentaba la parte *strip*, empezó a desvestirse retorciéndose al son de un tecno inacabable, lo más curioso es que realmente llevaba un sujetador, yo ya estaba cerrando los ojos porque este loco habría sido capaz de ponerse en cueros de verdad, pero sacó de sus bragas eso mismo, sí, aunque de goma, alguien se lo había traído de los Estados Unidos, estaba lleno de agua, y empezó a regar a todo el mundo y después se lo tiró a las chicas que hasta se estaban mareando de la excitación, cretino.

Duerme tranquilo, Martoflak, marido mío, queda al menos media hora hasta Chortópil, donde nos lo pasaremos bomba, de pequeña venía aquí a menudo con mis padres, conozco el camino casi de memoria, ya se ve la Peña Pintada, detrás de ella está el acueducto, dicen que realmente es romano, luego viene Koliba con su olor a pinchos de carne, imposible de airear, después la casa-museo de los Lantskoronski, de estilo gótico (¡qué moras crecen allí en las laderas, nunca he visto unas zarzas tan generosas!), j duerme tranquilo, las montañas nos salvarán, viviremos mil años más y moriremos el mismo día porque si no, no aguantarás y te entregarás a la bebida, en este mundo o en aquel otro, qué más da, encontrarás la bebida en cualquier parte, te conozco, es el sucedáneo de la sangre para ti, el alcohol fluye por tus venas, te sientes calentito y bien con él, estás como columpiándote en las nubes, si te cortas el dedo saldrá vodka en vez de sangre, y es normal, son los genes, no puedes ser distinto, con otra mujer ya te habrías ahorcado hace tiempo, pero has tenido suerte, idiota, de que yo no sea la otra sino yo, mi señor, mi amo, mi querido esposo.

Siempre te sacudes durmiendo, no sé por qué, a veces gritas, ves, te acabas de estremecer como un loco, siempre soñando alguna pesadilla pero casi nunca te acuerdas cuál fue, unos ancianos con sacos y bastones; qué te pasa que te estás quedando ciego de tanto mirarnos, chaval, tal vez aún impacto a los veinteañeros, se ha quedado mirando, examinándome abiertamente, un chico guapo, delgadito, con una camisa bordada y unos vaqueros, cabello dorado, ojos hundidos, esbelto como Dios. Pero ya te pasas, señorito, quieras o no, voy con mi marido, aunque esté durmiendo está a mi lado. Si me quitara esos siete años, tal vez te habría seguido el juego: el juego de ojos, de las insinuaciones, pues eres guapetón, probablemente un

chico universitario, no tienes asiento, pobretón, estás de pie en el pasillo, aburriéndote, y por eso examinas a las mujeres casadas, un joven donjuán, un tentador, un juncal, toda una flauta, tal vez haya salido del Komsomol y entrado en la SNUM^[11] o en alguna otra unión, ahí está el prendedor rojinegro, en su sitio, y el peinado, como el de David Bowie, un playboy principiante, está tan tierno, probablemente se afeita apenas una vez cada dos semanas, Martoflak también era así cuando nos conocimos, vaya, esto ya sobrepasa todos los límites, pero por qué vienes aquí si vamos juntos, acaso no lo ves, lo más gracioso es que Martoflak ni siquiera se despierta, ni siquiera se puede poner celoso, está soñando otra vez con vete a saber qué chorradas —ancianos andrajosos, monjes leprosos, pantanos, un can negro con las fauces abiertas y ensangrentadas—, bueno, qué me dirás, ya que has venido hacia mí di algo y no te quedes sonriendo como un tonto, yo también sé enseñar mi sonrisa y ésta incluso puede ser bastante seductora...

—Disculpe, ¿es el señor Martoflak?

Ah, ¡eso es! ¡Ha reconocido a mi maridito! Y yo, una vieja idiota, me fié de tus ojos —pues así miran a las mujeres—. Bueno, ahora pedirá un autógrafo, expresará su entusiasmo, menos mal que ya estamos llegando, ya se ven las primeras villas de Chortópil detrás de la ventana: vides silvestres, paredes de piedra, banderas en las torres y las montañas que se ciernen sobre las estrechas callejuelas.

Sí, es él, muchachito, es Rostislav Martoflak, a quien tanto admiras, eres un verdadero fan de mi marido así que al menos tienes que besar la mano de la que lava los calcetines a tu ídolo y le prepara la sopa y no duerme mientras él vaga hasta el amanecer en compañía de toda clase de dudosos políticos y cooperativistas^[12] y después, mientras él pasa todo el día durmiendo, corre a recoger a los niños de la guardería esperando encontrarle por la tarde en casa pero no está otra vez porque tiene que derrochar hasta el último copec de sus honorarios celosamente guardados, y tú adorándole como a un santo, pobre chaval.

—¿Entonces el señor Martoflak va a recitar sus poemas en el festival del Espíritu Renaciente?

Claro que sí, qué remedio, cómo no va a recitar sus geniales poemas —sería una tragedia nacional o algo peor—, estar en Chortópil y no satisfacer su egoísmo con una paja pública, con una lectura de poesías o de un fragmento de su novela en verso que, palabra de honor, no va a acabar nunca, ya le conozco, y mientras tanto insuflará las mejillas, se hinchará como un pavo con los fuertes aplausos y de todas formas me regalará o, más bien, me dejará las flores a mí —así de brillante e irresistible, con una barba desgreñada.

Bueno, estás contento, chiquillo, ya puedes irte, acuérdate de comprar una entrada para el recital poético, si no, no podrás sacar el gustazo de mi marido, ese profeta durmiente que sigue resoplando aunque ya estamos girando hacia la estación de autobuses. Dios, cuántos autobuses, es hora de despertarle, son las ocho menos cuarto, a las ocho hemos quedado con todo el mundo en El Mercado y él durmiendo,

maldito leño, saco de mierda, oráculo, el futuro de la nación, mucho ruido, un desastre, mi amor, el padre de mis hijos, la alegría de mi cuerpo, mi conquistador, mi maravilla, mi orgasmo eterno, ya hemos llegado, baja, Róstik.

Ir en un Chrysler Imperial anterior a la guerra por una carretera de montaña es un gran placer. Puedes adelantar tranquilamente a toda esta avalancha de cafeteras de la época soviética que están afluyendo a Chortópil y, situándote a la cabeza, ser el primero en llegar al festival. Te sientes como un gángster de Chicago de los años treinta a quien sus cuidadosos tutores llevasen de vacaciones a algún lugar de la Riviera para despacharlo sin mucho jaleo en cualquier hotel de lujo. Este pensamiento genera sensaciones cálidas y cierta zozobra en el corazón.

Grits Stundera y Yurkó Mórtich ya llevaban casi una hora haciendo autostop al lado de la carretera a la salida de Kolomiya, pero ningún hijo de puta quería parar y recogerlos aunque todos iban hacia Chortópil. Y cuando ya no les quedaban más maldiciones ni cigarrillos, y la seguridad de llegar tarde al festival aumentaba como la amenaza de la guerra civil, apareció un Chrysler Imperial fantástico con una matrícula extranjera y un señor agradable de barba canosa con gorra a cuadros y ropa gris de viaje que frenó amablemente y les invitó a subir. Hablaba un buen ucraniano, realmente, también de la época anterior a la guerra, por lo que Mórtich dedujo enseguida que el señor de la gorra era un emigrante.

—Soy el ciudadano suizo y doctor en Medicina Popel —se presentó el anciano cuando arrancaron—, clínica privada en Lucerna, cantón Bayonne.

—Stundera —informó Mórtich.

—Mórtich —informó Stundera.

—Es un verdadero placer viajar con poetas tan ilustres —les sorprendió el doctor Popel amablemente.

—¿Ha oído hablar de nosotros? —se giró hacia él Yurkó que estaba sentado delante.

—Estamos al tanto de lo que pasa en Ucrania —dijo el doctor a modo de explicación.

—Entonces déjenos algo para fumar porque se nos han acabado los cigarrillos —se asomó Grits desde atrás.

—Ah, pues sírvanse, hagan el favor —y dos paquetes de cigarrillos Gauloises excepcionalmente sabrosos emergieron del bolsillo del señorón Popel y, haciendo una pausa momentánea en su mano derecha, volaron a los bolsillos rotos de los poetas andantes.

—Primero nos fumaremos los tuyos, sácalos —ordenó Mórtich, pero Grits le hizo el corte de mangas y a continuación los dos encendieron un cigarrillo de sus paquetes.

—Señor Popel, por casualidad, ¿no será usted agente del CIA? —inquirió Yurkó.

—Yo soy médico psiquiatra, señor Stundera.

—Soy Mórtich.

—Oh, disculpe usted, señor Mórtich.

—No Ñormórtich, sino Mórtich.

—Disculpe otra vez.

—Son sus bromas —aclaró Grits—. No le haga caso. ¿Ha venido en este coche desde Suiza?

—¡Quiá! Qué dice. Apenas desde Lviv. Me lo compré en Lviv.

—Un buen coche —elogió Grits.

—Gracias, a mí también me gusta. Un poco anticuado.

—Señor Popel, ¿nos podría extender una invitación a Suiza? —se interesó Yurkó.

—No hay gran necesidad —dijo el doctor.

—¿Quería decir «no hay gran dificultad»? —intentó corregirle Grits.

—Ne, quería decir que es mejor que vayan ustedes a Estados Unidos. Puedo hacerles una invitación para Estados Unidos.

—Señor Popel, es mi segundo librito. Se lo he dedicado —casi se inclinó Yurkó.

—Oh, se lo agradezco muy cordialmente. ¿*La huida a Egipto*? Un buen nombre, me suena de algo. Y su libro ya lo tengo —le notificó a Gritskó, dándose la vuelta.

—Me alegra oírlo porque aún no he publicado ninguno.

—¡Vaya! ¿Entonces el libro que tengo no es suyo?

—Seguro que no.

—Entonces espero poder tener su libro.

—Le regalaré mi manuscrito. Llevo un ejemplar aquí. Tenga.

—Oh, con mucho gusto. Tengo que agradecerse. Aquí tiene diez dólares. ¿No será demasiado poco?

—Creo que no.

—Señor Popel, ¿no le interesa la ubicación de las plantas militares en nuestra provincia? —preguntó Yurkó.

—Sabe usted, no. ¿Y usted tiene algo que ver con las plantas militares?

—Nada que ver.

—A mí también me parece que no. No me interesan esos asuntos. Simplemente voy a Chortópil, al festival del Espíritu Renaciente. Dicen que será algo especial. Los gutsules^[13] en trajes regionales, la música, danzas de todo tipo. Todo eso es muy de mi agrado. Llevo una cámara, así que podré rodar toda una película...

—¿Cómo es eso de vivir en Suiza? —le interrumpió Grits.

—Sabe usted, no es una pregunta fácil de contestar.

—¿Y conoció a Hermann Hesse? —espetó Yurkó.

—Le conocí ya en los últimos años de su vida. Nos veíamos en conciertos de música barroca. Hermann sentía mucho aprecio por la vieja música clásica europea, tal vez más que por el jazz o por Beethoven. De hecho, eso decía, que para él la música de verdad se terminaba con Beethoven...

—¿Y conoció a Freud?

—¿A Freud? Personalmente no, pero asistí a sus clases en Salzburgo, antes de la guerra.

—Así que es usted bastante viejo, señor Popel —concluyó Grits.

—Siempre he aparentado menos edad de la que tengo.

—¿Y conoció a Jung?

—Oiga, no puedo conocer a todo el mundo. He conocido a algunos discípulos de Jung. Algunos trabajaron conmigo en mi hospital...

—¡Increíble! ¿Y conoció a Joyce?

—Lo he leído. Me causó muchísima impresión en mi juventud...

—¿Lo ha leído en inglés?

—En francés, y después otra vez en alemán...

—¿Y en su Suiza conocen a un poeta como Antónich?

—¿Malkóvich?

—No, Antónich, Bogdán-Ígor Antónich^[14], ¿un poeta?

—Sabe usted, es la primera vez que lo oigo pero buscaré su libro sin falta. ¿Es éste su compañero?

—Sí. Tiene veintisiete años.

—Oh, es muy joven. Puede que por esto no le conozca.

—Grits, ¿por qué callas? ¿Duermes? —Yurkó miró hacia el asiento de atrás.

Sin embargo, Grits no dormía. Estaba atareado abriendo una lata de cerveza que había encontrado en el Chrysler.

—Discúlpenme, olvidé ofrecerles —dijo el doctor sacando otra lata y tendiéndola a Yurkó—. Bayer. ¿Tal vez quieran comer algo? Llevo aquí unos canapés con jamón y queso emmental, algo de patatas, *crackers*, salsa de tomate, salami, zumo de naranja...

—Muy bueno. ¿Y todo esto lo ha traído desde la misma Suiza? —curioseó Grits al cabo de un minuto mientras masticaba una rosada loncha de jamón cocido tiernísimo.

—¡Quiá! ¡Qué dice! Es la familia de Lviv que me ha provisionado para el viaje. Dicen que en Chortópil no hay comida.

—Tiene una buena familia —resumió Mórtich—. ¿Y en Chortópil se alojará en un hotel?

—En Chortópil también tengo familia. Probablemente me quede con ellos. Aunque parece que ya se han muerto todos.

—Está claro. Tome nota de este pedrusco pintoresco que cuelga encima de la carretera —señaló Grits.

—La Peña Pintada —nombró el doctor correctamente.

—¡Exacto! ¿Así que conoce estos sitios? —levantó las cejas Yurkó.

—Si he nacido aquí...

—¡Vaya! Entonces debe saber dónde está en Chortópil la plaza El Mercado —se dio cuenta Grits.

—Cómo no iba a saberlo si ahí transcurrió mi infancia. Papá tenía una farmacia en la plaza. A menudo jugaba allí, en los cuartos traseros abarrotados con paquetes de medicinas, retortas con unos líquidos multicolores, básculas viejas, conchas, plantas exóticas secas recogidas en el monte en verano, astrolabios, salamandras y víboras en frascos con formol, sortijas de plata, libros en latín, termómetros... Me metía en el fondo de este mundo tranquilo y silencioso y escuchaba cómo sonaba a veces la campanilla de la puerta de entrada, venía un visitante, oía a mi padre hablar con él detrás de la puerta, eran sobre todo gente sencilla, gutsules que no entendían nada de farmacopea, después oía cómo el reloj de la casa consistorial marcaba el cuarto de turno y soñaba con pasar allí toda mi vida, en aquellos cuartos repletos de balanzas y candelabros de bronce, llenos de bolsas de agua caliente, enemas, jeringas...

—Preservativos —agregó Mórtich, impertinente.

—No recuerdo si también había preservativos —el doctor Popel se encogió de hombros—. Tal vez los gutsules no los utilizaran. ¿Y ustedes tienen algún problema con los preservativos?

—Como vamos al festival del Espíritu Renaciente, sí que tenemos un problema —confesó Stundera—. Sabe usted, allí habrá un mogollón de chicas guapas desconocidas...

—Oh, pues sírvanse, se lo ruego. —Y el mismo bolsillo mágico produjo dos pulcros globos—. Esto no es ningún problema...

—¿Qué haríamos sin usted, señor Popel? —dijo Mórtich, amable.

—Pero volvamos al Mercado. ¿Nos podría llevar directamente? Hemos quedado allí a las ocho con unos amigos...

—Con mucho gusto, chicos.

—Le invitamos mañana a la tertulia poética donde recitaremos nuestros poemas —añadió Grits, llenando sus bolsillos con canapés y galletas sacadas de bolsas de papel.

—Vendré con mucho gusto. Les agradezco su invitación. Me resultará muy placentero.

Tras pasar el acueducto y el restaurante de carretera Koliba, el Chrysler hizo un giro suave para su tamaño en la última curva hacia Chortópil, unos minutos más tarde en la ladera de la derecha apareció la villa gótica de Lantskoronski.

—No sé cómo están las cosas ahora —habló Popel tras una pausa—, pero en mi época había unas zarzamoras magníficas allí, detrás de la villa de Lantskoronski. Iba a coger moras de pequeño. Allí estuve por primera vez con una señorita...

—¿Y se la tiró? —se interesó Yurkó.

—¿Disculpe?

—Le pregunta si tuvo lugar el coito —explicó Grits.

—¡Oh, hasta esto quiere saber! Tenía los dientes delanteros así, como de conejillo...

—¿Y esto le detuvo? —preguntó Yurkó comprensivo.

—No, pero para serle sincero, no la quería.

—¿Y cuál es su actitud hacia las mujeres en general? —inquirió Grits, filosófico.

—Deseo mantener con ellas, como se dice aquí, relaciones mercantiles exclusivamente. Tienen mucho poder en esta vida. Oh, ¡ya llegamos a Chortópil...! ¡No pueden ni siquiera imaginar qué significa Chortópil para mí! Estas villas envejecidas con sus vides silvestres, estas murallas, estas torres con sus ventanucos pequeños, estas montañas que se ven desde todas partes, esta iglesia dominica. Ahora, si no me equivoco, es por esta calle recto, luego hay que girar a la derecha y ya estarán en la plaza El Mercado. Ahá, ne, disculpen, segunda a la derecha porque la primera va a la iglesia de la Resurrección...

—Señor Popel, tiene usted una memoria excelente —le elogió Grits.

—¿Cuántos años tiene? —lanzó una directa Yurkó.

—No soy joven ni viejo, chicos. Soy eterno. Como ustedes, a fin de cuentas. Plaza El Mercado, ¡aquí la tienen! ¿Esos de allí no les están esperando? Creo que aún nos veremos, les agradezco mucho su compañía, ha sido todo un placer, ¡que tengan unas felices fiestas!

—Felices fiestas, viejo capullo —profirió Mórtich cuando el majestuoso Imperial ya se hubo alejado y entonces miró alrededor.

En la plaza estaban acabando los últimos preparativos para la fiesta: traían las mesas, colocaban las carpas, montaban escenarios adornados con cintas, guirnaldas y farolillos.

Las multitudes policéfalas ya estaban llegando con sus velas, máscaras y banderitas.

—Allí están, esperando —y Grits hizo un movimiento de cabeza hacia el monumento a los primeros komsomoles que se empinaba inútil en medio de la plaza—. Oye, Martoflak ha traído otra vez a su media naranja... Jomá, como siempre, está irreconocible... ¿Y quién es ese cerdo rubio que está con ellos?

Bilinkévich —así se llamaba el cerdo rubio—, instructor del comité del Komsomol de Chortópil, miembro del COMITÉ ORGANIZADOR que había recogido a Jomski en la estación, un chico formal con un traje soviético y una corbata, casi un pijo, les estaba proponiendo a todos ir a registrarse ya en el hotel Montaña Azul donde, según decía, había habitaciones reservadas para los participantes del festival, pero la cofradía no quiso ni escucharle porque en la cabeza loca de Mórtich surgió la idea de una cerveza.

—No podemos irnos así, sin probar la cerveza local —declaró Yurkó—. Es lo mismo que deshonorarse para siempre, cubrirse de ignominia, volver la espalda al enemigo, fallarnos a nosotros mismos, cagarse encima. ¡Al fin y al cabo, tenemos ciertas obligaciones morales con nosotros mismos!

Todos los demás le apoyaron con mucho entusiasmo, excepto Martusia que torció

un poco el morro, pero como su queridísimo Martoflak aprobó la idea de Mórtich con toda su energía, se resignó y siguió a los amigotes hasta la cervecería Bajo el Arenque, cuyas puertas estaban abiertas de par en par, de la forma hospitalaria aquí mismo, en El Mercado, en uno de los antiguos sótanos de los mercaderes.

Bajando hasta el fondo por unos peldaños resbaladizos y empinados y abriéndose paso a través de un bosque tupido y lleno de humo de bebedores de los que a esta hora había en la cervecería más que nunca y cada uno de los cuales no dejó de sobar a Marta con una mirada acuosa y pegajosa, los colegas al final encontraron una mesa libre, pringada de espuma. Bilinkévich desapareció por un momento en los laberintos de la cocina pero volvió enseguida y dos camareros se pusieron a traer a su mesa la cerveza con palitos salados para picar. La cerveza resultó realmente buena y Mórtich se puso a contar su larga historia que empezaba en los tiempos de la dominación austríaca cuando el famoso cervecero Majalski había fundado su filial en Chortópil esperando aprovechar la composición química del agua del Río, excepcionalmente beneficiosa, y sus cálculos habían terminado siendo tan exitosos que pronto la cerveza de Chortópil ya se estaba suministrando a la corte de Su Majestad el Kaiser en Viena.

—Es una historia ejemplar, amigo Mórtich —observó Jomski—, pero me gustaría oír algo más de la diversión que pronto tendrá lugar aquí. ¿Qué nos puede contar, joven ángel?

Bilinkévich hasta se sonrojó a causa de este vocativo, pero entendiendo que estaba tratando con gente bohemia se concentró y explicó:

—Festival del Espíritu Renaciendo... te. Renaciente.

—¡Muy bien, joven! Nos ha comunicado precisamente lo que ya sabíamos. Estoy muy contento con su respuesta.

Todos rieron, más bien se descojonaron de risa, pero en este momento Bilinkévich recibió un rayo de luz salvador y empezó a rebuscar en todos sus bolsillos sacando al final de su bolso compacto, popularmente llamado «mariconera», un folleto doblado en cuatro, impreso en offset en un papel maravilloso que hasta parecía finlandés.

—Aquí lo pone todo —balbuceó.

—¿Y dónde está Matsapura, qué está haciendo y por qué no ha venido a recibirnos? —siguió interrogándole Jomski, el exigente.

—Como director general del festival, Pavló Abrámovich está muy ocupado —contestó Bilinkévich rápidamente—. Está ahora con los últimos ensayos preparatorios. Por eso todas las cuestiones de su alojamiento y estancia en el festival me las encomendó a mí,... De hecho, ahora mismo es tiempo libre según nuestro horario. Porque el festival propiamente dicho empezará aquí, en la plaza, en unas cuatro horas, entre las doce y la una de la madrugada...

—Prestad atención, es interesante —interrumpió con su voz profunda de actor Martoflak, quien antes estuvo hojeando el folleto del festival en silencio y se puso a

leerlo en voz alta:

ESTIMADA COMUNIDAD, COMPATRIOTAS,
SEÑORES Y COMPAÑEROS:

¡Al fin hemos vivido para ver el día en que las fuerzas negras del mal y de la reacción, superadas por el Esclarecido Espíritu Cosaco^[15], tiemblan aterrorizadas! Tenemos una decisiva oportunidad de mostrarnos a nosotros mismos y mostrar a todo el mundo civilizado de qué Padres tan ilustres somos hijos y de quién es la Sangre caliente que fluye por nuestras venas.

A estas alturas necesitamos forzosamente un Festival que nos mancomunará en un único arrebató de creación y edificación. Antigua y eterna, como nuestra propia historia atormentada, Chortópil os invita a divertirnos con toda su hospitalidad. ¡El Espíritu debe renacer! La verdadera esencia de nuestra función es la victoria sobre la Muerte. Nuestros antepasados, los gloriosos cosacos de Zaporozhie, goliardos, clero y burguesía lo entendían perfectamente cuando todos los años a finales de mayo —este maravilloso mes de la Naturaleza Despertada y de la suntuosidad paradisíaca del verde en nuestra tierra— organizaban sus recreaciones, fiestas populares de carnaval con canciones, bailes, recitales de poesía y funciones teatrales. Las almas desencadenadas celebraban su renovación, la Risa Libre y la Poesía Desatada se elevaban por encima de la Tierra pecadora, y la Descarnada cedía ante los golpes implacables de la Inmortalidad Humana.

El 27 y 28 de mayo, por primera vez en doscientos años, se celebrarán en Chortópil las restauradas recreaciones populares bajo el nombre general del Festival del Espíritu Renaciente. Este festival será el primer paso para el renacimiento de las antiguas y bellísimas tradiciones de nuestro pueblo. ¡Bienvenidos todos a Chortópil!

PROGRAMA DEL FESTIVAL

1. *La fiesta que siempre nos acompaña*^[16], conferencia científico-teórica (ponencias e intervenciones de ilustres filósofos, economistas, ecumenistas, parapsicólogos y psicólogos, historiósosos, astrólogos, politólogos, diputados populares, hipnotizadores, demiurgos, etc.): 27 de mayo, inicio a las 16 h., sala de conferencias del Comité local del Partido Comunista de Ucrania.
2. Liturgia solemne y reconsagración de la iglesia de la Resurrección, monumento de arquitectura en madera del siglo XVIII: 27 de mayo, inicio a las 19 h., iglesia de la Resurrección de Chortópil.
3. Concierto del grupo folklórico Guimbardas doradas de la Casa de Cultura municipal de Chortópil: 27 de mayo, inicio a las 20 h., cine Rusia.
4. Concurso de baile: 27 de mayo, inicio a las 20 h., cine Rusia.
5. Proyección de la película *Emmanuelle 4* (Francia): 27 de mayo, inicio a las 20 h., cine Rusia.
6. 0 horas 30 minutos del 28 de mayo: inicio del espectáculo feérico del carnaval en la plaza El Mercado: concurso de chistes, oratorio *Espíritu que el cuerpo arrastra a la contienda*^[17], elección de la Reina del Festival «Supermiss», juegos de tirar la cuerda y tirar de la manta, habilidades de acróbatas, diversiones de apócrifos, espectáculo-misterio *Allá donde el amor patrio inspira*^[18], bailes, guasas, amoríos.
7. Feria con motivo de la fiesta en la plaza El Mercado y alrededor de la iglesia de la Resurrección: 28 de mayo, a partir de las 10 h.
8. Procesión hasta la Peña Pintada con la subida al pico: 28 de mayo, formación de

- las filas desde el principio de la calle Dzerzhinski^[19], inicio a las 13 h.
9. Festival de rock *Presentación del cadáver* (participan los grupos *Doctor Tagabat*,^[20] *Huevos rotos*, *Leviatán*, *Orgasmo*, *Abies alba*^[21] etc.): 28 de mayo, cercanías de la Peña Pintada, inicio a las 15 h.
10. Tertulia poética «Somos porque no podemos ser»: Polideportivo Recursos Laborales^[22] de la ciudad de Chortópil, inicio el 28 de mayo, a las 20 h.
11. Acordes finales del festival: un majestuoso mitin de protesta y un banquete sacro en las orillas del Río, la ablución de los cuerpos, las Grandes Hogueras.

El programa del festival puede incluir sorpresas.

¡AMIGOS! El Renacimiento de nuestro Espíritu y, con él, la liberación final se hace realidad. ¡Somos capaces de vencer y venceremos! ¡Divertíos y os divertiréis! ¡Viva Ucrania!

COMITÉ ORGANIZADOR

Director y responsable de puesta en escena del Festival:

PAVLÓ MATSAPURA

Directores artísticos:

KAUFMAN-Y-KOJ^[23]

El COMITÉ ORGANIZADOR expresa su sincero agradecimiento y profunda lealtad a los patrocinadores del festival: Metálica, S. Coop. (Chortópil), JV Intersex y en especial al señor Frank Popel (Suiza).

—¿Y qué me decís ahora de todo esto, amigos? —Martoflak echó una mirada inquisitiva alrededor.

Los amigos que ya estaban remojando sus bigotes casi todos en la segunda caña dijeron de todo esto aproximadamente lo siguiente:

—¡Menudo programa!

—¡Qué idiotez!

—¡Chorradas!

—Parece que vuestro Matsapura se ha chiflado definitivamente —resumió la Marta de Martoflak.

Sin embargo, todos estos comentarios sólo fueron la señal de una alegre aprobación y Martoflak se quedó contento con el efecto producido por su jugosa lectura en los presentes.

—Grits y yo os diremos más. Ese señor Popel de Suiza que se menciona como

patrocinador es buen amigo nuestro. Cuando veníamos hacia aquí nos regaló un condón a cada uno y hasta prometió invitarnos a Estados Unidos —informó Mórtich.

—¿De verdad? —mostró interés Marta.

—No te preocupes, Martusia, nos llevaremos también a tu marido, sin falta. Por cierto, hoy estás preciosa —y Mórtich le lamió la mano.

A Marta le resultó agradable pero no dejó traslucir ni asomo de placer.

—Mi marido ya tiene una invitación a Estados Unidos.

—Tío, si vas a Estados Unidos tráeme un consolador de goma —se puso a suplicar Jomski—. Yo tenía uno, ¿te acuerdas? Se puede llenar con agua caliente. Pero me lo robó algún gilipollas, probablemente en la residencia...

—Tiene que ser una chica —intuyó Martoflak.

—Y el tuyo, ¿aún lo llevas encima? —preguntaron Mórtich y Grits casi al mismo tiempo.

—Lo podéis comprobar, coleguis —respondió Jomá con aire altivo—, cuando nos acostemos hoy lo comprobareis.

—Me temo que no podremos acostarnos teniendo en cuenta lo saturado que está el programa —desvió Martoflak la conversación de aquel tema desagradable para Martusia.

—Si es así, ¿para qué diablos hemos venido? ¿Y para eso conseguimos preservativos con tantas dificultades? —se indignó Grits.

—Nadie te pide que vagues por el festival todo el rato —puntualizó Jomski con razón—. En cuanto encuentres a la primera *supermiss* aceptable, adelante. Cada uno de nosotros es libre de elegir. La gente que no es libre no hará un festival libre. Quieres ser libre, sé libre.

—Estoy totalmente de acuerdo con Jomá —manifestó Martoflak con aire de importancia, pero enseguida se topó con la mirada fulminante de Marta.

—¿En qué sentido? —inquirió ella.

—En el sentido de que si quiero emborracharme, ¡me emborracharé y basta!

—No seas rudo con tu mujer, tío, está hoy verdaderamente preciosa —intervino Jomski, clemente, y le dio un beso a Marta en la mejilla.

Mientras tanto Bilinkévich, que sólo sabía que estaba encargado de acompañar a unos ilustres poetas de la modernidad y que les estaba acompañando, no tenía ni idea de cómo reaccionar ante estas divagaciones bastante explícitas y se sentía un poco en el aire. De hecho, intentaba sonreír y asentía con la cabeza que, la verdad, ya le empezaba a doler un poco —bien por la estupenda cerveza de Chortópil a la que el joven líder del Komsomol no estaba acostumbrado, o bien por el exceso del humo que le irritaba los ojos—. Aprovechando la pausa que se estableció por un momento en el amistoso parloteo, Bilinkévich decidió resolver una cuestión que, al parecer, le tenía preocupado desde hacía tiempo:

—¿No sabréis en qué está trabajando ahora el poeta Mikola Nagnibidá?^[24]

—Sabes, tío, parece ser que ha muerto hace unos treinta años —explicó Mórtich

amablemente—. Aunque es totalmente posible que siga trabajando en algo ahora, a pesar de que de momento no tengamos ninguna noticia suya.

—¿Cómo que ha muerto?! —se espantó Bilinkévich sinceramente—. ¡Si el año pasado vino aquí a dar conferencias! Asistí a su seminario en la Casa de Cultura...

—Lo que estás diciendo, Ivancito, es totalmente posible: en cierto sentido, el poeta Mikola Nagnibidá estará eternamente vivo y omnipresente como Krishna —contestó Yurkó tolerante.

Sin embargo, no contento con esta respuesta, Bilinkévich siguió con la discusión literaria:

—Si luego cenó en el restaurante En el Mercado, aquí, al lado de la cervecería... Pidió un escalope a la gutschula... Y se lo comió...

—O sea, si te he entendido bien, ¿piensas que no fue un espíritu sino un ser humano de carne y hueso? —concretó Mórtich.

—Bueno, sí.

—¿Y no será que le habrás confundido con algún otro gran poeta?

—¿Cómo podría haberle confundido si fui yo quien le hizo la reserva de hotel...?

—Entonces es algún otro Nagnibidá, también poeta —supuso Grits.

—¡Seguro! —a Bilinkévich se le iluminó la cara—. ¡Debe ser eso!

Y enseguida planteó otra pregunta importante para él:

—¿Y es verdad que al escritor Kostiuchenko le atropelló en Kiev un coche, un Volga negro, y ahora está en la UCI?

Marta susurró algo al oído de su marido.

—Ve tú sola —contestó éste en voz alta.

—¡Faltaría más! —se indignó Marta—. Está lleno de jetas bolingas...

—No te van a comer —esgrimió Martoflak con aire hosco.

—Marta, puede que por lo menos en esto pueda sustituir a tu marido —cayó Jomski y le tendió una mano.

—Cochinillo —pronunció Marta por encima de la cabeza de un Martoflak inamovible y se levantó en pos de Jomski.

Dieron dos pasos y desaparecieron entre el humo de cigarrillos y la densa algarabía de la cervecería.

—No es verdad que a Kostiuchenko le atropello un coche —prosiguió Mórtich con la sesión de respuestas—. Ayer mismo al mediodía tomamos un café en Eneas.

—¿Conoce al escritor Kostiuchenko personalmente? —Los ojos de Bilinkévich brillaron.

—Le remolqué varias veces a casa en un taxi hecho una cuba, eso es todo —Mórtich bostezó.

—¿Tal vez conozca usted también al escritor Rozumovski? ¿En qué está trabajando ahora?

—Está trabajando en una obra nueva —contestó Mórtich.

—¡Qué emocionante! ¿Y Petrenko ya ha vuelto de Canadá adonde fue con una

delegación de la asociación «Ucrania»?

—Oye, colega, sabes tantas cosas que sin querer se me ocurre... —empezó Grits entornando los ojos.

—Qué es hora de matarme, ¿no? —Bilinkévich rió alegremente y lanzó una nueva pregunta—: ¿Y han tenido la ocasión de ver al periodista Vitáli Korótich?^[25] ¿Cómo está?

—No está mal —contestó Mórtich.

—¿Y cuándo saldrá a la luz el último libro de la trilogía de Semén Kovtun?

—Tardará aún —contestó Mórtich.

—¿Por qué?

—Falta de papel —contestó Mórtich.

—Vaya, estoy esperando el tercer libro de su trilogía con tanta impaciencia...

—Todos lo estamos esperando.

—¿Y estuvo usted en el funeral del poeta Petró Garkáviy?

—No estuve.

—¿Y cómo fue el funeral?

—Decente.

—¿Y es cierto que el propio Zadorozhny pronunció allí un discurso fúnebre?

Dios mío, qué jetas, menos mal que Jomá me acompaña porque se me lanzarían enseguida, qué manazas, todos sin afeitarse, ahumados, parecen salidos de las ilustraciones del libro de Lombroso^[26], todo el mundo empujándose, soltando tacos, chillando, un infierno de cervecería, el fin del mundo, y dónde demonios está ese aseo, dónde lo han metido, yo también soy una idiota, sé que no puedo tomar tanta cerveza, Jomá está contando algo, hoy está tan atractivo, galante, vaya, para decir que hemos ido al festival: estamos en este cuchitril que apesta y nos perderemos toda la fiesta, tenía razón y no valía la pena venir, bueno, al fin, jolín, ya lo sabía, qué más podía esperar, qué horror, no he visto nada parecido desde hace tiempo, Dios mío, lo que está garrapateado en las paredes, que por lo menos Jomá me espere en la puerta, bueno, no creo que se vaya, y la puerta no se cierra desde dentro, que no me manche de algo, gracias a Dios, la cremallera no se me ha atascado esta vez, y Martoflak, por lo visto, ya se ha colocado, ni siquiera puede tomarse una cerveza, tanto alcohol lleva en la sangre, quiere hacerse pasar por un cosaco independiente: «ve sola», sólo se comporta así delante de sus colegas, a solas me dice: «no habría vivido sin ti, mi sol», qué alivio, por poco estallo, vaya, hasta un tridente^[27] ha arañado algún desgraciado en la pared, recuperamos nuestros símbolos, resucitamos el Espíritu, venga, ni de coña, cómo no se iba a atascar, ahora peléate aquí con la cremallera, en esta cueva, bueno, por fin, claro, agua caliente no hay pero por alguna de éstas han puesto un pedazo de jabón —¡de primera! Sólo en Chortópil—, que le den por el culo, me he puesto roja, fatal, no bebo más, dónde está mi galán, aquí estoy, Jómochka —«Todo

en orden»— qué generoso ha sido por tu parte —«Cualquiera habría hecho lo mismo»— otra vez esos gorilas, aguanta, Jomá, ahora llamo a los demás, menos mal, seguimos, dónde está esa mesa, no se ve nada, ya localizo la nuca de Martoflak, ha metido la cabeza dentro de la jarra de cerveza, un borracho, un desastre, el padre de mis hijos...

—¿Y es cierto que el propio Zadorozhniy pronunció allí un discurso fúnebre? —preguntó Bilinkévich.

—¿Sigues molestando a la gente con tus preguntas, angelito mío? —Jomá, que se había sentado otra vez a la mesa, le removió su flequillo rubio—. Déjalo porque le diré a Matsapura que te echen del COMITÉ ORGANIZADOR.

—¿Por qué? —pestañeó Bilinkévich.

—No por qué, sino ¿por qué razón?

—¿Por qué razón?

—¡Por alcoholismo y amoralidad!

Bilinkévich rió con alivio, al parecer se había asustado de verdad ante la perspectiva de que le pudieran echar.

—Oye, ¿has dicho algo de un restaurante aquí al lado? —preguntó Martoflak, decidido.

—Sí, aquí al lado hay un restaurante que se llama En el Mercado...

—¿Y podríamos cenar allí?

—Sí, pero... sería mejor registrarse antes en el hotel..., respondo por vosotros...

—¡No fastidies! Tenemos que cenar. Y luego iremos al hotel.

La peña apoyó a Martoflak con mucho entusiasmo como tiene que ser en el caso de un verdadero líder de su generación, sólo Martusia se removió algo nerviosa pero entendió que no había otro remedio.

—Vale, vámonos pues —accedió Bilinkévich, metió un billete de diez en el bolsillo del camarero que pasaba volando a su lado y dirigió a todos en dirección opuesta a la esperada.

—¿Y adónde vamos? —dudó Martoflak.

—Aquí tienen un pasadizo privado. Subterráneo, directo desde la cervecería al restaurante. Bodio, ¡ábrenos la puerta negra de servicio! —gritó en dirección de la barra.

—La puerta negra —repitió Martoflak—. Un buen nombre para una antología, ¿eh?

La gran puerta negra quedó servicialmente abierta y los amigos desaparecieron en el pasadizo subterráneo escasamente iluminado con unas bombillas eléctricas muy espaciadas.

Resulta que debajo de cada ciudad hay otra, con sus calles y plazas, con sus costumbres y misterios, de hecho, hace tiempo que lo intuía pero no había tenido la ocasión de comprobarlo, aunque tampoco buscaba esa ocasión porque qué sentido tiene comprobar algo de lo que estás seguro, así que ahora estamos caminando por el medioevo, un nivel más abajo está la época precristiana, luego, los mamuts, luego parece que va el período Mesozoico, etcétera, la bajada no tiene fin, como mi novela en verso, me estoy adentrando cada vez más pero el fondo me rehuye, así que nunca acabaré esa novela pero al diablo con ella, lo importante es que estemos en la fiesta y me alegro sobremanera de veros, chavales maravillosos, mis hermanos —a ti, Jomski, que sabes extraer poesía incluso de la mierda, y a ti, Grits, nacido en Karagandá^[28], que llevas un fleco negro en la frente como un lamento eterno, y a ti, Yurkó Mórtich, que estás muriendo cada día en este mundo loco, y todo el mundo piensa que sólo estás de cachondeo—, sois una gran gente, gente buena, daría todo el oro del mundo por una sola línea de cada uno de vosotros, por esta felicidad de caminar con vosotros casi a tientas por el húmedo medioevo desde una tasca a otra acompañados por este joven amable, no recuerdo cómo se llamaba, pero muy educado, el cachorro, así que caminamos hacia la luz, vamos hacia la música como hacia el olor del vodka y vamos a brindar porque existimos, tíos, viva a vosotros por existir, ¡salud!

La puerta negra resultó bilateral y he aquí que toda la peña está en el corazón mismo, en el *sanctasanctorum* del restaurante, en una cocina fantasmagórica con su indomable chisporroteo y borboteo, con sus sartenes ardientes y sus pescados cantantes, con los chillidos locos del cortapollos, con unas plantaciones de ensaladas, aceites, carnes rosadas y marrones, con batallones de escalopes alineados para la ejecución, crudos, medio hechos y en su punto, hasta parecía que todo nuestro infinito país había currado abnegadamente todo el año para que hoy todo esto creciera aquí, en el restaurante En el Mercado de Chortópil, con las montañas de sobras y cubos de basura, con platos sucios y vasos baboseados, con un sinfín de camareros, cocineros y toda clase de gente de la que siempre hay a paletadas a estas horas de la tarde, y Bilinkévich marcha delante como si fuera a su casa y todo el mundo se siente firme y seguro porque mira: basta con murmurar unas palabras a ese orangután vestido de negro y os llevan a la mesa, es increíble: agenciarse una mesa libre para Seis Personas a estas alturas, pero es cierto: Bilinkévich domina su oficio la mar de bien, incluso consigue dejar todas vuestras cosas en el guardarropa, y vosotros, ligeros y liberados, os sentáis a la mesa para, como dijo Martoflak, poder cenar.

Para cenar pedisteis vodka y un misterioso coñac *Cigüeña Blanca*, para Marta, un

tinto seco de origen húngaro y cosas así. Un Bodio de turno —por alguna razón todos los camareros de Chortópil respondían a este nombre— con la expresión de una esfinge vergonzosa en su cara anotaba, además, la lista interminable de la manduca que queríais. Ahora podíais echar un vistazo alrededor tranquilamente para conocer al público y encender (¡Yurkó, no seas tacaño!) los Gauloises.

El público, en su mayoría, se encontraba ya en un estado de euforia creciente. Aquello era, en resumidas cuentas, un zoo total. En momentos como ése nacen la amistad y el amor —esto se notaba enseguida en las fisonomías de los presentes—. Diálogos apasionados y besos nerviosos, salidas apresuradas y regresos, el confundir los asientos y acabarse los escalopes de platos ajenos, todo esto, junto a los pitillos apagados en las ensaladas, permitía sacar la conclusión de que el festival, para cuyo inicio faltaba algo más de dos horas, tendría éxito y se celebraría en un ambiente desenfadado. Las mujeres habían llegado ya a un punto donde es prácticamente imposible distinguir a las putas profesionales de las amas de casa honestas, y los hombres se fundían en una imagen colectiva y multifacial ora de un gallardo hombre de negocios, ora de una especie fenomenal de hijoputa.

—Amigos —empezó Martoflak con una ligera emoción en la voz—, mientras nos traen la liebre al horno os pido que cada uno lea su último poema. Porque habréis escrito algo últimamente, ¿no?

—Yo he escrito un poema muy de mayo y creo que será oportuno —anunció Jomski—. Pero primero bebamos porque siento una sequedad horrible en la boca.

Después de hacer lo que sugería, todos se dispusieron a escuchar. Y oyeron esto:

Florece los árboles, época tierna,
Esfuerzo del bien y belleza gobierna,
Sensible, yo piso un verde país,
Do lluvia en cálidos troncos invierna...

—No está mal —le interrumpió Martoflak—, pero no es tuyo sino de Andrujóvich...

—Por cierto, ¿ha venido? —intervino Mórtich.

—Parece que no —aclaró Martoflak—. He oído que está escribiendo ahora algún tipo de prosa.

—¡Qué interesante! —resurgió Bilinkévich.

—¿Y quién es este joven de apariencia agradable que está sentado aquí entre nosotros? —Stundera torció la mirada.

—¿Se le ha olvidado o qué? —Bilinkévich aparentó abatirse.

—Amigo, acuérdate, por favor, de una cosa muy importante —se dirigió Jomski a él—. Aquí ves a gente que no se ha visto en casi tres meses. Ahora lo que quieren es estar aquí a sus anchas, por esto no debes meterte en sus conversaciones sino comportarte como si no estuvieras aquí.

—Lo siento —balbuceó Bilinkévich.

—Bueno. Ahora como he cumplido con mi parte y vamos recitando por turnos te toca a ti, Martoflak. Pero, por favor, después de que nos echemos otro trago —ofició Jomski.

Y a pesar de que Marta intentó oponerse a este ritmo frenético, no lo consiguió, además, de alguna parte apareció Bodio con un carro grande de todo tipo de viandas nutritivas. Esto conllevó otro llenado de copas. De alguna manera todos se olvidaron de la poesía por un tiempo, ya que a Mórtich se le antojó un brindis.

—¡Queridos míos! —empezó, totalmente sincero—. Debo reconocer que en este mundo hay relativamente pocas cosas que valgan la pena. Al fin y al cabo todos estamos muy solos y todos lo sabemos. Esto, como dicen, es algo que huelga decir. De todas formas, estoy seguro de que todos vosotros lo entendéis perfectamente. Pues no hay persona que no lo entienda o que aparente no entenderlo. Incluso si encontramos a una persona así aquí, entre nosotros, nunca le creeré que no lo entienda. Esto, como dicen, son perogrulladas y por eso todos lo entendemos perfectamente. Si hablamos de mí personalmente, por alguna razón casi estoy seguro de que todos pensamos lo mismo en este aspecto, si no, simplemente dudaría si hay en este mundo al menos algo que entendamos de él. Entonces sólo nos quedaría reconocer que no entendemos nada de este mundo. Esto, como dicen, sería muy triste de reconocer, de todas formas. Y lo que intentamos entender tampoco es tanto. Sin embargo, es muy importante para nosotros porque sin esto no somos nosotros sino unos seres irracionales que no entienden ni quieren entender nada. Parece que no he mencionado que hay pocas cosas en este mundo que valgan la pena. ¡Brindemos, pues, por esto!

—¿Estaba imitando a Gorbachov? —preguntó Bilinkévich sinceramente a Martoflak una vez realizado el brindis.

—No, díganme, ¿quién es este joven parlanchín que está sentado aquí, entre nosotros? —preguntó Grits algo más brusco que antes.

—Tío, creo que llegamos a un acuerdo —le recordó Jomski a Bilinkévich.

—Lo siento de nuevo pero es tan interesante estar con vosotros que no puedo...

—¿Estaba invitado a acompañarnos? —quiso aclarar Grits.

—No, Grits, está cumpliendo con sus obligaciones laborales —aseguró Jomski. Bilinkévich se abatió más aún, ahora en serio. Pero, afortunadamente, se instaló una pausa en la conversación relacionada con el engullir de jamones y longanizas, así como de tomates, setas marinadas y pepinillos.

—¿Queréis que os cuente el argumento de mi novela en líneas generales? —habló Jomski al cabo de un rato, limpiándose los labios con una servilleta.

—¿Y cómo se llama? —preguntó Martoflak.

—Se llama *Canallas*. Es una novela en varios relatos.

—Cuéntalo pero de tal forma que te entendamos —deseó Mórtich.

—Okey. La acción tiene lugar a principios del siglo en una pequeña ciudad de

provincias en Galicia^[29]. Habrá una descripción detallada del primer vuelo en avión de un conde: cómo sube al cielo y da tres vueltas encima de un descampado lleno de multitudes de espectadores maravillados. El director de un liceo privado desea seducir a una de sus alumnas y pide ayuda a un hipnotizador. Luego viene a la ciudad el archiduque Francisco Fernando acompañado por un regimiento entero de coraceros. Y resulta que todos ellos llevan tiempo preparando un atentado contra él. Es una especie de organización terrorista encabezada por aquel viejo hipnotizador. Empieza el juicio contra el director del liceo pero éste logra zafarse porque se produce un terremoto durante la vista. La alumna del liceo que estaba rezando en una iglesia en ese momento se hunde junto con la iglesia. Va a parar a un país subterráneo antes desconocido. Mientras tanto el piloto que introduce al principio de todo no consigue hacer aterrizar su avión porque el terremoto lo ha destruido todo.

—¡Perfecto! —aprobó Martoflak comprobando antes si Jomski había terminado ya.

—Y no he entendido casi nada —confesó Marta.

—Yo tampoco lo entiendo todo —consintió Jomski—, pero hay algo en esto que me gusta mucho.

Después de brindar por la maravillosa novela de Jomski, los amigos se dieron cuenta de que un canalla robusto y rapado, con el semblante muy parecido a un tiburón, había pasado ya varias veces junto a la mesa. Les había echado varias miradas de curiosidad aunque era difícil saber si era bueno o malo. En un rincón de la sala habían visto una mesa bastante privada donde estaba sentado aquel patán en compañía de varios cachas más, aunque algo más jóvenes. Era extraño que en el ambiente general medio alocado del restaurante, el Morro de Tiburón y sus colegas mantuvieran una calma y pragmatismo absolutos.

Pero Bodio disipó su turbación momentánea trayendo esta vez seis escalopes calientes a la gutsula y trescientos gramos^[30] más de vodka a petición unánime.

—Róstik, no bebas más —dijo Marta en voz bajita.

—Vale —prometió Martoflak—. Más de lo que quiera, no. Y mientras tanto ¡propongo un brindis por el hecho de que existáis!

El vodka aún estaba fluyendo por sus esófagos cuando Grits dio una patada por debajo de la mesa a Martoflak y propuso:

—Tengo algo que decirte. ¿Podemos salir un momento?

Y se fueron, y quedaron sólo cuatro en la mesa.

—Veis, ya no puede seguir bebiendo hoy —dijo Marta.

—Marta, querida, te aseguro que todo saldrá perfectamente —anunció Mórtich, convencido—. Róstik es una persona con mucho aguante.

—Soy yo quien sabe mejor si tiene aguante o no —insistía Marta.

—Hoy pareces una estrella de cine —susurró Jomá en su oído.

—Si Martoflak no puede dejar de beber, debe beber; si no, hay algo que no entiendo —seguía Mórtich en lo suyo.

—¿Sabéis quién acaba de pasar al lado de nuestra mesa? —de repente intervino Bilinkévich otra vez.

Le miraron, interrogantes.

—Es Petia.

—¿Y quién es, coño, que estás pronunciando «Petia» con tanta veneración? —se interesó Mórtich.

—Es el rey del racket^[31].

—¿Que no nos vamos pronto? —Marta se puso nerviosa otra vez.

—¿Volverle la espalda? ¡Esto supera nuestras capacidades! —Mórtich se enganchó—. Debemos hacer una presentación digna de nosotros mismos.

Grits y Martoflak estaban fumando en el hall del restaurante.

—Róstik, ¿imaginas qué lío se está montando a nuestro alrededor? —decía Grits—. Ya me he hartado. Están por todas partes. Compréndeme, tío, éste tiene pinta de ser todo un capitán. ¿De dónde ha salido, quién lo ha traído donde nosotros?

—Fue a recoger a Jomski a la estación. Dijo que venía de parte de Matsapura.

—Peor para Matsapura. Compréndeme, tío, Róstik, tengo un buen olfato para ellos. Es un asunto bien feo.

—No creo. ¿Qué sentido tiene? Es simplemente un chavalito del Komsomol de verdad, como va diciendo.

—No seas tan crédulo. ¿Cómo puede un chavalito del Komsomol utilizar esos trucos con tanta soltura?

—¿Qué trucos?

—Pues el pasadizo subterráneo, las llaves, todos los camareros superserviciales, han encontrado una mesa libre para nosotros enseguida. ¿Y has visto cómo se inmiscuye con sus preguntas?

—Bueno, es curioso.

—Es curioso, de acuerdo. Oye, Róstik, ¿cuándo vas a Estados Unidos?

—El mes que viene. Aún no tengo el billete.

—¿Sabes qué? Cógeme estos diez dólares pero que nadie te vea...

—¿Para qué los quiero, Grits?

—Te los regalo. Comprarás algo para Marta allí. Es una pasada, tío, tu mujer.

—Gracias.

—Compréndeme, hay tanta mierda alrededor. Tenemos que aguantar. Los odio a todos, ¿comprendes? Venga, se lo soltaré todo ahora y después le partiremos la cara, ¿qué te parece?

—No, eso no.

—¿Por qué eres tan prudente, tan educado? Tenemos que cascarlo, ¡de verdad! ¡Si no quieres, lo haré yo!

—Grits, sólo complicaremos las cosas. Tenemos que mandarlo a paseo de una

forma delicada...

—¿Pero por qué, por qué eres tan delicado? ¿Serás de estirpe condal?

—Será mejor que me digas cómo van las cosas con Yurkó.

—Una mierda, Róstik.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé por su médico. Las últimas analíticas sólo confirman la cosa.

—¡Dios mío!

—Puede pasar cualquier cosa. Por cierto, él lo sabe todo mejor que nosotros.

—Así que...

—Una mierda, Róstik, ¿comprendes? Y encima este baboso se mete en el alma...

—¿Tendremos dinero para pagar?

—No debe salir a más de ciento cincuenta. ¿Puedo llamarlo ahora afuera y zumbarle la pandereta? Sabes que puedo hacerlo...

—Sé que puedes, Grits, pero, de verdad, no es el caso. Por favor. ¿Has acabado de fumar?

—Sí. ¿Nos vamos?

—Vamos a tomar algo más. Oye, ¿y si sólo es un maricón? —conjeturó Martoflak.

—Una de dos.

—O las dos a la vez.

Volvieron a la mesa justo en el momento en que Jomski estaba llenando las copas.

—Teníamos la impresión de que no volvíais. —Mórtich compartió sus conjeturas.

—Pero si no habéis acabado de beberlo todo —replicó Martoflak.

—Róstik, te lo ruego, por favor —suplicaba Marta.

—Señor Martoflak, ¿cuándo se va usted a Estados Unidos exactamente? —se interesó Bilinkévich, e hipó.

Aunque esta vez Grits se contuvo y no dijo nada, le lanzó una mirada bastante expresiva a Rostislav.

—¿Por qué quiere saberlo? —contestó éste—. Estados Unidos es un mundo completamente distinto.

—¿Tal vez le salga algún contacto con las editoriales y agentes de allí?

—Perdona, ¿cómo te llamabas? —preguntó Martoflak amablemente.

—Ígor.

—Y yo, no sé por qué, pensaba que Iván. ¿No respondías al nombre de Iván?

—No quería llevarles la contraria.

—¡Vaya! Sabes, Igorcito, perdona pero tú con tus preguntas nos caes muy mal.

—Sólo quería hacer lo correcto —Bilinkévich se puso triste. Parecía estar a punto de llorar.

—No te enfades —Martoflak le dio una palmadita en el hombro.

—Mirad, ya aparecen los músicos —Mórtich hizo una mueca—. Ahora empezarán con su música de paletos y no podremos hablar.

—¿Pedimos algo más? —preguntó Jomski.

—Por supuesto —confirmó Martoflak—. Coñac y algo para comer.

—Os recomiendo las tortitas —desde detrás del hombro de Marta se entrometió Bodio, que justo estaba cambiando los platos.

—¡Oh, las tortitas son una pitanza divina! —Mórtich se consoló—. Por favor, ¡seis raciones con salsa de setas!

Bodio asintió con la cabeza y desapareció como un mengue.

Mientras tanto Bilinkévich, que cavilaba triste sobre cómo rehabilitarse a los ojos de la peña, por fin encontró una solución:

—¿Puedo invitar a Petia a nuestra mesa?

—Molaría —dijo Mórtich.

—Pero que no se quede mucho —pidió Jomski.

—No quiero —se opuso Marta.

—¡Llámale! —decidió Martoflak al oír la opinión de Marta, y cuando el alegre Bilinkévich se hubo alejado preguntó—: ¿Y quién es?

—Petia es el rey del racket —explicó Mórtich—. El que tiene pinta de tiburón.

—Me voy —Marta no se tranquilizaba.

—Vete —consintió Martoflak.

—Te prometo que todo saldrá bien —Jomski puso su mano encima de la de Marta.

—Estáis completamente locos —insistía ella.

Petia no se hizo rogar y helo ahí acercándose a vuestra mesa acompañado por Bilinkévich que no se tenía muy bien de pie.

—Le presento a mis buenos amigos poetas —le decía Bilinkévich en ruso—. Son poetas muy buenos, famosos.

—Petia —el canalla sonrió simpático.

Le besó la mano a Marta y uno por uno sacudió la mano a todo el mundo.

Jomski escanció la bebida.

—Por el primer contacto —levantó su copa el tiburón y se la echó a su amplio gaznate.

Ahora se le podía ver algo mejor. Tenía una cara bastante redonda, de mofletes gordos, con una pequeña cicatriz en la frente y ojos algo abultados. Su cuello era corto pero, literalmente, de buey, ya bien bronceado, adornado con una basta cadena de oro. El resto era un cuerpo envuelto en tela vaquera desteñida. Llamaba la atención también su mano derecha recubierta de anillos, cada uno, por supuesto, con una función mística propia. Comieron unos bocados después de beber y mantuvieron un delicado silencio.

—¿Han venido a descansar? —preguntó Petia finalmente.

—Sí, al festival del Espíritu Renaciente —contestó Bilinkévich por todos.

—Eso está bien, es normal —ronroneó el rey en ruso. Se podría decir que su voz sonaba como un contrabajo—. ¿Y por qué contestas tú por ellos, acaso no saben hablar? —dijo echando una mirada a Bilinkévich.

—Sólo hablan en verso —soltó una risilla Bilinkévich—. Señores, propongo que cada uno lea un poema para celebrar el encuentro y en honor a nuestro invitado Petia.

Grits hizo rechinar los dientes y todos los demás miraron a Bilinkévich de tal forma que enseguida comprendió toda la medida de su desacierto. Pero ya era tarde.

—Será un placer oírlos —les animó Petia.

Pero todos seguían callados.

—Por cierto, me gusta mucho Yesenin^[32] —Petia intentaba salir de esa situación embarazosa como mejor podía—. ¿Alguien de vosotros acaso recuerda algo de Yesenin?

—¿Sabe usted? —cobró ánimo Jomski—, nos gusta Yesenin.

—Perfecto, pues. Recita algo.

—Pero preferimos hacer lo que nos plazca en cada momento —prosiguió Jomski — y no lo que nos diga usted.

—Amigos, ha nacido un brindis —Mórtich se levantó con una copa llena en la mano—. Llenad las copas porque voy a brindar.

Petia pestañeó en respuesta a la contestación de Jomski y ahora se preparó a escuchar el brindis.

—¡Queridos míos! —empezó Mórtich—. El hombre está creado de tal forma que todo le parece poco. Con sus propias manos se ata a las cadenas de la existencia, aunque estas sean de oro. Y con estas cadenas al cuello vive su breve vida terrenal. Roba a sus prójimos y, si es necesario, hasta les dispara con una pistola. Es triste pero es así. Lo importante es que la gente ni siquiera se pare a pensar para qué sirve todo eso. Porque, sea como sea, al final habrá alguien que dispare más rápido que tú. Porque el final ya se conoce: es el mismo para todos y cada uno de nosotros. Sin embargo, la gente se emperra y se ofusca, cada uno piensa que en el cielo harán una excepción con él y se le perdonará todo y se le otorgará la dicha eterna de llevar vaqueros y vivir a lo grande en los restaurantes cada tarde, como nos ha tocado hoy a todos nosotros. Aunque a veces se despierta dentro de uno esa voz interior que profetiza: «¿Y qué?» De todas formas no eres eterno, supongamos que tengas un funeral rico, de lujo, con las flores recién traídas de Brasil en la tumba en pleno invierno, y una lápida de granito con tu perfil en bronce, supongamos que hasta vengan tus compinches de toda la Unión para rendirte homenaje, supongamos que sus discursos se entremezclen con los poemas de Yesenin, ¡vale, bien! ¡Pero de todas formas no estarás aquí, en esta tierra, mañana! Y uno tiembla, raras veces, pero tiembla al oír esa voz interior desde dentro; sin embargo, igual que el tiburón, sigue haciendo lo mismo y no quiere arrepentirse. ¡Brindemos, pues, por el hombre, obstinado y poco sabio, atado a las cadenas doradas de la existencia!

—Ha sido tu canto de cisne, tío —le dijo Jomski después de beber.

En ese momento Petia aún no sabía si enfadarse o agradecer ese maravilloso brindis. Parecía un poco enfurruñado. Pero al final sonó la música y pasaron a otro argumento interesante.

—Me gustaría bailar contigo —se dirigió el rey a Marta en ruso.

Marta estaba a punto de cortarlo bruscamente con su favorito «faltaría más» pero se asustó y calló.

—Me gustaría bailar con esta chica —repitió Petia en voz más alta mirándole a la cara.

Bueno, Martoflak, aquí tienes un mochuelo, ahora tienes que decir o hacer algo o tal vez que baile, no le va a pasar nada, no se la va a comer ese tiburón, a la mamá de tus hijos, hágase la voluntad de Dios, por eso estás sentado como cagado y ella te mira suplicante, como si dijera: di algo o haz algo, cómo puedo aguantar sus miradas suplicantes, venga, encuentra una solución, acaso no eres un gran poeta, por qué estás sentado sin decir ni pío, contemplando una copa vacía, tú, papahuevos, emprende una acción por fin, todo el mundo te está mirando...

Pero Jomski se levantó y dijo con amabilidad:

—Sentimos darle este disgusto pero el primer baile me lo ha prometido a mí. Martusia —invitó.

Marta se levantó (¿qué más podía hacer?) y siguió a Jomski dócilmente hasta donde la gente bailaba una canción lenta en la penumbra. Bilinkévich siguió sentado pero parecía estar agachado. Petia recorrió a todos con una mirada pausada, como si estuviera tomando nota...

En ese momento de tensión, Mórtich sacó del bolsillo su librito y tras poner unas palabras en la portada se lo regaló al rey.

—Gracias —Petia guardó el librito en el bolsillo de su chaqueta vaquera sin siquiera leer el título—. Bueno, me voy. Mis chicos me están esperando. Descansad.

Os levantasteis para despedirlo debidamente.

—Pensaba que aquí sería más divertido —dijo Petia y se fue.

—Igorcito —preguntó Martoflak—, qué opinas: ¿quién de ellos está más con el alma entre los dientes, Jomá o Mórtich?

—Creo que yo —contestó Mórtich en vez de Bilinkévich.

Pero ése ya era otro asunto.

La sala del restaurante es antigua, las paredes están chapadas de madera con paisajes de Chortópil tallados (la casa consistorial, la farmacia, los correos, el banco, la filarmónica), debajo del techo cuelgan unas gigantescas arañas hechas de madera y latón por unos maestros gutsules, pero aquí, encima de los bailadores, están apagadas, aquí reina un ambiente íntimo, aquí reinan las llamaradas.

Marta, te siento toda, eres fluida y cálida, todos tus movimientos son exactamente como quiero que sean, es una sintonía total aunque sólo es un baile, estás más que

cerca, no soy Martoflak, no puedes hacer esto, chiquilla, sólo os quería ayudar, a ti y a Martoflak, he salvado la situación, soy guay, siempre aparezco en el momento decisivo, no se te podía dejar a merced de ese animal, me imagino qué estaría haciendo aquí contigo, eres tan cálida y fluida, hasta se me sube todo a la cabeza: y tú, y la música, y el vodka, y el peligro, joder, la vida vale la pena, estaría dispuesto a llevarte en mis brazos, princesa, señora, reina del baile, fémina voladora, no me tortures ahora porque soy tonto, puedo robarte, soy un gigante, soy un muelle, soy un volcán incontrolable en el festival de la P... Renaciente!

—Orest, te lo agradezco tanto —murmuró Marta.

—No hay de qué. Estaba deseando jugarle una mala pasada —contestó Jomá—. ¿Y tú hubieras bailado con ese cretino?

—Un momento más y hubiera ido. Empecé a tener miedo de que hiciera algo horrible y que hubiera que salvarlo todo.

—¿Te asustó?

—Mucho. Es horroroso.

—Tiene pinta de bonachón.

—¡Qué dices! También tuve miedo por Martoflak. Porque si me hubiera ido a bailar con ese fulano él también podría...

—¿Qué?

—Podría hacer alguna tontería.

—Estaría gozando a tope, Marta. Como todos los masocas de verdad.

—Es un niño grande, nada más.

—Es cierto. Es un chico fenomenal. Tienes un marido estupendo, Marta.

—¿Te estás riendo de mí?

—Para nada. Lo digo totalmente en serio.

—Bailas bien.

—Gracias. Tienes unos pechos muy bonitos.

—Jomá, en realidad no eres así. Siempre intentas parecer un cínico, un tío duro. Pero en realidad no eres así.

—En realidad ninguno de nosotros es así. Grits en realidad es muy crédulo y un buenazo. Mórtich es silencioso e indeciso. Tu Martoflak es valiente y atrevido.

—¿Otra vez estás de coña?

—Sí. Gracias por el baile, señora.

Volvieron a la mesa justo en el momento en que los amigos remataban los trescientos gramos pedidos y mientras Bodio fue a por los doscientos cincuenta siguientes se pusieron a zampar las tortitas chisporroteantes recién traídas por el susodicho Bodio.

—¡Ninguno de vosotros entiende nada en la obra de Antónich! —vociferaba Martoflak intentando hacerse oír por encima del comienzo de un nuevo baile.

—Sólo hay una clave para su obra —contestó Mórtich a esto—, ¡y cada uno de

nosotros la tiene entre sus piernas!

—Buena acogida nos dais —dijo Marta sentándose.

—Oh, ¿ya habéis bailado a gusto? —infirió Martoflak y siguió con la discusión —: ¡Esa clave entre las piernas le vale a cualquiera! ¡Pero es demasiado poco para Antónich! ¡Puedes esgrimir aquí tu jo... puto freudismo pero no llegarás a la esencia de Antónich aunque te cagues con el esfuerzo!

—¿Y por qué crees que eres el único que puede llegar a la esencia de Antónich?, ¿cómo coño sabes que no he llegado yo?

—¡Por que estás diciendo unas gi... eh, unas tonterías absolutas sobre *El libro del León*!

—¿Yo? ¡Si no he dicho nada de *El libro del León* en absoluto! Me he metido un poco con el poema tuyo que nos leíste aquí y que no me gustó...

—¡Mierda, que no te guste mil veces, tu opinión me importa un pito! —acabó Martoflak con la discusión.

—Róstik, ¿a qué ciudades de Estados Unidos piensas ir? —masculló Bilinkévich con la lengua bastante trabada.

—Me alegro mucho de que hayamos empezado a tutearnos —le amonestó Martoflak por toda contestación.

—¿Quién es ese maldito imbécil con sus mejillas rosadas? —al fin dio la voz Grits, que llevaba callado como cuarenta minutos.

—Soy su compañero, Grits —le explicó Bilinkévich.

—A mí me da que no eres nuestro compañero. Eres el compañero del comandante.

—No, en serio, ¡ya es hora de que nos vayamos! —se inquietó Marta otra vez.

—¿Quién eres? —prosiguió Grits—. Conozco a todos los presentes. Conozco a Orest Jomski, es un magnífico poeta de Lenin... de Lenin-grado, conozco a Róstik Martoflak, es un gran poeta, es mi amigo, conozco a su guapísima mujer Natalia...

—Marta —corrigió Bilinkévich.

—Marta —repitió Grits—, conozco a Yurkó Mórtich, es un poeta fenomenal y un buen amigo, me conozco a mí. ¿Pero quién eres tú? ¿Alguien puede contarme algo de este hombre raro?

Todo el mundo callaba, entonces Bilinkévich se puso a explicar:

—Sabes, soy miembro del COMITÉ ORGANIZADOR...

—Eres un cerdo con mucho morro —le interrumpió Grits con la burla.

—Grits, no hagas esto, te lo he pedido —recordó Martoflak.

—Perdona, se ha pasado un poco con la bebida —le dijo Mórtich a Bilinkévich.

—Yúrik, díselo tú, te hará caso —suplicó Bilinkévich patéticamente—. Me he esforzado tanto en complacerlos a todos... —y una lágrima rodó por su mejilla.

—Grits, ¡ya está bien! —ordenó Martoflak autoritariamente—. No es un mal chico, aunque sea de la KGB.

Esta frase de repente tranquilizó a Stundera. Mientras tanto Jomá, que parecía ser

el más ebrio de los presentes, le preguntó a Bilinkévich en un aparte:

—¿Puedes dejarme doscientos pavos hasta mañana?

—Sí, puedo. ¿Por qué?

—Entonces págale a Bodio y yo te lo devuelvo mañana.

—Qué va, Orest, no me tienes que devolver nada —Bilinkévich agitó las manos.

—No bebo por cuenta ajena —cortó Jomski—. ¿Qué hora es, amigos? —se dirigió a todos en voz alta.

—Empiezan dentro de media hora —contestó Marta.

—Bien. Escúchame, Bilinkévich —Jomski hablaba con precisión, como si fuera comandante de un submarino—. Tú vas ahora donde Bodio y pagas la cuenta, pero antes pides un café y cincuenta gramos de coñac para cada uno. Luego vuelves y me informas del importe final. ¡Adelante!

Bilinkévich voló como un torpedo. Le alegraba que le hablaran como a una persona otra vez.

—Ahora os ruego atención —dijo Grits lo más solemnemente que pudo—. Os voy a recitar mi último poema. Es mi mejor poema. Sobre un hombre. Es bastante largo. Os pido que todos escuchéis y no me interrumpáis. Es un poema totalmente nuevo. Lo he dicho todo en él, ya lo oiréis. Es mi penúltimo poema.

—¿Penúltimo o último? —inquirió Jomá.

—El último no cuenta. Este es el penúltimo. He pedido que no me interrumpáis.

Todo el mundo escuchaba. Martoflak quiso encender un cigarrillo prendiéndole fuego al filtro, pero Marta lo vio a tiempo.

—Enseguida me acordaré. Ahora mismo. El primer verso es fenomenal.

—¿Sólo ése? —preguntó Jomá.

—No jo... Enseguida me acordaré. Es verso libre.

Todos seguían escuchando, pero las caras mostraban ya algo de aburrimiento.

—Lo escribí anteayer. El que escribí ayer no cuenta.

—¿Lo escribiste anteayer? —volvió a preguntar Jomá—. Entonces nos lo tienes que leer dentro de nueve años. Séneca recomendaba guardar lo escrito en un cajón durante nueve años.

—Sois una mierda, tú y tu Séneca. ¿Dónde está mi manuscrito? —De repente se asustó Grits—. Ah, sí, lo he vendido por diez dólares, está claro. Pero enseguida me acordaré. Está totalmente fresco en mi memoria. Es un poema sobre un pueblo.

—¿O sobre un hombre? —se metió Jomá otra vez.

—No entiendes nada. No conocías a aquel hombre. Yo sí le conocí. El poema está dedicado a su memoria. Un momento. Recito.

Y empezó cerrando los ojos:

La hierba, esta niña verde en la colina roja,
cada año es distinta,
se deslizan por ella las culebras,
se esparcen en ella las pequeñas ventanas de la casa subterránea de Dios,
quien mira hacia arriba sólo a través de los húmedos tallos...

»Mmm, no va así. Enseguida me acordaré. Ahá...

quien mira hacia arriba sólo a través de los verdes tallos...

»No,

sólo a través de los húmedos tallos...

A esto que llega volando otra vez Bodio con los cafés y los últimos coñacs. Bilinkévich le susurró a Jomski al oído:

—Ciento ochenta y tres rublos con cuarenta y cinco copecs.

—Grábatelo en la frente para que no se me olvide —le aconsejó Jomá.

—¡Ya! ¡No me voy a acordar! —reconoció Grits—. ¡No recitaré nada! De todas formas, no lo entenderás correctamente, chico —y le dio a Bilinkévich unas palmaditas en la mejilla.

El café no olía mal. El coñac tampoco. Os apresurasteis porque sentíais cómo empezaba a hervir la plaza fuera. La mayoría de los visitantes abandonaban el restaurante. Bilinkévich se levantó de un salto con su coñac y de repente berreó:

—Señores, ¡os ruego que bebamos por nuestro padre Stepán!^[33]

—Os lo he dicho —advirtió Grits, pero bebió. Como todos los demás.

—Róstik, ¿me traerás unos libros de Estados Unidos? —se puso pesado Bilinkévich ya a la altura del guardarropa, cuando estaban recogiendo sus bártulos.

—Vale, tío, te traeré algo interesante —prometió Martoflak—. Por ejemplo, el *Libro Guinness de los récords*.

—¡No! No esta clase de libros... Te lo diré luego, ¿vale?

No os dejó en paz ni siquiera cuando al final salisteis a la plaza atestada de gente, ruidosa, iluminada con proyectores multicolores, farolillos y antorchas. Algo increíble estaba a punto de comenzar.

Y cuando el reloj de la casa consistorial dio las doce todo empezó. Desde la antigua calle de las Benedictinas afluyó una grandiosa procesión de máscaras encabezada por varios funcionarios con brazaletes del Comité organizador en los brazos y megáfonos en las manos. Al llegar a la plaza El Mercado la procesión se dividió en varias columnas que pasan delante de vosotros batiendo tambores y timbales, tocando trompetas y cornetas, rasgando arpas y liras, haciendo sonar cuerdas y flautas, címbalos sonoros y címbalos resonantes, son un mar: con sus máscaras y con fisonomías pintadas, ¡son un montón!

Eran Ángeles de Dios, Gitanos, Moros, Cosacos, Osos, Goliardos, Diablos, Brujas, Ninfas, Profetas, Padres Basilianos de negro, Judíos, Pigmeos, Putas, Ulanos, Legionarios, Pastorcitos, Corderos, Mendigos, Locos, Leprosos, Paralíticos, Pordioseros, Asesinos, Bandoleros, Turcos, Hindúes, Fusileros de Sich, Vagabundos,

Juglares, Rockeros, Sacasillas, Sacamuelas, Samurais, Guardias del Hetman,^[34] Guardianes del Sultán, Aceiteros, Jenízaros, Renegados, Cavernícolas, Militares, Discapacitados, Familias Numerosas, Veteranos de Afganistán,^[35] Sarracenos, Semitas, Negros, Patricios con togas, Haraposos, Escribanos, Mentirosos con la lengua afuera,^[36] Cretinos, Cosacos de Zaporozhie, Infantería, Músicos, Mahometanos, Marranas, Marranos, Churrianas, Furcias, Gutsules, Troyanos, Sármatas, Etruscos, Híppies, Ciegos, Músicos con tremitas, Cellencas, Santos con nimbos de cartón, Hetmanes, Monjes, Señoritos, Okupas, Charlatanas, Trovadores, Matachines, Abogados, Tomajones, Borrachos, Médicos, Ortopédicos, Holgazanes, Árabes, Samoyedos, Bandidos, Padres Dominicanos de blanco, Peliforras, Héroes, Tumbacuartillos, Arrimacandelas, Cometocinos, Guiñapientos, Rompetroncos, Limpiachimeneas, Cascaliendres, Tartamudos, Ministriles, Prostitutas, y es imposible contar todos los demás porque también había allí Gorilas, Generales, Gaviales, Babuinos, Beduinos, Danaos, Colocaos, Ninfas, Califas, Asirios, Asiáticos, Malandrines, Liristas, Malabaristas, Taberneros, Macedonios, Queseros, Anacoretas, Curanderas, Ucrucianos, Lesbianas, Enanos, Mavkas,^[37] Maulas, Morciguillos, Gatos Negros, Tabardillos Pintados, Alquimistas, Tusonas, Granujas, Tártaros, Bubabistas^[38]...

Armaban un jaleo y un barullo increíbles, asían a todos de la mano, mordían, besaban, arrastraban en su torrente a todos los que no se oponían. Encima de sus cabezas ondeaban todo tipo de banderas absurdas: verdipúrpuras, rosiblanas (a rayas),^[39] blanquinegras (como tableros de ajedrez), rojizafíreas y otras tantas. Andáis un poco apartados de ellos pero de tal forma que no podéis perderos, además, Bilinkévich cuelga de la espalda de Martoflak, que de por sí tiene dificultades de dar un paso.

Mientras tanto han sacado montones de chirimbolos de todas clases desde las carpas: todos están brillando y tintineando, y en los escenarios aparecen bribones de toda laya que saben aparentar que devoran fuego o que tragan cuchillos, otros hacen el pino, los hay que leen sandeces sobre cualquier cosa, otros están de nuevo jugando a las cartas o bebiendo vodka, además, algunos bailan delante del monumento a los primeros komsomoles donde está colgado el letrero: «Aquí se baila».

En uno de los escenarios representan una pantomima en la que todo consiste en hacer malabarismos con salchichas que en realidad pueden ser cualquier cosa. En otro hay un concurso de chistes y un menda bastante descarado cuenta cómo se casó un chico joven y cómo salieron las cosas acercándose demasiado al micrófono.

—¡Despertad! —grita un profeta canoso desde otro tablado—. ¡Se acerca el momento de la verdad! ¿Conocéis el número 666?

—¡Conocemos! —le gritan desde la multitud.

—¿Y sabéis que es el número de la bestia, o sea el número humano?

—¡Sabemos!

—¿Y cuánto es tres por 666?

—¡No lo sabemos!

—Os lo diré. ¡Tres por 666 es 1998!

—¡Vaya! ¿Y qué?

—¡1998 es el último año! ¡Preparaos todos como podáis porque todos sois adúlteros y malhechores y tenéis que responder por todo, en otras palabras, os darán por el culo de tal forma que os enfangaréis en la pez hirviendo por los siglos de los siglos y sólo estaréis apestando y sufriendo!

Le aplauden, y más porque por un momento levita encima del escenario abriendo los brazos como alas, pero en este instante se le caen los pantalones y en su trasero desnudo todos leen unos números grandes: 1998. En la parte delantera no tiene nada. Es raro pero es totalmente posible que hayan utilizado alguna clase de truco óptico. Son capaces de hacer cualquier cosa, estos charlatanes.

Un señor con un sombrero viejo y —lo más notable— con un bigote tan largo que puede engancharlo detrás de las orejas ha colocado sus trastos directamente sobre el empedrado y comparte sus logros en voz alta:

—¡Estimado público! ¡He sido inventor de múltiples apaños interesantes, así como de brebajes y plantas medicinales! En el albor de mi vida me habló el espíritu del joven Lomonósov y como resultado *heute* estoy delante de vosotros, así de bueno y benigno. Quien quiera conocerme mejor, puede hacerlo. ¡Quien no quiera que se vaya porque puedo romperle *foots-hands* a cualquier canalla! ¡Y no os quedéis aquí escrutando y el sitio ocupando! Ahí hay gente normal, *heute* seré su amigo formal. ¡Porque soy así, de los mejores, quered mi culo, señores! Ahora, por orden, os contaré mis proyectos, mis milagrosos, joder, efectos. Un polvo para provocar vómitos, diarreas, hemorragias, nostalgias y desmayos, o séase, patatuses. ¡Ingredientes: *coffee* negro, vodka Stolichnaya, sudor de caballo, el espinazo de una salamandra picado, un timón en la boca, vidrio triturado, veneno viperino, *aceito* o vinagre, a gusto del consumidor, más un poco de carne humana, aunque sea una pizca! ¡Un remedio ideal si estáis hasta el moño, coño! ¡Utilizado por los servicios de inteligencia del país alemán, sólo aquí no lo usa el tonto Iván! ¡Y vosotros, largo de aquí, si no os interesa, *very quickly*, se lo digo *noch mal*, porque, sin querer, os puedo romper la crisma o, *zum beispiel*, la espina dorsal!

—Es Stásik, un actor del teatro de Matsapura les explica a todos Mórtich para que no piensen que es un chalado de verdad con sus cacharpas.

—Me da la sensación de que todos los presentes en esta plaza son actores del teatro de Matsapura —generaliza Martoflak, sacudiendo de su hombro a un Bilinkévich semidormido que balbucea en ese momento algo como «gloria a los héroes».

—¿Qué hacemos con este trasto? —pregunta Martoflak señalando al komsomol tumbado.

—Lo tiramos en aquel barril con las chicas desnudas, para que se le pase la borrachera —propone Grits.

—En segundo lugar, puede ahogarse, y en primer lugar, ¿dónde has visto un barril con chicas desnudas?

—Tiene que llevarnos al hotel Montaña Azul —les recuerda Marta a todos—. Es probable que no nos admitan sin él.

—¡Entonces cárgalo tú! —estalla Martoflak—. Yo ya he hecho suficiente. He cumplido con mi deber cristiano.

—Propongo colocarlo en algún sitio al lado de aquel monumento y que duerma, nosotros demos una vuelta durante una horita o dos, después volvemos a ese mismo sitio, le despertamos y vamos al hotel —sugiere Mórtich.

—La idea en general es buena —dice Grits—, pero en vez de arrastrarlo hasta el monumento es más fácil esconderlo por aquí, digamos, en el maletero de aquel coche. Por cierto, me recuerda mucho a alguien...

—Es el Chrysler del señor Popel —le ayuda Mórtich.

—¿Alguien sabe abrir el maletero de un Chrysler? —pregunta Grits con la cara, más o menos, de quien quiere averiguar si alguien sabe abrir latas de conserva.

—Tío, este maletero debe estar abierto —asegura Mórtich—. ¡Es el coche del señor Popel y no de algún, perdona, Martusia, capullo barato! Estoy casi seguro...

Y todos juntos levantáis del suelo a Bilinkévich, que se ha vuelto más pesado y en este momento está diciendo algo así como «los héroes no mueren», y le lleváis al Chrysler negro vacío que no se sabe cómo ha aparecido en medio de la plaza y de la multitud; el maletero, por supuesto, no está cerrado y con sensación de alivio echáis dentro a Bilinkévich paralizado por el sueño, que descansa el hijo de puta, se lo ha merecido.

Y después os sumergís en la fiesta otra vez: la tenéis, ya estáis dando vueltas por ahí durante una hora larga y algo se está resistiendo desde dentro: no debe ser así, así no, aunque, por otro lado, todo debe ser así, bien hecho, Pavló, te lo has currado, lo has conseguido, y el citarista con su kobza^[40] está cantando sobre el percal rojo^[41] o sobre el sauquillo rojo,^[42] y los universitarios montan un misterio sobre la Patria, y te puedes comprar horóscopos en una cooperativa o comer pinchos de carne, o tirar del arco al lado de un enorme Stalin de cartón, o admirar el trasero de turno de una aspirante de turno en el concurso «Supermiss», o chupar directamente de la botella, o pintarte el morro de azul y amarillo, o escuchar un oratorio, o mirar el cielo a través de un telescopio, o jugar a la lotería con premio seguro, o pelearse con alguien, sin razón o por una hembra, o hacer malabarismos con cuchillos y naranjas, o emborracharte hasta el tuétano como Bilinkévich, o comprarte un amuleto en una cadenilla, o una cruz, o estirar las patas, o disparar en una carpa de tiro, o comprarte un gramófono viejo, o bailar la danza ritual de arkán^[43] hasta la madrugada, o cantar entre amiguetes sobre los reclutas y el sauquillo rojo o sobre el percal rojo, o bañarse en un barril con las chicas, o dormir en el maletero de un coche negro, o comprarte

una Biblia en árabe o un Corán en ucraniano, o un calendario porno, o una cinta de vídeo, o una pistola Makárov, o unos cuernos de ciervo, o morfio, o unas costillas, o unos pechos, o cerveza, o agua, o una pipa, o unos clavos, o una piel, o una herida, o marcharte al hotel, o deambular hasta la madrugada, o morir...

Estas luces encima de vosotros, estas llamaradas en el aire, esta ambición del fuego, estas paredes barrocas de los edificios cubiertas con guirnaldas y con las ramas verdes de mayo, estas figuras talladas en los nichos y portales espolvoreadas con confeti y serpentinas, manchadas de mierda y esperma, estas carpas anaranjadas con mil tentaciones y mil reglas, estas torres encima de los jardines, estas murallas, esta casa consistorial con la aguja más alta del mundo, estas montañas encima de la ciudad, estas estrellas en el cielo.

Esta penumbra del pueblo, estos murciélagos en los campanarios, estas velas en el cementerio, estas salas de tormentos en los sótanos, estos pozos llenos de huesos, estos trastos en cuartos viejos, este cieno en las fuentes, estos vertederos en las laderas, estas voces en los subterráneos, así como estos tubos y grifos oxidados, lavabos desconchados, baños llenos de basura, platos desgastados, sábanas desgarradas, porcelana rota, campanas enterradas, cruces sin travesaños, los cuatro jinetes.

Estos semicírculos azules, estos labios puntados, moratones sacros, estigmas, venas hinchadas, narices hundidas, columnas torcidas, estas lenguas movedizas, caderas cantantes, medias rotas, hombros desnudos, colmillos ensangrentados, clavículas puntiagudas, pechos mordidos, estas farolas entre los pies, este brillo.

Y vosotros sois incapaces de decir algo aquí, de cambiar algo aquí: andáis en círculos, como sonámbulos y cada uno tiene su planeta y cada uno cogerá su camino, aunque erais totalmente sinceros en vuestro deseo de quedaros siempre juntos y de no hacer tonterías, pero el alcohol ronda vuestras cabezas y la fiesta os pisotea, estáis molidos y desmenuzados como la carne picada por un buen cocinero, porque, como ya dijo Mórtich, todos estáis solos, así que es muy dudoso que podáis encontrar algo entre estas carpas y escenarios, entre estos inútiles hermosos, en esta plaza completamente rodeada de montañas y de Europa por doquier, donde cada uno de vosotros se perderá a su manera, mira, ya empieza, le llaman, silban, gritan, cogen de la manga, ruegan, exigen:

—¡Señor Martoflak...!

Por fin ha llegado el momento, Martoflak: el pueblo conoce a sus poetas, te llaman, te necesitan, empiezas a dibujar autógrafos para estos jóvenes guapetones en camisas bordadas y vaqueros desteñidos, está claro que son universitarios, que sueñan con tus poemas, entre ellos Marta ha reconocido al que casi se mareó en el autobús de la alegría de verte.

Les escribes en sus libretas de notas, en tus libros, en tus retratos toda clase de disparates, Martoflak, porque lo más importante es no repetir ninguno de los autógrafos en ningún sitio, hay que ser siempre escueto, gracioso, filosófico,

generoso, autosuficiente, majestuoso. Pero esta chiquilla con ojos como endrinas y labios demandantes no lleva nada: ni una libreta de notas, ni un libro, ni tu fotografía, Martoflak, y te pide que le dejes una firma en su frente, y pides un rotulador azul y otro amarillo y trazas tus iniciales en su cálida sobreceja, bravo, ole, le besas la mano, ¿y ahora qué? Encima porque toda la cofradía, parada a varios pasos de ti, te chilla con rabia:

—¡Martoflak! ¡Róstik! ¡Tío! ¿Vienes o no? ¿Qué demonios?

Pero estás como pez en el agua, Martoflak, como Pedro por su casa. Ésos son mis amigos, les explicas a los chavales amablemente, por cierto, también son poetas: Mórtich, Jomski, Stundera, ¿no habéis oído hablar de ellos? Bueno, ya oiréis, son chicos de talento, algunas cosas les salen bien, quién es aquella chica que va con ellos, pues no lo sé, todo el mundo se ríe, empiezas a despedirte pero el chavalote del autobús con el prendedor rojinegro te insinúa que tienen una mesa puesta cerca, una guitarra, un montón de combustible y que si podrías quedarte con ellos una horita, sería genial. A esto los dos endrinos te están mirando de tal manera que te sacudes los restos de la modorra y gritas a los tuyos:

—¡Hey! ¡Oye! ¡Os voy a abandonar por una horita!

—¡Róstik! —oyes la voz de Marta y por un momento te cruzas con su mirada desconcertada pero les mandas a todos un beso, como si dijeras: a tomar por el saco, y rodeado por la camada chillona de estudiantes te diriges allí donde está la mesa puesta y la guitarra entre los arbustos.

Te sujetan por los brazos, una pena que no tengan alguna silla de manos o palanquín, si no te llevarían en andas, sí, y aquella monada con tus iniciales en la frente también, tiene un nombre exquisito: Zoreslava^[44], al fin y al cabo el sitio no está tan lejos, giráis hacia un patio entre los edificios, cerca de la plaza, y allí, en la hierba, debajo de los cerezos de los que se está cayendo ya la flor, efectivamente hay una mesa puesta a la que te llevan al final, una lámpara de petróleo brilla cálidamente, os sentáis con mucho alboroto y tomáis una primera copa de algo casero y luego, claro está, la segunda.

A ti, Martoflak, estos momentos te encantan. Te están escuchando como a un profeta, cada palabra vale su peso en oro, y te sientes como un ministro de asuntos exteriores o interiores en una conferencia de prensa: tus respuestas son agudas y estás magnífico, Martoflak, hace tiempo que no te gustas tanto.

—Señor Martoflak, ¿es capaz el Parlamento actual de mejorar nuestra situación de alguna forma?

—¿Acaso es capaz de volar una vaca? —contestas tú con otra pregunta.

—¿Qué tenemos que hacer en este caso?

—Pues crecer y actuar debemos.^[45]

—¿Y quién saldrá ganando con el conflicto: los católicos o los ortodoxos?^[46]

—Como siempre, ganarán los ateos. Porque a un ucraniano le importa más el número de toallas bordadas que adornan su iglesia que cierto sermón de la montaña.

—¿No piensa que se podría imponer el estado de guerra?

—No soy profeta pero no es una salida.

—¿Se van a aprobar los símbolos nacionales?

—Ya están aprobados por nuestra historia. No necesitan aprobaciones adicionales.

—¿Cree usted en Dios? ¿Nos ayudarán los extraterrestres? ¿Nos ayudarán los Estados Unidos? ¿Nos socorrerá el Fondo Monetario Internacional? ¿Nos socorrerá el oro del *hetman* Polubótok?^[47] ¿Nos ayudará la ONU? ¿Nos ayudará Bruselas? ¿Nos socorrerá Ginebra? ¿Nos socorrerá el amor? ¿Nos ayudará Varsovia? ¿Nos querrá amar Walesa? ¿Nos socorrerá Sión? ¿Nos podrán salvar los moros? ¿Tártaros ayudaránnos? ¿Nos querrán seguir los turcos...?

Tú, Martoflak, a todo esto contestas con facilidad y gracia, gozando al mismo tiempo del alegre zumbido en tu cabeza, de la pequeña palma de la zurita Zoreslava en tu mano, del silencio profundo y devoto que acompaña tu monólogo.

—Sabéis, amigos, cada paso nuestro hace el camino. Las cenizas de los imperios pueden sepultarlo todo pero también está el viento sempiterno, el movimiento del aire, los flujos de ozono. Sólo nos podrá salvar el viento, sólo el agua en los ríos. Al amanecer las armas son preciosas, brillantes, relucientes. Cada uno de nosotros lleva encima estas armas, afiladas como la Palabra de Dios. No os olvidéis tampoco del oro del sol, del musgo encima de las piedras, de los espejos cálidos del otoño. Amad a las chicas y os engendraréis a vosotros mismos. Criad abejas y no piséis las hormigas, y se os pagará con creces. Cultivad el trigo como dicen los libros, pastoread rebaños en las laderas. Tallad héroes de madera, comprad pájaros enjaulados y ponedlos en libertad. Pescad peces y queredlos como a cualquier otro símbolo. Haced caso a vuestra propia sangre porque la sangre es el Estado. Respetad cada brizna de hierba, pues la hierba es la nación, es la esperanza. Rezad sólo cuando veáis una concha o un pájaro o una herida. Cuando lleguéis al final de vuestro propio verano, entenderéis que el camino no tiene fin. Dios es Amor, Dios es Petróleo, y también todo lo demás.

Tus propias palabras te emborrachan como aguardiente, Martoflak. Están dispuestos a seguirte ya. Retienen la respiración y están tomando nota de algo en sus cabezas revueltas y aparentan captar algo de lo que tú estás teorizando y aunque tú mismo no te hayas enterado de nada sientes cómo lo necesitan ahora. Aparece la guitarra y un ministril delgadito y orejudo con gafas empieza a rasguear las cuerdas muy bajito, empináis el codo otra vez, Martoflak, estás a gusto, los endrinos húmedos brillan con un cálido fuego, todo se ha apaciguado, vuelan los ángeles, el orejudo se pone a cantar sobre una campaña fatal del glorioso Ejército de los Cosacos del Bajo Zaporozhie^[48] de la que nadie ha vuelto y hasta ahora vagan por los bosques y hasta ahora no saben dónde están, si en Europa, si en Turquía, tal vez en el paraíso. La canción emociona hasta las lágrimas, haces crujir los dedos, Martoflak, llora Zoreslava, lloran casi todos, encienden los cigarrillos, se echan otro trago, lloran otra vez porque empieza otra canción, sobre los huesos blancos en el fondo mismo de

Petersburgo^[49] que consiguen echar brotes y en primavera reverdecen a través del asfalto y las colegialas de Petersburgo los enlazan en sus coronas y ellos, tus compañeros, poco a poco se levantan y se ponen a bailar, aquí mismo, en el patio, en torno a la mesa, y alguien se lleva a tu húmeda estrella, a la zurita Zoreslava, ella también baila y sólo os quedáis dos a la mesa, tú y el orejudo que ahora está cantando sobre una cautiva del bosque verde, sobre cómo fue a coger bayas y la cazaron los tártaros y se escapó, y luego fue al río y la cazaron los malditos polacos y se escapó, y luego se casó con un barbudo aborrecido y se está atormentando hasta ahora...

Te mesas la barba, Martoflak, y probablemente entiendes la canción oída de una forma totalmente diferente, a veces te surge el recuerdo de Zoreslava, dónde puede estar, todo el mundo ha desaparecido, estaban bailando y desaparecieron, sólo el orejudo y tú os estáis escuchando el uno al otro, tú le recitas tus poemas, él te canta, luego simplemente os quedáis callados un largo rato, y la noche es como un mar aunque el barullo de la plaza apenas llega aquí, a este corral en medio de la ciudad, a este patio hospitalario.

Parece que has bebido demasiado, Martoflak, dónde diablos se ha metido, le habrías enseñado a un macho hecho y derecho, habríamos formado un árbol de amor, habríamos crecido hasta el mismo cielo, la montaría como un mono en la bicicleta, ¿con quién está ahora, quién está besando sus dedos?

—La música es la arquitectura en movimiento^[50] —sigues con tus razonamientos a pesar de que el orejudo ya parece haberse dormido en la mesa—. La electrificación es el comunismo menos el poder soviético. La unidad del pueblo está en su fuerza. Esta libertad dulce, la Palabra. Me agradan mucho tus ideas pero daría mi vida para que no puedas expresarlas, señor Voltaire —dicho esto te levantas y vas hacia el jardín, allí se está a oscuras y la hierba se enreda en tus pies, Martoflak, pero al final encuentras lo que estabas buscando: Zoreslava está durmiendo en la hierba, mejor dicho, sobre un abrigo, arrimada a un chiquillo durmiente, él tiene el pelo dorado y un prendedor rojinegro y ella lleva tus iniciales en su frente, están tendidos abrazándose como los hijos de Dios y sueñan con su cielo natal, qué idílico, será posible que no le haya echado un polvo, bobo, mocosos, gilipollas, por lo menos haber engendrado a un nuevo ucraniano.

Pero aquí ya no hay nada que hacer, hay que ir a alguna parte. Vuelves al patio, pasas al lado del orejudo que se ha dormido en la mesa, se le han caído las gafas y ha echado la cabeza hacia atrás con su nuez protuberante y está roncando tan a gusto que no hay forma de permanecer a su lado, te arrastras hasta la portezuela de la verja, Martoflak, y sales a la calle: te rodean las paredes antiguas cubiertas de musgo, hiedra y laurel, tus pasos, no muy firmes, son resonantes y profundos. Dónde cojones está ese Mercado o ese hotel, tengo sueño, tengo ganas de follarme a una mujer, tengo ganas de fumar, tengo ganas de encontrar a un amigo.

Y estoy solo en el mundo y nadie me necesita, por qué me miraba de esa manera, me ha pescado con sus dos endrinos, tendrá unos diez años menos que yo y me ha

tomado el pelo de esta forma, dínamo chortópil, se me escapó en el último momento y ahora estoy solo en el mundo entero que no es más que vanidad de vanidades y un total absurdo.

Al pasar al lado de un portal abierto te paras. Alguien está allí, Martoflak. Cabello claro, parece que es una chica rubia de espaldas. ¡Vaya! ¿Y si la acaricio por detrás? Pero la rubia se inclina hacia delante y se pone a vomitar y resulta ser Bilinkévich, un Bilinkévich borracho que se internó en esta callejuela no se sabe cómo y aquí está, vomitando delante de la puerta, y luego se da la vuelta hacia ti y pregunta:

—Róstik, ¿me podrás traer un Dontsóv^[51] de Estados Unidos?

—¿Cómo has llegado aquí?

—Imagínate, estaba durmiendo en un coche, o sea, en el maletero, y después me tiraron de allí...

—¿Y adónde vas? ¡Llévame al hotel!

—¿Pero para qué quieres ese hotel? Mejor vamos adonde Marta.

—No quiero ir adonde Marta —te estremeces, Martoflak.

—¡Si no es la tuya! —se ríe Bilinkévich limpiándose el morro con la manga—. Aquí, en este portal vive otra Marta. Es una puta. Vamos allí, tomaremos algo, cenaremos y nos echaremos a dormir.

—¿Es joven? —preguntas, Martoflak.

—Es un bombón —contesta Bilinkévich con una evasiva mientras subís por unas empinadas escaleras de madera—. Vive en el segundo. Seguro tiene algo para beber. Te va a gustar.

—Tengo que irme —anunció Grits de repente—. Os tengo que dejar.

—¿Tú también, Grits? —preguntó Mórtich.

—Que os den por... a todos —se enfureció Marta pero parecía estar a punto de llorar—. ¿Para qué demonios he venido aquí? Tengo hijos en casa y he venido en pos de ese viejo imbécil...

—Debo irme —repitió Grits—. Es una mierda pero debo hacerlo.

—¿Tienes cosas que hacer? —curioseó Mórtich.

—Sí, debo irme.

—¡Pues vete adonde quieras y no sigas repitiendo todo el rato «tengo que irme, tengo que irme», como un zombi! —prorrumpió Jomski—. Cuando uno tiene que hacer algo, no le pide permiso a nadie sino que va y hace lo que tiene que hacer. Si quieres irte, vete. No te voy a tirar una piedra. Pero, por favor, no te quedes aquí ni un momento más y no murmures tu eterno «tengo que irme». Porque empiezo a sospechar sin querer que realmente no tienes que ir a ninguna parte...

—No, tengo que irme —pronunció el zombi Stundera otra vez para darles una alegría y sí que se fue.

Cruzó la plaza donde estaban teniendo lugar los espasmos festivos de turno

parecidos a los ejercicios de acróbatas y al tiro de la cuerda, pero, antes de torcer hacia la antigua calle de las Benedictinas, entró en la carpa de colores donde ponía: «Fábrica de monstruos. Realización de sueños». Esto le pasó por querer ser diferente.

En la carpa había varios chicos y chicas, en su mayoría guapos, que prestaban todo tipo de servicios.

—Córteme el pelo —pidió Grits sentándose en una silla delante de un espejo.

—¿Quiere que le haga un mechón en el centro, a la manera cosaca? —preguntó la chica que llevaba una falda tan corta que parecía desnuda del todo.

—Sí, a la manera cosaca. Claro que sí.

Y se puso a repararlo dejando sólo aquel famoso mechón negro y largo: primero con las tijeras, luego con una maquinilla de corte de pelo, después afeitó su cráneo, que estaba cada vez más reluciente, con una navaja, pero el mechón negro, ahora realmente a la manera cosaca, quedó intacto.

—Te queda muy bien —dijo la chica—. Yo que tú sólo llevaría el pelo así.

—Sí, claro —replicó Grits.

—Tienes una forma de cabeza muy bonita —seguía ella—. Este corte y el bigote te hacen enigmático y especial.

—Sí, lo sé.

—Tienes el tipo cosaco de verdad —decía ella—. Por lo visto tienes genes muy limpios. ¿Te importa que te tutee?

—No, no pasa nada.

—Eres tan poco hablador. Tal vez los cosacos de verdad eran como tú. Tienes ojos marrones, una nariz muy fina y larga, una cara bronceada y enjuta. Te pareces a Bogún^[52]. O a Mazepa^[53] de joven. ¿Quieres que te repase un poco el contorno de los ojos? Tengo máscara, lápiz labial, todo tipo de pinturas para el maquillaje. ¿Quieres?

—No.

—¿Tal vez te apetezca un masaje? Sé hacer unos masajes fantásticos. Te sentirás muy fuerte e invencible. Ven, te quitas la ropa detrás de aquel biombo y te hago un masaje. A todos los que se lo he hecho les ha gustado mucho. Te va a gustar.

—Tengo que irme —dijo Grits—. Tengo poco tiempo.

—Como quieras —la chica le metió la mano debajo de la camisa y le acarició el pecho—. Te queda bien el mechón cosaco. Me gustaría tener un hijo tuyo. Tienes genes muy limpios.

—Gracias, tengo que irme —dijo Grits y se encaminó hacia la salida pero vio a un chaval con el uniforme de los fusileros ucranianos.

—¿No tendréis uniformes cosacos? —le preguntó Grits.

—Los cosacos se nos han acabado. Bueno, los de los fusileros también —contestó el chaval.

—Pero lo necesito mucho —insistía Grits.

—Puedes ponerte el que llevo. Mañana por la mañana me lo devuelves. Y

mientras tanto llevaré tu ropa.

Grits asintió con la cabeza agradecido y se puso a cambiarse allí mismo. Las botas, la guerrera, el pantalón, dos cinturones.

—Sólo me falta la gorra, lo siento —dijo el chaval—. Pero tienes un buen mechón, no necesitas la gorra.

En unos instantes ya eran totalmente distintos: Grits con el uniforme del cabo mayor del Ejército Ucraniano de Galicia y el chaval con sus trapos vaqueros.

—Ven mañana por aquí —dijo el chaval a modo de despedida.

—Ven, te estaré esperando —la chica de las piernas desnudas le hizo adiós con la mano.

—Gracias. Tengo que irme —repitió Grits y salió de la carpa «Fábrica de monstruos. Realización de sueños».

Ahora tengo que encontrarlo todo. Se lo he oído a mi padre tantas veces, he aprendido todas sus palabras de memoria. Tengo que estar allí esta noche.

La antigua calle de las Benedictinas lleva al Mercado, así que allí hay el mismo jaleo y brillan luces por todas partes. Sin embargo, allá, más hacia dentro, hay calles y plazas oscuras, muertas, hay patios sórdidos, escaleras de sótano retorcidas, ventanas con tablas clavadas. Si giras a la izquierda antes de llegar al final de la calle de las Benedictinas, sin duda encontrarás la antigua plaza de la Resurrección donde está la iglesia de madera. La puedes rodear por los dos lados y si no me equivoco desde la plaza de la Resurrección sale el camino hasta La Aldea, pasando el cementerio y la capilla.

Hasta los diecisiete años ni siquiera sabía que mi padre había nacido y crecido aquí. Sospechaba que en su pasado había un secreto y entendía perfectamente que habíamos sido deportados^[54] porque los ucranianos no nacen en Karagandá porque sí. Pero tampoco me interesaban mucho los detalles. Fue después de la muerte de mi padre que me entró el cosquilleo.

«Sabes, Grits, allí hay un cementerio y una capilla a su lado, y allí, en el cementerio, enterraban a alguna gente de La Aldea pero no mucha, porque La Aldea tenía su propio cementerio. Y su propia capilla, y su iglesia. Oí decir que ahora no queda ni rastro, como si la gente nunca hubiera vivido allí. El barranco La Aldea al lado de Chortópil y ya está. Ellos lo quemaron todo, ¿sabes?».

Ellos lo quemaron todo, ellos lo quemaron todo, ellos lo quemaron todo, ellos mataron a todo el mundo, ellos lo engulleron todo, ellos lo destrozaron todo, ellos se lo llevaron todo, ellos lo removieron todo.

Si ya he pasado el cementerio, la siguiente seña es el aserradero en la esquina de la antigua calle Quieta y la de Poniatovski. Tiene que ser ya el extrarradio de Chortópil. De allí empieza el sendero por el que se puede llegar a La Aldea. El sendero te lleva a la pasadera de piedra en el Río, después diez minutos a través del bosque y encontrarás el barranco La Aldea.

Crecimos cada uno como buenamente pudimos. Luego, cuando nos fuimos a

Donbás^[55], todos decían que hablábamos polaco. No entendían la mitad de nuestras palabras. Mi padre no me decía que había nacido aquí. De alguna manera quería ocultar que no podría volver.

«Así que, Grits, en cuanto veas el aserradero, tuerces para arriba por el sendero. En el aserradero trabajaba mi tío menor. Era sólo dos años mayor que yo, así que ni siquiera le llamaba tío. Trabajaba de técnico. No le conoces ni puedes haberlo conocido. Le encantaba la arcilla. Hacía silbatos y unos caballitos y ciervos pequeños. Acuérdate sólo de esto: pasando el aserradero, para arriba. Si se te olvida y sigues recto, en vez de salir hacia La Aldea saldrás a Krasnostáv. De allí también deportaron a muchos pero no a todos, como en el caso de nuestro pueblo».

Ellos no nos deportaron a todos, quedan algunos de nosotros, quedan algunos de nosotros, ellos no lo quemaron todo, ellos no se lo llevaron todo, ellos no nos destrozaron a todos, ellos nos querían, ellos nos ayudaron.

Por supuesto, no se me olvidará, en la ladera, el sendero está igual que hace cuarenta o incluso cien años, ya se oye el rumor del Río, el agua más pura de Europa, ninguna fábrica en las orillas, subo cada vez más alto, si de aquí miro hacia Chortópil, parecerá un grabado viejo, malditos perros, a qué ladran tanto, al final, a estas horas todas las cercanías son tuyas, están en su derecho, estos maravillosos animales, que ladren.

«Nos echaban afuera con perros. Tenían una decena de perros feroces. Hasta la estación misma los perros corrían a ambos lados del camino y ladraban con rabia. Los caballos se volvieron locos de miedo y galoparon como poseídos».

Mis pies no están acostumbrados a las botas. Llevo caminando apenas una hora y creo que me sangran los pies. Si hubieran azuzado perros contra mí ahora, no podría escapar. Simplemente me defendería a patadas, los golpearía con las botas, los zurraría en el morro, en el vientre.

«Todos tenían paladares negros. Ésos son perros muy feroces. No hay forma de congraciarse con ellos. Sólo saben desgarrar en pedazos».

El Río debajo de mis pies ruge como la cascada del Niágara. ¿Y si a lo largo de estos cuarenta años algún inútil destruyó el pasadero? ¿Cómo podré llegar a La Aldea? Tendré que vadear el Río. No es tan difícil, el agua en general no tiene mucho fondo pero es más rápida que la hostia, parece que te puede derrumbar. Pero los perruchos ya me están alcanzando: unos ladridos salvajes, probablemente tengan los paladares negros. ¿Qué capullo deja sueltas estas fieras tan terribles por la noche? Pueden destrozarte la garganta a dentelladas, lacerarte vivo. Cortar con sus dientes el paquete y los huevos, a veces pasa. Les gustaba torturar los órganos sexuales. De otra forma era difícil hacer llorar a los chicos fuertes y orgullosos. Y lo importante para ellos era hacerlos llorar, eso entiendo.

Estos perros me persiguen de verdad. Pero ya soy inalcanzable, ya estoy en mitad del Río, las piedras debajo de mis pies son resbaladizas, el agua está helada, lo percibo a través de las botas, y es complicado mantener el equilibrio, pero vosotros,

hijos de puta, podéis ahogaros con vuestros ladridos allí, en la orilla, qué pasa, el agua es el terreno prohibido para vosotros, chacales, hienas, os machacaría a patadas hasta que os salieran todas las entrañas, caníbales, veteranos de la NKVD^[56], pensionistas en régimen especial^[57], ladrad, ladrad, antes estiraréis la pata.

Y lo único que quiero en este mundo es poder llegar a la otra orilla. Es difícil mantener el equilibrio, tardo mucho en dar cada paso parándome en un pie, como una garza, un largo rato pensando dónde puedo pisar con el otro. Detrás de mi espalda las dos bestias están poniéndose fuera de sí de la cólera —¡tomad otra!—, doy la vuelta y les hago un corte de mangas —y si seguís empecinándoos, recibiréis una piedra del fondo del río.

Las piedras de la orilla son agudas, así puedo desgarrar estas botas de disfraz, ¿qué le podré devolver entonces al cambista de la carpa naranja? Encaramarme cuesta arriba es mi primer deber para hoy, si no, ¿a qué diablos habré venido a esta ciudad? ¿Para recitar poesías? ¿Para beber vodka? ¿Para bailar en la plaza?

Aquí está el bosque, la verdad es que es bastante ralo, y mis ojos ya se han acostumbrado a la oscuridad tan bien que parezco un gato salvaje gigantesco —un animal nocturno de este bosque—. Puede que me brillen los ojos. Una noche así es agradable sentarse debajo de algún arbusto y escuchar la lechuza. O el aullido de los lobos. O los disparos.

«Hace dos años, bueno, tal vez algo menos, un año y medio, estaban trayendo gente de la cárcel de Chortópil por el camino viejo. Allí, Grits, para decirte la verdad, debajo de cada árbol había muertos. Probablemente no haya otro bosque igual en todo el mundo. No teníamos derecho de entrar en él —habían erigido verjas, después pusieron guardianes para que no entrara ni una vaca—. A un par de vacas las mataron así y nadie tenía derecho a decir nada porque podría quedarse también en ese bosque, dormido para siempre. Al principio pensábamos que estaban buscando algo o, digamos, montando alguna clase de búnkeres. Por la noche, en cuanto se oye el rugido de los motores por el camino viejo y ya está, sólo quedaba taparse con la manta y aparentar que no oías nada porque ya venían...».

El bosque está fosforescente, centelleante, blanco, se está carcomiendo, reduciéndose a polvo, los cadáveres lo hinchan desde abajo. Y basta que se les llame, se levantarán. ¡Levantaos, hey, todos de blanco, brillad! Están a ambos lados del sendero, me extienden las manos, dicen algo. Pero no, no están. Los enterraron en el cementerio ya en el año 41^[58], con oraciones y cánticos, y hubo en su tumba una gran cruz con una corona de alambres de púas, «por eso todos los nuestros, como uno, se incorporaron después a la guerrilla, para no entregarse vivos».

El sendero está cada vez más empinado, las piernas se me resienten, pero ¿qué me espera allí, detrás del bosque, aparte de un prado vacío y un cielo encima de él? ¿Acaso no habrá ni una chimenea, ni una viga, ni una cruz? ¿Acaso me perderé en este desierto como su último habitante, sangre de su propia sangre, rama del mismo tronco? Que vayan todos conmigo, hey, no os quedéis allí, al lado del sendero, venid,

montaremos un festival del Espíritu Renaciente, rezaremos, tomaremos un trago, cantaremos, venga, esta vez no vendrán los horribles coches con luces rojas desde el camino viejo. Y se ponen en marcha, aceleran el paso tras de mí, noto su respiración a mis espaldas, rápido, rápido, este bosque es pequeño, en un santiamén saldremos de aquí y llegaremos a casa. Se apresuran a adelantarme pero de todas formas seré el primero, os he despertado, estoy vivo entre vosotros, los muertos, dejadme pasar primero porque, si no, ¿para qué demonios he venido aquí, donde vosotros?

Salgo del bosque, delante de mí ya despunta el día, el corazón me late como una campana ahogada en el pecho, «por encima de todo estaba la iglesia, detrás de ella, más hacia el bosque, el cementerio, y más abajo, por la ladera bajaban hacia el camino viejo las casas con sus huertos de vegetales y sus árboles frutales, no muchas, unas catorce, porque La Aldea era sólo un pueblo de cercanías, pero la gente prefería no meterse con nuestros chicos porque incluso en El Mercado de Chortópil podían dar una paliza a cualquiera, iban a los bailes con navajas y se llevaban a las chicas ajenas y por más que tu yayo intentaba inculcarles la humildad, la seriedad y el amor al prójimo, nada logró, sólo que se casaran con las chicas ajenas, eso era todo lo que podía hacer para remediar la situación».

En Donbás íbamos con navajas igual y cuando después de la fiesta de fin de curso nos peleamos con los de formación profesional de mineros recibí un navajazo por debajo de la costilla, pero no fue muy profundo, en dos semanas me curé, empecé a andar con poesías, se componían solas, pero entonces ni siquiera sospechaba que cuando me había lanzado a la pelea para recibir un corte, toda La Aldea había estado detrás de mí, aún no sabía nada de ella, y, sin embargo, me había salvado de la navaja, a mí, a su hijo menor.

Bueno, ¿por qué os habéis parado en el borde del bosque y no podéis dar ni un paso más? Igual que vosotros, me he mareado por la carrera, pero lo que estoy viendo delante de mí me obliga a enajenarme más aún. ¿A qué viene este enorme edificio sin techo, con agujeros negros, estas zanjas, estos montones de ladrillos, estas tuberías, estos marcos de ventana de madera, estas pilas de tejas? ¿A qué vienen tantos wáteres, bañeras y lavabos, tanta arena, a qué vienen tantas grúas y hormigoneras si aquí ya no vive nadie, les hicieron correr con perros feroces hasta la estación de ferrocarril y allí les empaquetaron en coches inhumanos...?

«Centro de turismo internacional La Gutsulita. Constructor: Trust Chortopilstroy», leyó Grits en un cartel delante del solar de la construcción. «La construcción empezó en el año 1947», pensó. Un lugar paradisíaco, paisajes pintorescos, un bosque con abundantes fresas al lado, el maravilloso aire de montañas, empapado de los aromas de hierbas y abetos plateados. En el Río con el agua más limpia de Europa abundan las truchas. A su disposición están también unas cómodas habitaciones con baño y TV, videoteléfonos, un restaurante, un café, un bar, un casino, una piscina, una sauna, una discoteca —todo esto, de risa, sólo por unos mil dólares de nada, acaso es dinero—. Nuestros expertos cocineros le prepararán una

infinidad de sabrosos platos nacionales y nuestras expertas putas jóvenes le harán sentirse bien. El programa de ocio incluye excursiones a caballo a través del puerto de montaña y una degustación de vinos. El grupo folklórico *Guimbardas doradas* interpretará para usted las melodías gutsulas y el joven poeta Grits Stundera con un mechón cosaco recitará sus poemas. Le esperamos en nuestra tierra hospitalaria, ¡bienvenido!

«Desde el camino viejo, Grits, divisé La Aldea agonizante —no quedaba ni un alma de los nuestros, sólo había soldados sacando el ganado de las haciendas—, después sólo vi la iglesia porque estaba por encima de todo, y los carros por poco vuelcan en la carrera enloquecida porque los perros nos estaban achuchando, casi se lanzaban a los caballos, de dónde los habrán sacado, no lo sé ni ahora, y nosotros todos callados como en un funeral, ni siquiera teníamos fuerza para escupir o llorar por habernos dejado coger vivos, pero qué podíamos hacer, sólo estaban las mujeres, los niños y algunos de nosotros, quinceañeros, decían que nos llevarían a la provincia de Jersón^[59] y luego algo cambió y desde Shepetivka nos despacharon hasta Kazajastán».

Grits sintió cómo la tierra se abría bajo sus pies. Estaba cayendo en una oscuridad aún más profunda pero ni siquiera gritó porque esto sería una muerte natural, en este preciso lugar, entre estas montañas de ladrillos, en el solar de un centro turístico de ensueño, tenderse en los cimientos y dormir junto a la hierba de La Aldea natal, como su habitante más pequeño, coetáneo de los que iban con navajas al bosque y al Mercado en Chortópil. Pero, al levantarte, sucio de arena y arcilla, ves el mismo cielo encima de ti. La zanja no era muy profunda y ni siquiera se había hecho daño. Sin embargo, a pesar de la oscuridad, vio a su lado, en el fondo del hoyo, un montón de andrajos. Se inclinó, encendió una cerilla y otra vez ni siquiera pudo gritar aunque delante de él había un cadáver, reciente, que aún no se había enfriado, era un hombretón robusto con un disparo en el cráneo que, por alguna razón resultaba muy familiar, tal vez por la ausencia de la cadena de oro en su cuello corto y grueso. Tampoco llevaba encima el libro de Mórtich. Si roban, roban.

Grits sintió ganas de fumar. Prendió un fósforo raspándolo contra la suela del muerto —igualito que el actor americano Mickey Rourke en la película *El corazón del ángel*— y, tras dar varias chupadas, empezó a trepar para salir de la zanja. La noche ha alcanzado su apogeo.

... El Chico se dejó caer sobre las dos, encima no vino solo, sino con un tío peludo, decía que era un gran poeta pero ya no me quedaba sitio porque en la primera habitación se estaban divirtiendo, por eso le puse las sábanas encima de mi cama y él sólo preguntaba si soy una de las de divisas porque tiene diez dólares enteros y me puede pagar la noche, «pero no me la imaginaba así», una risa y ya va, ¿cómo podías haberme imaginado?, acudid al cuero con el albayalde, que los años no se van en

balde. El Chico me guiñaba el ojo para que cogiera aquellos diez dólares que el barbudo iba agitando delante de mis narices, pero me daba lástima: un macho borracho se pone más tonto que los pelos del culo, por más poeta que sea, da lo mismo, y el Chico fue, mientras tanto, a la cocina y, como siempre, se puso a zampar algo, nos quedamos en el dormitorio, fumábamos, el barbudo quería recitar algo de memoria pero no se acordaba de nada, se descojonaba, casi se mea de la risa, hasta le vino el hipo, «sé que usted, amable señora, tiene algo para tomar, me lo dijo Bilinkévich», mira tú por dónde, me llama «señora», y le respondo que hace tiempo que no hay señores aquí, «bueno, pues le llamaré querida», una risa y punto, mi hijo ya es un adulto, está haciendo la mili, «¿así que tiene a un hijo crecidity?», me pregunta y se parte de risa, «pero no le echaría más de veinticinco», mentiroso de mierda, apenas mueve la lengua pero no para de mentir, le eché ciento cincuenta gramos para que se callara pero se puso a darle a la sin hueso más aún, «bueno, ¿cuándo me darán mi dulce premio?», me fui a la cocina, ya lo sabía, el Chico se sopló casi medio kilo de mortadela, y yo que la guardaba para las fiestas de mayo, pensaba que vendría Mikola Kondrátovich, «descuida, te conseguiré más», dijo el Chico, se lo tendré que recordar mañana porque hoy puede prometer cualquier cosa, y ese barbudo se echó en la cama con los calcetines puestos y pedía que le quitara la ropa, «este servicio entra en el importe total de diez dólares», vete con tus dólares a la mierda, casi le grito, pero me aguanté, me callé porque es bobo y está borracho, y encima es joven, le quité los calcetines y me metió aquellos diez dólares en el sujetador, «es el presidente Hamilton», dijo, una calamidad, y me besó la mano, no había visto una cosa así en mi vida y él sin saber cómo de repente se puso a llorar y dijo que era desgraciado como nadie, me dio pena, fui a ducharme y le puse un cassette, apagué la luz y fui al baño pero allí estaba el Chico vomitando, le di una solución de magnesio y le eché fuera, se coló en la primera habitación pero no había chicas libres, así que vino hacia mí otra vez, «sólo te frotaré los hombros», se me pegó como una lapa, se puso a quitarse la ropa, y yo le doy con la toalla mojada en los morros, tú, mocososo de mierda, si fui al colé con tu madre, mi hijo es sólo cinco años menor que tú, está haciendo la mili al lado de Moscú, en un batallón de trabajadores^[60], me escribe que no aguantará y que se va a escapar y tú te has acomodado aquí, te zampas mi mortadela y mira tú qué más quiere, también a cuenta de los diez dólares o qué, ¡zas!, por la jeta, ¡zas!, ¡zas!, ha levantado los brazos, le miro y tiene la nariz sangrando, me dio penita y vuelve a la carga, ese barbudo, dice, se habrá dormido, «nos acostaremos los tres juntos si no tienes más sitio, ¿no has probado a acostarte con dos?», esto sólo lo he visto en el vídeo pero no lo quise hacer de todas formas porque me da algo, le eché a la cocina, allí se puede acostar en el suelo, ten una manta y una almohada, apáñate en el suelo y yo ya estoy harta, me tenéis hasta el moño todos, callaos ya, casi son las tres de la madrugada y chilláis aquí más que un camión de cochinos, tengo a gente descansando aquí, a un famoso poeta, entré en mi cuarto, el barbudo ya dormía encima de mi cama, vestido como

antes, sólo que sin los calcetines, poco a poco le quité el jersey, la camisa, apagué la música, el pantalón, sólo estaba murmurando, «y yo encontré a otra»^[61], como un niño pequeño en sus sueños, qué gracia, tendrá unos treinta años, tal vez algo más, no le he visto el pasaporte, yo tengo mis problemas, tú, los tuyos, pero estás jodido, hombre, estás tumbado aquí y no puedes ni moverte, sólo ronroneas como un morrongo, balbuceas algo raro, estaba intentando entenderle y abre los ojos, me mira y suelta: «tendrás al menos cuarenta años», treinta y ocho digo, «tienes aliento de una cuarentona, las chicas jóvenes no huelen así, para nada, me lo sé», bueno, muchas gracias, mi amorcito, por esa zalamería te echo o qué hago, el propio Mikola Kondrátovich ya lleva casi veintiún años durmiendo conmigo y nunca ha dicho esas cosas, y éste sigue con la suya: «en el cuerpo humano, los orificios de encima del ombligo son limpios y los de debajo, sucios, y una chica joven tiene todos los orificios limpios», entonces vete de aquí, ve a buscarte a una joven con orificios limpios y déjame en paz, viene aquí borracho en medio de la noche y encima está tiquismiquis, como el último hijoputa, no hay nada que le agrada, si me hubieras conocido hace veinte años, todos los chicos se volvían locos por mí, se peleaban hasta sangrar en las discotecas, y Mikola Kondrátovich me regalaba medias de importación, y flores, y bombones, y me llevaba en coche desde el restaurante, y yo no tenía dónde vivir y entonces me dio un piso, ves cómo me querían y tú cacareando aquí sobre los orificios limpios y los sucios, hasta me han entrado ganas de llorar, apenas me aguanto, para qué demonios te quiero, poeta de medio pelo, también tengo mi orgullo, y entonces me dijo que no era como los demás, que tenía un corazón de oro, se puso a besarme las manos, un cachondeo, entonces sí que lloré y él se me echó encima, de dónde sacó las fuerzas, pensaba que ya no era capaz de nada, pero hizo lo suyo bastante bien, en un plis plas me la metió, «conque no creíste que fuera poeta», y sólo entonces se durmió de verdad, con su barba en mi barriga, el pelo todo mojado, se cansó como un leñador, no dijo ni una palabra más, duerme, mi corazón, duerme, queda mucho hasta la madrugada, tiene la barba como pegada y de todas formas parece un niño...

—Ya estoy harta de vuestra fiesta —dijo Marta pero no la que durmió con Martoflak esta noche, sino la mujer de Martoflak—. Quiero ir al hotel. Mañana tengo que madrugar e irme a casa.

—¿Por qué te vas a ir? —preguntó Mórtich—. Mañana empieza lo gordo.

—He dejado a los niños en casa —anunció Marta.

—Pero están con tus padres. No les pasará nada —aseguró Jomski.

—Es que estás enfadada con Róstik, lo entiendo —adivinó Mórtich.

—¡Viejo imbécil, cabrón! —soltó Marta.

—Bien. Vamos al hotel. Pero para esto hay que encontrar a nuestro amigo de Chortópil. Está durmiendo por allí, en el Chrysler —opinó Mórtich.

—Sé perfectamente dónde está el hotel sin su ayuda. He estado en Chortópil tropecientas veces.

—Vámonos entonces —Jomski la cogió del brazo.

—Bien. Pero no podemos dejar a ese chico durmiendo en el coche —Mórtich no cedía.

—¿Qué puede pasarle? Y, de todas formas, ¿acaso le necesitamos? —Jomski torció el morro en un ademán de desprecio—. Tío, estás viendo un problema donde no lo hay. Bilinkévich está durmiendo ahora en un coche de lujo. Está a gusto. Y nosotros tenemos que dormir en el hotel. Y ya está. Vámonos.

—Podía haberse ahogado allí —supuso Mórtich—. Entonces tanto menos sentido tiene sacarle de allí. Imagínate que abres el maletero y ves el cadáver de Bilinkévich. Sólo te fastidiará el buen rollo —convencía Jomski.

—Vosotros dos podéis ir al hotel —se empeñó Mórtich—. Y yo buscaré a Bilinkévich.

—¡Una buena idea! —aprobó Jomski—. Anda, búscalo si te interesa más que nosotros. Entiendo que buscas un pretexto para dejarnos porque ya te has aburrido. Espero que te acuerdes del sitio donde está el Imperial.

—Está cerca de aquí —asintió Mórtich.

—Aquí todo está cerca —convino Jomá—. Oye, es muy posible que sea un marica. ¡Ten cuidado!

—Alguna vez en la vida hay que probar también eso —le tranquilizó Mórtich y haciéndoles una señal de adiós con la mano partió hacia la multitud festiva.

La fiesta se estaba terminando a ojos vista, la fantasía de los magos y los bromistas se agotaba sin remedio y en esos momentos en la plaza no había ya casi nada interesante: unos fuegos artificiales, una pantomima con Ángeles y Bufones, unas chicas que andaban apoyadas en las manos y luego resultó que eran pies, y un chavalote alto con el disfraz rojo del Verdugo y con un hacha en el cinturón que invitaba a todos a unas salchichas al horno que, aseguraba, eran de fabricación propia. Mórtich le compró una salchicha que le pareció algo dulce de sabor y se dirigió al monumento ya famoso detrás del cual debería estar el extraño coche de los años treinta.

Pero el Chrysler no estaba. Según se desprendía de las declaraciones de los testigos, hacía media hora que una limusina de color negro había subido volando encima de la plaza y después de dar unas vueltas alrededor de la torre de la casa consistorial había desaparecido en el cielo nocturno de Chortópil.^[62]

En vez del coche Yurkó vio entre la gente a un señor con una cámara de vídeo, una gorra a cuadros, unas gafas y una pequeña barba gris, que esta vez llevaba un buen traje negro con rayas doradas.

—Señor Popel —saludó Mórtich—, ¿dónde está su maravilloso Chrysler?

—¡Oh, señor Stundera, disculpe, señor Mórtich, me alegro mucho de que nos hayamos cruzado! —dijo el doctor Popel a modo de respuesta.

—Quisiera saber si ha mirado en el maletero de su coche —Yurkó no cedía.

—Estoy aprovechando la feliz ocasión de guardarme un recuerdo de mi estancia en esta fiesta inolvidable —contestó el doctor Popel.

—¿Sabe?, allí, en su maletero, debía estar un chaval —insistía Mórtich.

—Las cintas japonesas resultan más de mi agrado porque las alemanas no poseen la misma sensibilidad a la luz —mantenía la conversación el doctor.

—¿Y qué, también podemos comprarle cintas japonesas? —depuso las armas Mórtich.

—Pues, claro, no podía dejar de sacarlo del maletero porque eso no me gusta —empezó a explicarse el suizo.

—¿Y cuánto cuesta comprarle, por ejemplo, una cámara de vídeo como ésta? —seguía averiguando Yurkó.

—Sabe usted, se fue a algún sitio en cuanto lo tiré. No sé dónde puede estar ahora. Probablemente esté vomitando por allí —contestó el doctor Popel.

—¿Y no sabrá dónde está el hotel aquí, en Chortópil?

—No conozco ese edificio moderno, sobre todo porque me he alojado en casa de mis parientes. Me complace sobremanera invitarle, la gran recepción nocturna está a punto de empezar.

Mórtich pensó por un momento.

—¿Será conveniente? —dudó él.

—Les he prometido traer a alguno de los ilustres poetas ucranianos, lo más probable es que a usted, señor Mórtich. Se están preparando. Así que bienvenido —y el doctor hizo un ademán con la cabeza en la dirección que, al parecer, tenían que tomar.

—¿Y no me obligarán a recitar? —vaciló Mórtich otra vez cuando se pusieron en marcha.

—Sus poemas no les interesan —disipó sus dudas el doctor—. Les interesa el hecho de que sea usted un ilustre poeta.

—Ah —asintió Mórtich, comprensivo.

Giraron hacia la antigua calle de San Juan Bautista y durante un rato anduvieron en silencio. Era la hora de las puertas cerradas y de las farolas apagadas. En las casas reinaba la oscuridad, sólo de una ventana salían unos acordes de clavecín. A cada paso se topaban con papeleras llenas de basura y con gatos o, tal vez, con ratas, en fin, con algún tipo de animales que se les cruzaban en el camino y se escondían en los sótanos con cristales rotos. Yurkó no podía dejar de admirar la arquitectura antigua y pensaba qué era lo que le podría preguntar a Popel. Al final, esgrimió:

—Señor Popel, ¿es verdad que su coche se fue volando?

El doctor le miró atentamente.

—Mi coche está aparcado desde que llegué aquí.

—¿Entonces de qué forma pudo ir a parar a su maletero ese chaval? —Mórtich no le dejaba en paz.

—Sabe usted —repuso el doctor algo irritado—, no es un asunto tan simple. A veces me cuesta entender qué es lo que está pasando aquí, en vuestro país. Al fin y al cabo soy nacional de Suiza. No lo entiendo todo en vuestra vida. Estamos en regímenes sociales diferentes, además nosotros tenemos un sistema federativo y vosotros centralizado. Contra gustos no hay disputas.

Yurkó decidió abandonar el tema del coche y de Bilinkévich porque era evidente que estas preguntas causaban cierto cosquilleo al doctor y le obligaban a soltar sandeces a modo de respuestas. Así que, pensándolo bien, Mórtich encontró otra pregunta en el fondo de su intelecto:

—¿Y cuál es la diferencia entre el sistema confederativo y el federativo?

—No puedo decirle nada porque la política no me interesa en absoluto —explicó el doctor amablemente.

—Señor Popel, es un gran placer conversar con usted. ¿Nos queda mucho para llegar?

—No depende de nosotros —dijo el doctor por alguna razón.

«Parece que se le va la olla», constató Mórtich para sus adentros. «A veces les pasa a los psiquiatras. ¿O puede que sea sordo y no oiga bien mis preguntas?».

Sea como sea, Yurkó perdió todo el interés por mantener la conversación con el doctor esquizofrénico.

Sin embargo, pronto, nada más girar de la antigua calle de San Juan Bautista a la antigua calle del Rey Danilo, el doctor se dirigió a Yurkó:

—Le ruego sea excepcionalmente cortés en la tertulia, no ponga los codos en la mesa, no coma chascando, no se sorba los mocos, use el tenedor, el cuchillo y la servilleta, no suelte eructos, y perdone que vaya tan directo, tampoco se tire pedos. Se va a reunir una sociedad muy refinada y me sabría muy mal que su comportamiento no fuese lo suficientemente delicado.

—¿Y habrá allí chicas jóvenes o, digamos, mujercitas para flirtear? —curioseó Mórtich con descaro, al sentirse picado por la advertencia sobre las reglas de buen tono que le hizo el doctor.

—Por cierto, allí no hay sitio para dormir, así que no cuente con eso —replicó el doctor totalmente fuera de lugar.

—¿Que no cuente con el alojamiento o con las chicas? —aclaró Yurkó.

—Cuenta sólo consigo mismo —contestó el suizo y frotando las manos de contento dijo—: Todo ha salido perfectamente. Nos ha dado tiempo de discutir todos los detalles. Ruego llame a aquella puerta porque ya hemos llegado.

Estaban delante de una casa increíblemente antigua que tenía el aspecto de una fortaleza en miniatura y, de haber conocido Chortópil un poco más, Yurkó habría adivinado que era la famosa Villa de los Grifos donde cada día traían a multitudes de turistas. Pero Yurkó no lo sabía y por esto llamó a la puerta sin miedo.

Les abrió un criado con una librea con galones y una expresión tan burda que enseguida entraban ganas de partirle el entrecejo. Este deseo era tanto más acuciante

en Mórtich porque la apariencia del criado le recordaba a una persona extremadamente importante pero no lograba precisar a quién exactamente. El criado les condujo arriba por una escalera de madera, tras haber recogido la cámara del doctor y haberla guardado en un nicho con mucha consideración. La escalera y toda la casa estaban iluminadas solamente con velas, de las que había un sinnúmero. Desde arriba llegaba el sonido de una dulce música sobre el fondo de conversaciones bajas y amables.

Entre la planta baja y el primer piso había un rellano y en él una puerta insalvable a primera vista con un morro de león por manilla. El criado presionó el botón en la nariz del león y la puerta se abrió.

—Señor Mórtich —habló el doctor—. Le ruego que entre en el guardarropa y seleccione un traje. Tiene un aspecto bastante inaceptable para las visitas. Le esperaré aquí.

Yurkó entró en la habitación con armarios y espejos aguardando una cuchilla en la espalda totalmente idónea para esa situación, pero todo salió bien. Los armarios estaban llenos de ropa masculina cuidadosamente colgada en perchas, aunque la verdad es que en todas había lo mismo: un frac y un pantalón negros, un chaleco, una camisa blanca, una pajarita; debajo de cada percha había zapatos de charol puntiagudos. La única diferencia eran las tallas. Yurkó empezó a cambiarse apresuradamente, mirando de reojo a la puerta abierta y al espejo al lado de la misma, en el que se veía en calzoncillos, lo que le hacía sentir más indefenso. Sin embargo, la tarea de encontrar la ropa adecuada no resultó tan sencilla. Si le venía bien el frac, no le quedaban bien los pantalones o reventaban las costuras de la camisa o viceversa. El tiempo pasaba y parecía que Yurkó se había probado ya casi la mitad de la ropa sin encontrar un traje que le quedase bien. Empezó a ponerse nervioso y a mirar a los lados en búsqueda de algún ventanuco para pirarse y resolver este estúpido problema, pero en ese momento vio en una percha el traje con un papelillo cogido de un alfiler que decía: «Para el Sr. Yu. Mórtich». La ropa le iba como hecha a medida, incluso los zapatos de charol que estaban debajo de la percha no le apretaban en ningún sitio y en unos minutos Yurkó se vio reflejado desde todos lados en los espejos como aún no se había visto nunca: impecable.

—Ha tardado demasiado —dijo Popel con tono de ligero reproche—. He tenido que despachar al criado. Estaba muy cansado hoy. Que descanse un poco.

—¿Siempre trabaja aquí? —preguntó Yurkó cuando se encaminaron otra vez arriba por la escalera.

—En realidad, no. Es el primer secretario del comité de distrito del Partido Comunista. Pero se lo hemos pedido —aclaró la situación el doctor.

La puerta del primer piso era mucho más maciza y alta, pero la tarea de entrar resultó más fácil porque estaba abierta de par en par. Mórtich, acompañado por el doctor, cruzó el umbral de una enorme sala llena de la luz oscilante de las velas. Por todas partes paseaban hombres y mujeres perfectamente educados, con vestidos de

noche. Los silenciosos criados llevaban, como el primero, libreas con galones; moviéndose como sombras ofrecían el champán y la naranjada en bandejas doradas de forma redonda. En la parte más lejana de la sala Mórtich vio a un cuarteto de músicos en levitas con faldones y pelucas empolvadas que interpretaba una sonata enternecedora para viola de gamba, viola de amor, flauta y clavicémbalo encima de un podio.

—Scarlattí —reconoció Mórtich.

—Corelli —le corrigió el doctor Popel—. Pero no tiene importancia.

—Un buen nivel —apreció Yurkó—. ¿Serán laureados de algún festival?

—Qué va, son chicos de aquí —lo desilusionó Popel otra vez—. Le tengo que presentar a algunos de los presentes.

Yurkó cogió con bastante torpeza una copa de champán de la bandeja que pasaba a su lado y derramó algo.

—Cuidado —le dijo el criado en ruso repasándolo de pies a cabeza con una mirada hostil—. Lo de gentuza que se cuele...

Y siguió adelante.

Se acercaron a un pequeño grupo de señores y señoras con modales corteses que estaban charlando.

—Un momento, por favor —Popel hizo una leve inclinación—. Les presento al señor Mórtich, un ilustre poeta —y dando su misión por cumplida, les dejó con otra ligera inclinación.

—¡Oh, mucho gusto! —se alegró un señor calvito con un monóculo—. Profesor del liceo Garazdetski —se presentó.

«Será el director del colegio de la ESO de aquí», decidió Mórtich, y pasando la copa de la mano derecha a la izquierda besó la manita de una joven señorita que se presentó:

—Amaltea Garazdetska —y enseñó sus dientes delanteros, algo parecidos a los de un conejo.

Una matrona corpulenta con un collar de diamantes en su marmóreo cuello también esgrimió una sonrisa falsa y dijo que era Clitemnestra Garazdetska, presidenta de la Unión del Destino Femenino.

Un petimetre moreno y elegante peinado con una raya recta y finísima hizo una inclinación precisa a modo militar dando un taconazo:

—Conde Del Campo, aviador.

—Yurkó —Mórtich le estrechó la mano.

—He leído algunas de sus poesías, señor Mórtich —le comunicó a Yurkó Garazdetski—. Me han gustado. Tienen mucho espacio y patriotismo. Creo que es usted un talento excepcional.

—Y no se deje llevar demasiado por esa decadencia —le advirtió doña Clitemnestra—. Nuestro pobre pueblo necesita una palabra liberadora y viril y no un entretenimiento sin sentido. Nuestras mujeres esperan de usted unos poemas realistas

sobre su sacrificado destino.

—Bueno, mamita, no seas tan exigente —hizo brillar sus dientes de nuevo la señorita Amaltea—. Además, el señor Mórtich es muy joven todavía... ¿Y usted, conde, qué opina?

—La poesía es lo que menos me interesa —declaró Del Campo.

—Oh, ¿acaso allí, en el cielo, no se le ocurren unas estrofas divinas? —levantó las cejas Amaltea.

—Cuando estoy, como dice, en el cielo, se me ocurre pensar únicamente en si hay gasolina suficiente y cuál es la dirección del viento —Del Campo relampagueó con sus ojos negros.

Yurkó no pudo contenerse y se soltó un eructo de champán casi imperceptible.

«Ahora uno de ellos me desafiará a un duelo», pensó, pero todos aparentaron no haberse dado cuenta de nada y la situación no se agravó.

—Jean-Baptiste Lully. Gavota —anunció uno de los músicos, y volvió a sonar una melodía.

—¿Estuvo usted, señor poeta, en la tertulia en la casa de los Lantskoronski la semana pasada? —curioseó Amaltea—. Creo haberle visto allí.

—La semana pasada me estaban echando de la residencia de estudiantes —contestó Mórtich.

—¿Entonces no estuvo en la tertulia en la casa de los Lantskoronski? —insistió Amaltea.

—Creo haberlo dicho bastante claro —acabó con sus dudas Yurkó.

—Qué pena —suspiró Amaltea—. La tertulia no estuvo nada mal. ¿Así que no fue usted quien recitó a Rilky allí?

—¿A Rilky? —volvió a preguntar Mórtich—. No, no fui yo. Sólo me sé de memoria a Heiny. Y a Jolodny.

—Qué pena —suspiró Amaltea otra vez—. Allí hubo un poeta que recitaba a Rilky.

—No fui yo —dijo Mórtich.

—Ahora ya veo que no fue usted pero al principio pensé que había sido usted quien recitó a Rilky.

—No, no fui yo porque no me sé a Rilky de memoria.

—Será, simplemente, que usted se parece mucho al poeta que estuvo allí.

—Lo más probable es que sí, porque yo no pude estar allí.

Los ojos del conde, a quien, al parecer, este diálogo disgustaba cada vez más, al contrario que los encantos de la señorita Amaltea, volvieron a brillar y preguntó secamente:

—Bueno, la poesía está muy bien. ¿Y cuál es su profesión principal, señor Mórtich?

—No Ñormórtich, sino Mórtich —satisfizo Yurkó su curiosidad.

Amaltea rió en voz alta y hasta dio palmaditas. Del Campo frunció el entrecejo de

una forma ostensible.

—Disculpen, tengo que ir al aseo —declaró el conde bruscamente y se apartó.

—Pobre Mijaíl Scipio —doña Clitemnestra meneó la cabeza—. Parece que está locamente enamorado —y le dirigió una mirada juguetona a su hija y después a su esposo.

—¡Humm, humm...! —el señor Garazdetski ajustó su monóculo.

—Mamita, es tan poco romántico —suspiró Amaltea, y alcanzando el oído de Yurkó susurró: «Cójame del brazo y demos una vuelta».

Se pusieron a desfilar por la sala en el mismo instante en que el músico en el podio anunció:

—Christof Willibald von Gluck. Aria de Orfeo de la ópera *Orfeo et Euridice*.

Empezó a fluir la voz de una flauta dulce y Yurkó, que llevaba a Amaltea del brazo, pisó sin querer el pie de un jovenzuelo pelirrojo que en ese momento estaba haciendo unos cálculos con un lápiz sobre el puño de su camisa.

—Natán Hosenduft, pieles y huesos —se presentó el jovenzuelo y le entregó su tarjeta a Yurkó. En la tarjeta ponía lo mismo que acababa de decir pero en alemán y con letras góticas.

Mórtich guardó la tarjeta en su bolsillo y de paso echó un vistazo al escote de Amaltea, bastante agradable para los ojos.

—¿Hay cuartos libres por aquí? —preguntó él.

Pero la señorita sólo se rió y le agitó un dedo.

—¿Quiere que le cuente quién se ha reunido aquí hoy? —le preguntó con su amabilidad leporina.

—En realidad, me importa un bledo pero cuénteme —asintió Yurkó a regañadientes. Y respondió a todas las comunicaciones siguientes de Amaltea con un escéptico e incrédulo «¡no me diga!» o con un no menos irónico «¡vaya!».

—Al señor Hosenduft le acaba de conocer —empezó Amaltea—. Ahora le ruego se fije en los señores que están contemplando un acuario a nuestra izquierda, allí, al lado de la pared, donde hay begonias, filodendros y otras plantas de interior. Aquel señor imponente con una gran panza es el comandante de la policía de Su Majestad el Kaiser, von Conejonz. Es un tipo bastante desagradable y un gran canalla en lo que concierne a las cartas. La señora que le está mirando a los ojos con tanta devoción y a la que de vez en cuando da pellizcos pensando que no le ve nadie es su amante actual, Leocadia Vogel. Le está sujetando del brazo el señor abogado Imre Vogel, su esposo y un gran imbécil. Y aquel ancianito desgarrado y huesudo que parece un espantajo y está agitando los brazos y dando un seminario sobre los peces de acuario al resto del grupo es el profesor de ciencias naturales del liceo local, Mauricio Pularda.

—¿Qué me dice? —dudó Mórtich por enésima vez.

—Ahora le ruego que mire a aquella pareja graciosa que ya habrá atraído su atención con sus gestos totalmente explícitos, señor Mórtich. Aquella doncellita bastante despampanante con una nariz ganchudita y una lengua licenciosa es mi

compañera de clase, la señorita Božena Diablič, a la que mi papito está intentando seducir infructuosamente desde hace mucho tiempo. Y a su lado está su admirador permanente, Baldur de Hogenhoge, un barón, un idiota redomado pero un cazador brillante y, debido a esto, el favorito del archiduque Fernando. Le protegió con su pecho del disparo de un terrorista cuando el archiduque visitó nuestro Chortópil hace poco.

—He oído esta historia en alguna parte —balbuceó Yurkó.

—Ahora le ruego que mire hacia la derecha donde usted, señor Mórtich, sin duda alguna ya se había fijado en Su Eminencia rodeado por unas personas igualmente importantes. Bueno, aquella vieja chocha vestida a la moda de, por lo menos, mediados del siglo pasado es doña Melisanda Mastikuska, de los Poniatovski, triste reliquia de una estirpe antigua y noble que, desgraciadamente, se está acabando, una profetisa y aventurera como pocas. Aquel morenazo peludo que está echándose al colete el champán con largos tragos es el cónsul italiano, *signore* Da Pederini, que está de vacaciones en los Cárpatos invitado por Su Eminencia, y aquel asqueroso bruto con las axilas sudadas y un puro entre los dientes amarillos es el señor Majalski, el millonario local, propietario de las famosas fábricas de cerveza de Chortópil.

—La gente no vive tanto —dijo Mórtich.

—¿Cómo? —preguntó Amaltea.

—Digo que todos ellos tenían que haberse muerto hace mucho —se explicó Mórtich.

—No es muy amable por su parte, señor Mórtich —soltó una risilla Amaltea sin intentar ocultar sus dientes delanteros.

—Y tú también, cariño mío —dijo Yurkó y pasó la mano por su trasero de forma traviesa pero no notó casi nada que fuera su gusto. «Tampoco son tan agradables al tacto estas curvas suyas», pensó, y volvió a mirar el escote, pero, al parecer, todo estaba en su lugar.

—Nadie me ha llamado «cariño» nunca —la señorita Amaltea se enrojeció un poco—. Es usted tan tierno, señor Mórtich.

—¿Así que dices que no tienen un cuarto libre? —preguntó Yurkó con decisión.

—Henry Purcell. *Zarabanda* —anunció el músico.

Empezó un baile lento. Un señorito emperifollado con patas de mosquito trotó hacia Amaltea y la invitó a bailar. Las parejas —había unas cuatro— se movían con gestos majestuosos, se apartaban y se juntaban, giraban alrededor de sus propios ejes y volvían a empezar desde el principio. El quid estaba en reproducir la secuencia correcta de unos pasos bastante simples.

«Yo también podría hacerlo», pensó Yurkó que ya empezaba a aburrirse en esta asamblea de los snobs de Chortópil. Sin embargo, Popel apareció a su lado justo a tiempo.

—Van a iniciar una partida en la sala de al lado. ¿Juega usted a los naipes, señor

Mórtich? —inquirió él.

—En su día fui campeón de la facultad en la *préférence*^[63] —replicó Yurkó orgulloso.

—Entonces le ruego que me acompañe.

Bordeando a los bailadores con un paso bastante desafiante y tras lanzarle un beso a Amaltea, Mórtich siguió al suizo a la sala de al lado. Allí había más o menos tantas velas como en la sala anterior, pero estaba totalmente vacía, sólo había una mesa monumental con el tapete verde en medio de la sala y a su alrededor tres jugadores esperando: el aviador Del Campo, Natán Hosenduft y el comandante de la policía de Su Majestad el Kaiser von Conejonz. Al acercarse a la mesa Yurkó se enderezó y sacudiendo la cabeza al estilo militar se presentó:

—Del Mórtich.

El aviador evidentemente montó en cólera al oír esta combinación pero se dominó y sólo relampagueó con sus ojos negros hacia Yurkó de una forma maliciosa.

—Señor Mórtich, siéntese, por favor —habló el barrigudo von Conejonz con voz profunda.

—¿He oído que juega usted bien a la *préférence*?

—Sólo voy de vacaciones a los balnearios del Cáucaso —contestó Mórtich.

—Entonces es un adversario digno —murmuró von Conejonz de manera condescendiente.

Popel, que hasta ahora había estado observando la mesa sin hablar, sacó de su bolsillo una baraja totalmente nueva, les deseó buena suerte y salió fuera.

En un momento empezó la partida en la que Yurkó enseguida dejó de tener suerte. No podía jugar ni siquiera las combinaciones más simples y al final siempre le faltaba una baza, dos, o bien cedía la mano sin asomo de esperanza. Al mismo tiempo tenía la impresión permanente de que von Conejonz estaba trampeando con gran maestría: por alguna razón siempre acababa teniendo la carta que tanta falta le hacía a Yurkó.

—Parece que nuestro poeta está componiendo ahora su poemilla de turno —ironizó Del Campo—. Presta usted muy poca atención al juego, señor Mórtich.

—No puedo concentrarme porque me molesta el olor a gasóleo que proviene de usted, señor aviador —paró el golpe Mórtich y lamentó que Amaltea no hubiera estado a su lado porque el aviador casi se caga de la rabia.

—Señores, no vale la pena fastidiar los ánimos —dijo von Conejonz con aire apacible anotando sus puntos de turno en la tabla.

Hosenduft estaba callado y tamborileaba una melodía hebrea con los dedos en la mesa. Yurkó se estaba acalorando pero la suerte no lo acompañaba. Además, era costumbre aquí conversar sobre asuntos no relacionados con la partida y esto también le molestaba.

—¿Señores, qué opinan de los últimos acontecimientos en Bosnia? ¿No les parece que los ministros alemanes quieren salir bien librados de una situación eventual muy delicada? —interrogaba von Conejonz.

—Tienen todas las razones para ello —objetó Del Campo.

—Pero esto puede dañar nuestros intereses de Estado —seguía su línea von Conejonz.

—Eso va en contra de los intereses de Nikolai II y su política en los Balcanes, ergo es bueno para nosotros —se obstinó Del Campo.

—¿Y cuál es su opinión? —preguntó von Conejonz a Mórtich.

—No es asunto mío —contestó Yurkó—, pero pienso que os estáis pasando con el teatro, chicos. Entiendo que es carnaval, diversión, pero todas estas variantes retro ya no son ni siquiera graciosas, colegas. Además, tiene usted, señor comandante, unas manos demasiado expertas que le permiten cada vez sacar del aire justo la carta que más necesito. Parece que ha hecho usted prácticas en las estaciones de Moscú.

Y de repente entendió que esta partida no era un simple juego, que la apuesta era su vida. Por alguna razón pensó esto y enseguida encontró toda una serie de indicios que corroboraron su suposición. Primero, estas pláticas que al principio le parecieron afectadas y sin ninguna gracia; segundo, la extraña facilidad con la que iba perdiendo. Tercero, los gestos fantasmales de sus adversarios, la palidez cadavérica de sus rostros, la sangre coagulada en las comisuras de sus labios...

—¿Qué quiere decir? —saltó Del Campo, y taladró a Yurkó con la mirada inhumana.

Mórtich sintió que las gotas del sudor frío le cubrieron la frente y los hombros.

Pero de pronto apareció la señorita Amaltea que se materializó al lado de la mesa verde y le cogió de la mano.

—Vámonos —dijo ella.

—Georg Friedrich Hándel. Pasacalle —anunciaron en la primera sala.

—Has perdido —bisbiseó Del Campo, aunque sólo había un sonido silbante en ambas palabras.

Yurkó se irguió sintiendo débiles sus piernas y sujetándose a la mano de Amaltea, fue en pos de ella. Sus oponentes se quedaron sentados en torno a la mesa, como si estuvieran aguardando a otro condenado.

Amaltea iba caminando de prisa, casi corriendo, arrastrando a Mórtich a través de las innumerables salas de la Villa de los Grifos. Yurkó se encontraba cada vez peor: sentía una horrible sequedad en la boca, su corazón palpitaba como loco, el cabello se le pegó del sudor helado y unos círculos morados y relámpagos negros centelleaban en sus ojos.

—Ahora mismo, mi amor, ahora mismo —susurraba Amaltea en un tono erótico, pero él no tenía ni ganas ni fuerzas para follarla, además, sintió que su palma no sujetaba la frágil mano de una chica sino algo así como un taco de madera o un muñón.

Las salas iban pasando a la velocidad de una película, se abrían más y más puertas y dejaban atrás cada vez más espejos, velas, marañas de plantas de interior, retratos en marcos dorados, alas, capas, sombreros, mantos, pájaros disecados que

volaban a su encuentro. Y cuando le empezó a parecer que este horrible vuelo no acabaría nunca y la música del Pasacalle de Hándel se acercaba inexorablemente como una banda sonora del réquiem final, por fin se abrió la última puerta y Amaltea lo introdujo en una sala oscura, vacía y fría con paredes sucias y grises y un inmundo suelo de madera con manchas rojizas.

En medio de la sala había una mesa, aproximadamente igual de grande que la del tapete verde, pero cubierta con un mantel negro. En el borde mismo de la mesa ardía una vela solitaria. El señor Popel vestía una sotana de monje y, por alguna razón, llevaba una mitra obispal girada del revés en su cabeza.

Estaba juntando las manos en un ademán devoto y balbuciendo una oración de cara a un oscuro icono colgado en la pared lejana. A su lado, en un estado de éxtasis respetuoso, se alineaban varios criados con libreas y otro criado más sujetaba en sus brazos a un pequeño cabrito negro.

—Gran amo, tuyo soy, qué nos das, danos hoy, desde el humus y también desde el mar danos hoy, tinta al tonto, tinta hoy, danos sangre, danos hiel, danos llanto entretanto, su cuerpo, su alma, su culo, sus entrañas, desde el mar y desde el humus también. Diablamén. En nombre del rabo y del jamón y de la polla azul. Diablamén. En nombre del moco y de la sangre y del diente podrido. Diablamén. En nombre del riñón y del eterno horror. Diablamén. ¡Margadón^[64], Belzebú, Lucifer! ¡Guinejósh, Iblis^[65], Calvino! ¡Asmodeo, Zoroastro, Basavriuk^[66]!

Al terminar la oración, el señor Popel se giró hacia Yurkó en toda su grandeza. Sus ojos brillaban con una luz amarilla. Yurkó estaba tumbado encima de la mesa cubierta con el mantel negro. Encima de él se erguía el criado con el cabrito en los brazos y movía un cuchillo afilado al lado de la garganta del animal. A su otro lado estaba Amaltea pero no la de antes sino una vieja jorobada con andrajos desgastados y miserables y con colmillos de oro que sobresalían en lugar de los antiguos y adorables dientes de conejillo.

—Haz el juramento —ordenó el doctor.

... y tú sabías que había que santiguarse pero no sabías cómo y gritaste, Yurkó, y conseguiste levantarte, y te abriste paso a través de este aire, como si fuera un algodón pringoso y sanguinolento, y rompiste el cristal de la ventana con tu hombro, y le pegaste una patada al criado que te estaba sujetando por los faldones del frac, pero tu pie encontró un algodón todavía más pringoso, y saltaste abajo, Yurkó, al abismo que se llama la noche de mayo, y caíste un millón de años, sobreviviendo a todas las civilizaciones y catástrofes, a todas las épocas, y fuiste a dar directo sobre unos húmedos arbustos, recibiendo fuertes arañazos y un buen golpe, pero te levantaste y miraste una vez más la Villa de los Grifos y te pusiste a correr por el jardín y saltaste la verja, y por encima de todo cantaba su pasión el humilde ruseñor de Chortópil...

Y sólo a eso de las seis de la madrugada conseguirás salir del laberinto de la ciudad y tiritando del frío te topará con aquel maldito hotel. Del crepúsculo matutino

aparecerá cojeando una extraña figura y apenas podrás reconocer a Grits con un mechón cosaco y un uniforme de fusileros, bastante sucio y desgastado. Y sin decir apenas nada entraréis al hotel y cuando estéis subiendo al primero, donde es posible que os espere una cálida habitación con unas sábanas superblancas y agua caliente, Grits bostezará y le oirás decir:

—Nos vendría bien dormir un poco, ¿no...?

Era un drogadicto nocturno callejero normal y corriente de los que a estas horas había en abundancia por todas partes. Emergió como un sonámbulo de un portal profundo al lado del cual estaban pasando en ese momento Marta y Jomski. El drogadicto estaba totalmente descalzo, andaba dos pasos detrás de ellos caminando a trancos ligeros, graciosos, moviendo los brazos como alas, como si estuviera flotando sin pisar apenas las duras calzadas de Chortópil. Todavía estaba bien aunque ya sabía que cualquier colocón tenía la propiedad de desaparecer. No tenía más de diecisiete años y su pelo era rubio.

—¿Por qué nos sigue? —susurró Marta alarmada.

—¿Queda mucho hasta el hotel? —preguntó Jomski.

—Unos diez minutos —contestó ella y giró la cabeza.

El drogadicto parecía a un bailarín, vestido con un jersey a rayas y unos pantalones muy anchos en los que se sentía libre y desenvuelto. Estaba flotando.

—¿Quieres que le rompa la jeta? —preguntó Jomski.

—No nos ha hecho nada malo —objetó Marta.

—Pero me está poniendo de los nervios. Quiero que nos deje en paz.

—No lo hagas de momento, Jomá. Me da pena, es demasiado joven aún.

—Hay que enseñarle quién manda y ya está —insistía Jomski.

—¿No será mejor que vayamos más de prisa para dejarlo atrás?

Apretaron el paso pero el drogadicto no se quedaba atrás. Agitó sus brazos-alas con más fuerza y estaba a dos pasos de ellos otra vez.

—Ya te lo he dicho, sólo hay una salida —aseguraba Jomski.

—Pero no nos está haciendo nada —replicó Marta otra vez.

—Cuando nos haga algo ya será tarde. No le daré una paliza, sólo le diré un par de cosas.

—Si no va a entender nada.

—Claro que entenderá. Le diré que nos deje en paz porque se la va a ganar.

—Orest, ¿y si llegamos al hotel así? Creo que ni siquiera nos ve. ¿De qué servirá hablarle? Está totalmente alucinado y ni nos ve...

—¡Quietos! —gritó el drogadicto a sus espaldas mostrando lo equivocada que estaba Marta.

Se pararon. Marta sintió que estaba temblando. Jomski dio una rápida vuelta e hizo un paso hacia el drogadicto.

—Jovencito, ¿se ha atrevido a berrear algo? —le preguntó tensando los músculos maxilares y sacando sus puños de los bolsillos del abrigo.

—¡Oh, jovencito! —se rió el drogadicto—. ¡Jovencito!

—Escúchame bien, tío —Jomá habló con su voz más firme y al mismo tiempo amable—. No me gusta nada que nos estés siguiendo. La ciudad nocturna es bastante grande. Puedes ir a cualquier parte pero déjanos en paz.

—¡Tío! —se rió el drogadicto.

—Bueno, ¿qué querías decir? —preguntó Jomá.

—Tío, estás *crazy*.

—Entiéndeme, te puedo hablar de una forma muy diferente —aseguró Jomá en un tono mucho más severo.

—Orest, vámonos —pedía Marta.

—¡Estás *crazy, crazy*!

—¡Déjanos en paz!, ¿entendido? —Jomá cogió a Marta del brazo y siguió adelante.

Pero el drogadicto no les dejó en paz. Se reía y hacía como si les estuviera persiguiendo, sin embargo, siempre manteniendo la distancia de dos pasos. Jomski se paró de nuevo y se giró hacia él.

—No lo hagas —dijo Marta.

—¿No hagas qué? —preguntó el drogadicto—. ¿No hagas qué? Eres una *crazy woman*. No vas donde toca. Te conozco. ¡Te he follado!

—Ves —dijo Jomski con aire aburrido e indolente—, y tú decías «no lo hagas». Ahora tengo que hacerlo...

—¡Y tú! —chilló el drogadicto—. ¡Tú, viejo! Pégame aquí —mostró su pecho—. Pégame. ¡¿Me oyes, cabrón?!

Abrió los brazos como un crucificado o, más bien, como un espantapájaros. Olía a algo muy desagradable, sus labios estaban recubiertos de fístulas, como después de una fiebre.

—Pégame, venga, pégame —casi rogaba—. ¿Ves?, no me muevo.

—La verdad es que te debería pegar una patada en el morro —escupió Jomski—, sobre todo por lo de cabrón. Pero no quiero derramar tu sangre tonta. Vete, te dejo ir.

—Mmm —el drogadicto se rió otra vez—. No eres un cabrón. Eres un maricón, ¿entendido? Te conozco, eres del instituto número ocho. ¡Maricón!

—Martusia, apártate un poco, por favor —dijo Jomski con voz suave.

—Martusia, chúpamela un poco, por favor —copió su tono el drogadicto.

—Jomá, por favor, vámonos, ¿cuánto va a durar eso? —Marta estaba muy asustada. Pero sí que se apartó unos diez pasos.

El drogadicto bajó sus brazos y ahora levantó un pie.

—Pégame —pidió otra vez—. ¿Ves?, estoy en un pie.

—Tío —le habló Jomski en tono conciliador—. Te creo que eres un karateca. Y, total, eres un buen chaval. Ve y ocúpate de tus cosas.

—¡Ah! —gritó el mocososo—. ¡Ocúpate de tus cosas! ¡¿Te has cagado de miedo?! Saltó a un lado y adoptó una postura de combate.

—¿Quieres que saque mi navaja? —preguntó.

—Una navaja está bien —dijo Jomski.

—Mírala —y de verdad sacó una pequeña navaja de algún escondrijo en su ancho pantalón.

—Es una buena navaja —alabó Jomski—. ¿De dónde la has sacado? Déjame ver.

—¡Ah! ¡Una buena navaja! ¡Toma!

Jomski la sujetó en la mano aparentando estudiarla. Después preguntó:

—¿Qué es lo que te atormenta, tío?

—Quiero mataros a todos —explicó el drogadicto.

—¿A quién exactamente?

—A vosotros, a los cabrones y a los maricones. A los que son como tú.

—Y tú, ¿eres de Chortópil?

—Conozco aquí a todo dios, ¿entendido?

—Te creo. ¿Tienes fuego?

—¡Orest! —llamó Marta—. ¡Vámonos, ya está bien!

—Voy. Perdona, tío, tengo que irme, hay una dama esperándome.

—Te dejo ir —dijo el drogadicto—. Vete. Ésta es tu desgracia, vete, maricón de mierda.

Jomski le pegó totalmente de repente: una patada en el vientre. Marta gritó y el chiquillo lanzó un chillido sordo y se dobló. Jomá tiró la navaja a un lado, en la hierba. Luego juntó las manos en un bloque y le golpeó la cabeza por encima. Pero no se cayó como calculaba Jomski sino que saltó un par de pasos atrás y gritó:

—¡Vaya! ¿A qué estabas esperando?

Y en ese momento recogió del suelo un pedrusco grande tirado allí por casualidad. Jomá levantó la pierna otra vez para quitarle el pedrusco de la mano con una patada pero no acertó y echó a correr. Agarró a Marta de la mano. El chavalote les persiguió con la piedra en la mano.

—¡Ah! —gritaba—. ¡Muerte! ¡Os mataré!

Las piernas se les doblaban y parecía que el drogadicto estaba a punto de alcanzarles. Desde unos cinco metros les tiró la piedra, pero Jomá supo reaccionar y se agachó. La piedra pasó por encima de su cabeza. Jomá se paró.

—Marta, sigue adelante —dijo con voz ronca y avanzó hacia el drogadicto otra vez.

La sangre le chorreaba desde la boca, se ve que Jomá consiguió propinarle un buen puntapié en la barriga.

—Estás *crazy, crazy* —decía el chavalote, pero ya con otra voz, más lastimera, y reculaba poco a poco—. ¿Por qué me pegas? Eres tonto. No te he hecho nada, cabrón...

Y de pronto se puso a llorar, le dio a Jomski la espalda y salió de allí cojeando y

apretando una mano a su costado. Jomski se paró mirándole. Andaba cada vez más rápido, sorbía los mocos y se pasaba una mano por la cara. Pronto desapareció en la oscuridad aunque durante un rato aún le llegaba aquello de «*crazy, crazy*».

El hotel Montaña Azul brillaba ya muy cerca como un enorme barco de lujo que se esfuerza pero no consigue zarpar y salir de esta maldita trampa en las montañas. El hotel Montaña Azul estaba esperando a sus huéspedes tardíos.

Martoflak se despertó porque un objeto estaba a punto de caerle desde arriba —una losa no, más bien un saco con masa caliente— y ese objeto amenazaba con aplastarle con su peso agobiante. Al abrir los ojos le costó dilucidar la causa de este sueño, pero poco a poco llegó a la conclusión de que no podía haber soñado otra cosa en esta situación. Estaba acostado con una mujer desconocida de la que sólo se podía decir que estaba durmiendo casi desnuda y roncaba un poco. Su pesado seno derecho descansaba encima de la clavícula de Martoflak, bastante cerca de su cuello, así que el sueño podía haber acabado en un ahogo de verdad. Al liberar su pierna derecha dormida a causa del peso de aquellas caderas sudorosas Martoflak vio con sorpresa que también estaba desnudo, pero no se atrevió a relacionar este hecho con la desnudez de su vecina. Levantó la cabeza, indeciso, y echó una ojeada al dormitorio, gris en el crepúsculo matutino, y entonces se empezó a acordar de algo. La cama resultó ser muy ancha y en el lado opuesto dormía un tercero —era Bilinkévich, eso sí, vestido e incluso con zapatos—. La tarjeta de cartón donde ponía «COMITÉ ORGANIZADOR» palpitaba en su pecho, agitada por su respiración profunda y regular.

Estaba asqueado. Le apetecía una cerveza. Le apetecía saber qué significaba todo esto y qué tenía que hacer ahora. Martoflak dio la vuelta a la cama intentando al menos ver cómo era la mujer y cuántos años tenía, pero dormía de una forma tan sofisticada que su fisonomía estaba tapada por todas partes.

Después de vestirse, Martoflak salió de la habitación de puntillas y encontró el baño con una sorprendente facilidad. Se miró en el espejo y torció el gesto —no tanto por ver esos ojos abombados de sapo, sino por comprender todo lo bajo que había caído—. Bostezó y se lavó los ojos.

Al ver el agua que salía del grifo sintió sed y se quedó sorbiendo el chorro frío y desagradable durante un largo rato.

Había dos habitaciones en el piso. La otra resultó ser bastante más grande que la primera, donde había dormido. De hecho, sólo entró allí para buscar un trago de cerveza o un cigarrillo. Había unas doce personas durmiendo en esa habitación: no sólo en las camas, sino también en el suelo, entre botellas vacías y disfraces de carnaval tirados por todas partes; se habían dormido así, en pleno apogeo, amontonándose unos encima de otros y quedándose fritos en posturas fantasiosas. El cenicero lleno apestaba, pero Martoflak encontró una colilla bastante grande y la encendió. No había cerveza.

No quedaba duda: había acabado en un burdel. En un burdel soviético moderno donde los hombres quedan indefensos como críos y, después de habérselo currado toda la noche para el gozo de sus compañeras de pago, caen rendidos en la penumbra de la madrugada. Y entonces parece que lo más importante que han venido a buscar aquí no es el amor, sino la posibilidad de dormir, dormir a pierna suelta estas dos horas de la madrugada durante las cuales se les puede robar, apuñalar, estrangular y no se van a mover porque en ese instante están muy, muy lejos. Están durmiendo con abnegación e inspiración, duermen con todo su ser, sin escatimar la vida, con espíritu de sacrificio, hasta el final. Porque a cada instante les pueden despertar por alguna razón de mierda y mandar al frente o tal vez a cavar unas trincheras o a trazar una vía de servicio de ferrocarril. Y por eso cada minuto vale su peso en oro: hay que dormir mientras se duerme, mientras la madrugada tiñe el cielo de gris, mientras están durmiendo todos los oficiales y guardias del mundo.

Martoflak salió al rellano procurando no hacer ruido. La finca era vieja y eterna, los peldaños crujían debajo de los pies, una ráfaga fría entró desde una ventana con cristales rotos entre los pisos, Martoflak se encogió involuntariamente. Fuera amanecía. La callejuela estaba vacía y muda. La fiesta se durmió durante dos horas, la fiesta estaba descansando. Martoflak bostezó otra vez y se puso a vagar sin prisa buscando la plaza o el hotel o simplemente un quiosco donde le llenarían una caña de cerveza o a su mujer o a no se sabe qué diablos.

Ya en la habitación no pude contenerme, era todo un ataque histérico, sólo podía repetir «basta, ya me basta», y Jomá me acariciaba la cabeza, me besaba las manos, me parecía que aún olía a la sangre de aquel pobre chaval, hasta miré las puntas de sus zapatos para ver si quedaba sangre, pero las puntas estaban limpias, Jomá me trajo agua, es todo por su culpa, decía yo, la culpa es de Martoflak, me ha dejado, el capullo, me ha dejado, no le intereso, no sé recitar sus poemas en voz alta, y él ansia tanto los cumplidos, para él los mejores son los que más dulce le cantarán sobre su talento y su genialidad, y yo nunca alabo aunque me lo sé casi todo de memoria, es mi poeta favorito, hasta les enseñé a los niños muchos de sus tontos poemas, pobres niños, por qué tienen que sufrir con un papá así, todo esto se lo solté a Jomá y él sólo acariciaba mis manos y me pedía que me calmara, decía que Martoflak volvería sin duda alguna, que la vida es maravillosa y que mañana por la mañana tendríamos un gran desayuno y después iríamos a la feria y él, Jomski, me compraría un collar de abalorios de los que hacen los gutsules y después oiríamos rock al pie de la Peña Pintada, allí tocarán sus buenos amigos, «no te puedes imaginar, Martusia, lo buenos que son, se llaman *Doctor Tagabat*, componen con mis textos, es un supergrupo», sólo pensáis en vosotros mismos, le dije, qué más da si utilizan tus textos, estuvo de acuerdo conmigo, no quiere decir que son los mejores músicos sólo porque utilizan sus textos, sacó champán de su bolso, lo había traído de Leningrado, ya casi me había

tranquilizado y me apeteció el champán pero le pedí que esperara, miré el reloj, las tres y algo, Dios mío, toda la jeta hinchada del llanto, el maquillaje chorreando y tú ni siquiera me lo dices, Jomá, «no quería decirte cosas desagradables», estaba sentado en un sillón, tan larguirucho, ágil, todo como un atajo trenzado de músculos tensos, una cara delgada y viril, el cabello recogido en una coleta en la nuca, me acordé de cómo le propinó una patada a aquel gilipollas, al ángel nocturno, de dónde había salido para nuestra desgracia, pobre niño, pero Jomá no quería pegarle, hizo todo lo que pudo, ahora está tan triste, está sentado en el sillón y probablemente pensando en aquel loco, pero me estaba protegiendo a mí, mi honor, quédate un poco más, le dije y fui a la ducha, el agua caliente me sentó bien, me calmé del todo, pensé que las cosas no estaban tan mal y me miré en el espejo, miré mi cuerpo, me limpié aquellas lágrimas tontas y me pregunté si podía realizar una acción en la vida, aunque sea mala pero una acción, o acaso siempre me sentiría una sombra de aquel desastre barbudo, de aquel idiota ególatra, y al principio me dieron miedo estos pensamientos pero también eran agradables, algo dentro de mí respondió, algo que aún no conocía, y pasé largo rato peinando mi pelo mojado y el agua caliente olía a las lianas de los Mares del Sur, hasta podía sentir cada una de mis células, no, no, quédate un poco más, ya salgo, y beberemos tu champán, y me apresuré porque no podía haber nada peor que quedarme sola hasta la madrugada aquí, en esta habitación extraña, aguzando el oído para saber si se está arrastrando por el pasillo Martoflak borracho, y acercándome cada vez a la ventana para mirar la calle vacía abajo, me atreví y no me puse mis vaqueros y mi jersey, sino una bata directamente sobre mi cuerpo desnudo, la pesqué en mi bolsa, y Jomá se dio cuenta enseguida, oí que le temblaba la voz, me senté a su lado, agarró el champán pero las manos no le obedecían, por qué andas con tonterías, quería decirle, no me apetece ese champán para nada, pero se peleaba con la botella, esgrimía unos chistes apurados, acaso son todos así, estos seductores profesionales, y me decidí a ayudarlo, me incliné hacia él, al principio pensó que le iba a ayudar con el champán pero le dije «deja esa botella», disipé sus últimas dudas, y al final resultó perspicaz, pude alcanzar el interruptor y empezó aquel sueño, como si yo no creyera del todo que era yo, lo veía todo como desde fuera, me abría paso a través de su ropa, la tiraba por todas partes, resultó ser delgado y fuerte, con una piel muy sensible y unas manos maravillosas, se tensó enseguida pero fue paciente y comedido, empezó un juego muy ingenioso y por primera vez supe que estas cosas existían, pero lo importante era que lo importante estaba por delante y él aplazaba ese momento con gran maestría y era mi máxima felicidad esto de que estaba todo por delante y él lo entendía con tanta sensibilidad, sus piernas largas y entrenadas sabían casi tanto como sus manos, su vientre era húmedo y oloroso, solté su pelo y se derramó sobre sus hombros, viajaba por su cuerpo acordándome de que debía ser paciente y que lo importante estaba por suceder y me lo estaba pasando bomba ya, y oyó mi voz, no era mi intención pero mi voz ya no podía quedarse dentro y entonces también oí su voz, era como si nos estuviésemos llamando desde algún lugar celestial

donde aún estaríamos, entendía cada insinuación mía, corregía cualquier gesto indeciso, nadie me había entendido tanto, me sacudía como una montaña, fluía como un río, mi cuerpo se hizo una ola, le suplicaba que entrara y empezara pero seguía con su juego inicial, le seguía porque entendía que si él lo quería, así tenía que ser, y es verdad, me llevó hasta la excitación completa, ya no sabía dónde tenía cada cosa, era un todo, mi cuerpo se hizo indivisible, esto no podía seguir así, le agarré con ambas manos, me la introduje yo misma y sólo entonces él cedió y empezó a atender mis súplicas, porque ya estaba por pensar que se estaba burlando de mí pero de todas formas creía que no, y ahora era casi la cumbre, tenía miedo de no llegar a la cumbre a tiempo y él perdió el control, fue entonces cuando le dominé, se olvidó de las reglas de su juego, ya no se pertenecía, sólo era mío, y ahora me esforzaba yo por contenernos, un poco más, un poco más, ya no oía mi propia voz pero sí oí estampidos en la puerta, era una catástrofe, me caí sin haber llegado a la cumbre, me estaba cayendo todo el rato que duraron los estampidos y la voz de Martoflak, pero él sí llegó, y me alegraba de que fuera así, de que por lo menos uno de nosotros hubiera estado allí, en la cumbre, le di ese instante feliz, él llegó, se frotaba contra mí con gratitud como el perro más fiel y yo sólo seguía repitiendo «qué vamos a hacer, qué vamos a hacer»...

—Oh, amigo, hola, ¿qué estás haciendo en mi habitación? —preguntó Martoflak con una sonrisa cuando Jomski le abrió la puerta.

—Verás —contestó Jomski dejándole pasar—, Marta estaba muy preocupada. No sabía dónde estabas. Tenía que tranquilizarla.

—Ah —asintió Martoflak echando una ojeada a su alrededor—. Como tiene que ser. Qué bien vivimos. Y yo que pensé que te habían metido en una habitación con nosotros.

—En estos hoteles pasa de todo —Jomski se encogió de hombros.

Martoflak se sentó en el sillón.

—Por cierto, ¿dónde está? —preguntó finalmente.

—¿Quién? —preguntó Jomá.

—Marta.

—Se está bañando. Decidió darse un baño.

Martoflak se levantó, se acercó a la puerta del cuarto de baño.

—¡Martusia, cariño, ya estoy aquí! —avisó él—. ¿Me oyes?

Se oyó un enérgico chapoteo. Marta estaba bañándose de verdad.

Martoflak se volvió hacia la habitación.

—¿Tienes cigarros? —preguntó.

—Lo siento, se me han acabado.

—Siempre pasa lo mismo —Martoflak suspiró y sacó de su bolsillo otra colilla—. Fumemos los dos. ¿Te dejo?

Jomá asintió con la cabeza.

—Esto no lo fuman ni los peones —dijo Martoflak después de dar una chupada y toser—. ¿Qué hora es? —y él mismo contestó—: Las cinco y media. Bien.

—Lo llevas un poco adelantado —dijo Jomá.

—Es posible.

Se quedaron callados. Martoflak le pasó a Jomá su colilla y de repente preguntó:

—Oye, ¿y por qué no te has escondido, digamos, debajo de la cama?

—Qué tonterías se te ocurren, tío —Jomski se rió.

—No, imagínate: te escondes debajo de la cama o, por ejemplo, dentro del armario. Marta y yo nos acostamos para dormir un poco y tú sales sin hacer ruido. Un buen vodevil, ¿no?

—No tienes que decir eso —declaró Jomski despreocupadamente—. ¿Quieres champán?

—Venga —aprobó Martoflak.

Esta vez la botella se abrió con bastante facilidad y casi sin ruido. Jomá llenó los vasos hasta la mitad.

—Oye —comentó Martoflak tras beber unos tragos—, mañana, o sea hoy, porque mañana es sólo otro nombre para hoy, así que hoy, ¿no habrá algún desfile de cornudos en el programa del festival? ¿No te acuerdas?

—No —contestó Jomski perplejo—. ¿Por qué?

—Bueno, yo podría participar —explicó Martoflak y puso su vaso encima de la mesa.

Jomá también dejó su vaso y en ese momento recibió un fuerte golpe en la mandíbula desde abajo. Todo fue tan inesperado que no se mantuvo en pie y se cayó de bruces.

«Se van a matar ahora», pensó la causa de la pelea, Marta, aguzando el oído desde el baño. Cogió la toalla y se secó rápidamente para no permitir ese final.

El labio de Jomski empezó a sangrar.

—Lo siento, tío —dijo Martoflak—. No quería pegarte tan fuerte.

Le estiró la mano y Jomá se levantó moviendo la cabeza como un boxeador después de un *knock-down*.

—¿Qué está pasando? —Entró Marta con la misma bata, oliendo a agua y jabón.

Martoflak le besó la mano cortésmente.

—¿Quieres champán? —preguntó él.

Se sentaron alrededor de la mesa y Martoflak llenó el tercer vaso.

—Toma —se lo dio a Marta—. Viene bien después del baño.

—¿Os habéis peleado? —preguntó Marta.

—Sí —contestó Martoflak animado—. ¿Y sabes qué es lo curioso? Jomá es muy fuerte físicamente. Bueno, eso ya lo sabes. Es muy fuerte pero no me ha hecho nada. Le he pegado.

—Simplemente no habría podido pegarte —dijo Jomski apretando un pañuelo a

su labio para parar la sangre.

—¡Vaya! —sonrió Martoflak—. Es un buen amigo. Muy fiel. Quiero brindar por ti. Marta, brindemos por Jomá. ¡Para que se case pronto, la madre que le parió!

Chocaron los vasos y Martoflak le guiñó un ojo.

—¿Dónde estuviste, hombre? —preguntó Marta mojado sus labios en el champán.

—En casa de una mujercita. Pero ni siquiera sé si me la tiré o no. Una cosa curiosa, ¿verdad?

—Es muy arriesgado, Martoflak —observó Marta.

—¿A qué te refieres? —preguntó Martoflak—. ¿A qué te lo haya contado?

—Que no te acuerdes de nada. ¿Y si tiene algo venéreo?

—Puede ser —suspiró Martoflak—. Por supuesto, lo dije en broma.

—Eso pensé.

—Muy bien, pues. Hey, Jomá, ¿por qué estás tan triste y abatido? Ya se te ha parado la sangre. Cuenta algo —Martoflak le miró a Jomá expectante y esperanzado.

Éste apartó de la boca el pañuelo con una pequeña mancha roja.

—Te tengo envidia, tío —comunicó.

—Eso está bien, pero ¿por qué, hostia?

—Eres un hombre feliz.

—Aahh —reconoció Martoflak—. Esto es otra cosa. ¿Queréis que os cuente un chiste? Un hombre vuelve del viaje y, por supuesto, pilla a su mujer in fraganti —al decir esto se calló.

—¿Y ya está? —preguntó Marta.

—No, aún no, pero me he acordado de que ya lo sabéis. O si no, sabéis algún otro muy parecido. Todos son iguales, todos van sobre lo mismo. ¿Nos vamos a dormir un poco? —bostezó.

—No tiene sentido —Jomski se encogió de hombros—. Es más fácil aguantar este par de horas. Y luego iremos a la feria. O a algún otro sitio.

—Es verdad. Ya no tiene sentido —admitió Martoflak y se tumbó en el suelo—. Me tumbaré un poco. Con los ojos abiertos.

El silencio les aplastó como una piedra. Nadie pronunció ni una sola palabra más. Martoflak estaba tumbado en el suelo boca arriba y no cerraba los ojos de verdad. Jomá se dejó caer en el sillón, calentando el vaso con el champán inacabado en la mano. Marta se sentó en la cama y clavó los ojos en la ventana. Afuera ya estaba amaneciendo, se divisaban las cosas, empezaban a dar voces los primeros pájaros matutinos de los países incógnitos. Se oían los más mínimos sonidos nacidos en el hotel, durmiente en su mayor parte: unos pasos apaciguados por la alfombra del pasillo, el girar de la llave en la puerta de enfrente, el murmullo del agua en la habitación contigua. El mundo les estaba persiguiendo y les atrapó.^[67] Todos cayeron en el silencio del hotel como en el lazo de un cazador.

Pero no duró mucho tiempo. De pronto todos oyeron el susurro delante de las

puertas, que esta vez habían quedado abiertas, y dos monstruos irrumpieron en la habitación. Uno llevaba el uniforme de fusileros y un mechón cosaco en la cabeza rapada y el otro un traje negro, con pajarita, pero los dos estaban muy desaliñados, pálidos y ruidosos.

—¡Ajá, todos los masones están en sus sitios! —vociferó Grits saludando a los presentes de esta manera.

—Oye, Jomá —agitó los brazos Mórtich—. ¡He visto a tus personajes! Había un mogollón de canallas. ¡Apenas pude escapar!

—Sentaos, chicos —invitó Martoflak desde el suelo con una voz inmutable—. O traed dos vasos más de vuestra habitación. O dejadnos algo para fumar. O tomad asiento y guardad silencio con nosotros. O idos a tomar por el culo.

Grits escogió una de las opciones propuestas y pronto volvió con dos vasos. Jomski apuró toda la botella.

—Cada uno de nosotros no ha pasado la noche tan mal a su manera —se dirigió a todos Martoflak levantándose con el vaso lleno—. Pero que esta noche le pertenezca a cada uno en particular. A cada uno su propia noche. Quiero brindar por esto, amigos. Por cierto, sólo vosotros podéis salvarnos con los cigarrillos.

—Naranjas de la China —repuso Grits.

—No hay tal cosa —se solidarizó con él Mórtich.

—Pues si ya no os quedan más cigarrillos sólo podemos morir —suspiró Martoflak, pero se cortó acordándose de Mórtich.

—Culpa nuestra —reconoció Grits.

Tomaron su champán y se callaron otra vez. Parecía que la habitación había caído bajo la maldición del silencio. De haber irrumpido aquí dos decenas más de poetas, hubieran tenido que callar igualmente y quedarse mirando cada uno su esquina, cada uno en su propia noche. Ella estaba detrás de cada uno, profunda y negra.

—Vamos a despertar a Matsapura —por fin pudo proferir algo Jomski.

—¿Y en qué habitación está? —preguntó Marta.

—Fijaos, hasta ahora no hemos visto a Matsapura —proseguía Jomski—. Ha montado todo este jaleo y se ha escondido en algún sitio...

—Se ha inventado este tonto festival y se ha tapado con una manta, entero, cabeza y todo, y se está hinchando allí —añadió Mórtich.

—Está ganando una pasta con todo esto y nosotros vamos, como unos chiquillos baratos, y mordemos el anzuelo —se indignó Grits.

—Está ganando pasta con cualquier cosa...

—El chico tiene talento pero es un mal bicho de mucho cuidado...

—Se ha portado como siempre...

—Nos está utilizando en sus experimentos...

—Nunca me ha caído bien...

—Es bastante primitivo pero muy bien dotado por la naturaleza...

—Va a acabar mal...

—Le ahorcarán por «yantar carne humana»^[68].

—Vamos a despertarle —concluyó Jomski.

—Voy a llamar a su habitación —comunicó Grits, sacando su agenda del bolsillo

—. Está en la habitación...

Grits marcó un número y colgó en un momento.

—¿No contesta? —adivinó Martoflak.

—Lo entiendes todo perfectamente —confirmó Grits.

—Puede que no esté —supuso Mórtich.

—O que le dé pereza levantarse para coger el teléfono —conjeturó Jomski.

—O que esté en la cama con una chica —especuló Martoflak.

—O con la garganta rajada —aclaró Grits.

—O sentado en el water...

—O colgado de la araña...

—O que se haya tapado las orejas con algodón...

—O que se haya cubierto el teléfono con la almohada...

—¿Lo oís? —preguntó Marta que llevaba un rato prestando atención a los ruidos detrás de la ventana.

Y entonces oyeron, en realidad oyeron por allí, en las callejuelas de Chortópil, allí, debajo de ellos, unas ráfagas de ametralladora, unos disparos sueltos, el sonido de unas carreras, el rugido de motores, unos gritos incomprensibles. Corrieron hacia la ventana y delante del hotel vieron unos cuantos camiones de los que saltaban los militares completamente equipados, con cascos, metralletas y máscaras antigás, en uniformes jaspeados. Formaban en grupos pequeños con movimientos rápidos y precisos y se repartían por las calles adyacentes. Los oficiales lanzaban órdenes abruptas y entrecortadas.

—Da gusto verles —comentó Martoflak.

La puerta de la habitación se abrió como si hubiera recibido una patada. Entró un teniente muy joven con una expresión implacable en la cara. Detrás de él estaba un soldado de asalto con un fusil compacto en las manos.

—Todos fuera, a formar en el patio —ordenó el teniente en ruso.

—En general no es una mala idea, amigo —asintió Martoflak—, pero ¿para qué demonios hemos de ir?

—¡Silencio! —le interrumpió el teniente—. Es la orden del comandante de la guarnición. ¡Todos a formar en el patio!

—Vete a la mierda junto con tu comandante —Jomski bostezó.

—De lo contrario puedo utilizar medios especiales —recalcó sus palabras el teniente.

—Espere, explíquenos qué ha pasado, no podemos dejarlo todo en ir allí —cambió de tono Martoflak.

—Todos a formar en el patio —repitió el teniente con notas de cansancio en la voz—. Se os transmitirá un importante comunicado del gobierno.

—¿Y qué pasa con la Declaración Universal de los Derechos Humanos? —se interesó Mórtich escarecedor.

—¡Basta! —explotó el teniente—. ¡A salir a formar inmediatamente! ¡Basta! ¡Se acabó vuestro tiempo!

En el patio les formaron justo delante del hotel, en una fila de a dos. En unos diez o quince minutos los soldados de asalto desocuparon todo el hotel sacando a todos los invitados del festival, soñolientos, medio vestidos, con los arreos pintorescos del carnaval, y los condujeron hacia la plaza El Mercado.

—¡No extendáis la fila, más de prisa, más de prisa! —ordenaban los sargentos situados a los lados y empujaban a los demasiado lentos con sus fusiles.

Casi estaban corriendo —los Ángeles, los Sarracenos, los Cosacos y todos los demás—, no entendían qué era lo que pasaba pero les metían prisa con los fusiles, los habían sacado de sus cálidas camas matutinas y ahora les estaban arreando a algún sitio, tal vez para dar una lección sobre la protección civil o tal vez para fusilarles. Nadie sabía nada.

—Habrán declarado el estado de emergencia —susurró Martoflak jadeante.

Marta caminaba a su lado, muy asustada, con sólo la bata sobre su cuerpo desnudo.

—Tengo miedo —dijo ella—. ¿Qué les pasará a nuestros niños?

—No vale la pena alarmarse de antemano, aún no sabemos nada —intentó tranquilizarla Martoflak.

—No quería venir aquí, para qué he venido —no cesaba de lamentarse Marta.

—Por lo menos tenemos la oportunidad de morir en un día —dijo Martoflak.

—Paisano, ¡deja la mili, ve a casa! —gritó Mórtich a uno de los soldados.

Pero recibió un buen empujón en la espalda por toda respuesta. Grits quiso responderle para que supiera, mocoso, controlar sus manos, pero Mórtich le abrazó con toda su fuerza y le apretó contra sí.

—No toques la mierda, Grits —dijo—. Son bisoños, aún no saben lo que es la mili, ¡gilipollas, pringados, comemierdas...!

Sólo Jomski seguía totalmente ecuánime. Obediente, formaba pareja con un joven sacerdote católico.

Hacía tiempo que había amanecido en las calles y todos podían ver cuántos soldados trajinaban por la ciudad. Todas las calles laterales estaban cortadas con camiones y carros blindados. Grits hacía rechinar los dientes y apretaba los puños.

—Una mierda, otra vez una mierda —repetía él.

Han ocupado todo: el telégrafo, los correos, los puentes, los bancos y los hoteles, han ocupado el Kremlin y el Hermitage y también todos los demás puntos estratégicos, tienen tanques y misiles, la operación se ha llevado a cabo con la rapidez de un rayo, mediante armas químicas y alambre de púas, han confiscado las llaves de todas las

cárceles y manicomios, nos han pillado como desnudos en una sauna, en dos o tres horas se han hecho con todo el poder, ahora podrán imponer el orden definitivamente y declarar la ansiada guerra al resto del globo terráqueo, nos ordenarán tumbarnos boca abajo en el suelo y después los comandos gritarán «arriba-abajo» y nos levantaremos y después nos tumbaremos otra vez siguiendo sus órdenes, pues han dominado Kiev y Lviv y hasta Zaporozhie lo han dominado, y todo esto en unas dos o tres horas, alguien lo había planeado todo con detalle, alguien será condecorado con una Estrella de Oro, ya que ahora están por todas partes, hasta han montado una celda de arresto en el Museo del Arte Ucraniano y un cuerpo de guardia en la catedral, y no podremos hacer nada, Marta, mi nena, sólo podré dejar pasar tus balas a través de mi cuerpo y ya está, y los chicos, que se salven como puedan, a fin de cuentas el fusilamiento no es la peor muerte para un poeta, ah, qué pérdidas irreparables tendrá otra vez nuestra literatura, el renacimiento fusilado^[69], esto es lo que escribirán sobre nosotros nuestros descendientes, si llegamos a tener descendientes, si van a permitir que tengamos descendientes, y no lo permitirán porque ya tienen mucha experiencia de cómo limpiarnos de los descendientes, es su principal asunto, su principal fin, de qué forma más estúpida ha salido todo, no quería hacerte daño, Marta, ya no tendré tiempo para contártelo todo, y sobre Jomá que te quiere, y sobre Grits que nació en Karagandá, y sobre Yurkó a quien le están quitando su último año o máximo dos de vida, pero estoy orgulloso de estar ahora y aquí con estos chicos, de que nos tiren al mismo hoyo enorme, junto con esos Marranos, Putas y Gitanos, estoy orgulloso de haber conocido a estos chicos, son poetas excepcionales y lo primero que lo confirma es su manera de morir, pero no podría ser diferente, y para qué sirve vivir si han colocado su unidad de comunicación en nuestra cafetería favorita y su polígono para cohetes en el séptimo cielo, para qué sirve vivir si leerán en nuestras almas con sus radares y nos llamarán a las seis de la madrugada para limpiar el vómito de sus wáteres; tanto más sabio sería no vivir para verlo, así que es mejor provocar a alguno de ellos, por ejemplo, escupirle en la jeta, y no aguantará, soltará una ráfaga de metralleta porque se acordará del honor de un militar que sólo se humilla a las órdenes de su comandante, y habría hecho este truco ahora ya, inmediatamente, pero primero tengo que dejar pasar tus balas a través de mi cuerpo, no puedo confiarle esto a Jomski, aunque te quiere, pero tu mano está en la mía, hace tiempo que no nos cogíamos de las manos, la última vez fue hace siete años, cuando estabas llevando a Oksanka y dibujabas mis retratos con la barra de labios en todos los espejos de nuestra casa...

En El Mercado os alinearon en filas, de espaldas al sol que salía por encima de la casa consistorial. Eráis muchísimos: centenares de personas como vosotros que habíais venido a divertirse en el festival del Espíritu Renaciente. Estabais callados y mirabais al oficial que paseaba delante de vosotros, miraba el reloj y aguardaba algo

desde la antigua calle de las Benedictinas. Habían quitado la bandera de la casa consistorial.

Tú, Martoflak, te agarrabas a la mano de tu mujer como al último refugio en este mundo, tú, Yurkó, relamías tus labios reseco y silbabas algo muy bajito, tú, Grits, te estabas acordando del último poema que todavía no habías podido apuntar, y tú, Jomski, dibujabas algo con la punta de tu zapato en el empedrado viejo de la calle, a pesar de que no salía nada: tu zapato no dejaba huella.

Pero justo a las siete de la mañana desde la antigua calle de las Benedictinas apareció un elegante carro blindado de reconocimiento y patrulla. Se paró a unos cien metros de vosotros. El viento estaba jugando con las carpas tendidas en la plaza, llevaba por allí unos montones de basura festiva, madejas de serpentinas, periódicos amarillos, globos, trozos de banderas y pendones.

—¡Atención! —expiró el oficial con voz alta.

Alguien vestido con un mono jaspeado y con un megáfono potente en el pecho apareció encima del carro blindado. Y oísteis su voz metálica desfigurada por el megáfono:

—¡Queridos amigos! ¡Señores! ¡Compañeros! ¡Hermanos y hermanas! Me alegro de saludarles al principio de la segunda jornada de nuestra loca función. Yo soy el director de escena de este festival, Pavló Matsapura. Confío en que a todos vosotros os haya gustado esta broma bastante mordaz e inesperada, este *happening* en el que habéis participado todos sin daros cuenta. Espero que nadie se sienta enfadado o víctima. Al fin y al cabo, en el programa se anunciaban sorpresas. Dentro de dos horas os invito a todos a una feria festiva. Ahora ya podéis marcharos y seguir divirtiándoos. En las escenas de masas han participado los actores del teatro joven y del teatro experimental. ¡Vamos a agradecerles su perfecta interpretación con un fuerte aplauso!

Y todos vosotros, de espaldas al sol, batisteis las palmas como locos, estabais aplaudiendo y aplaudiendo y no podíais parar hasta que os empezaron a doler las manos pero seguíais aplaudiendo, y el oficial y los soldados saludaban al público. Matsapura saltó del carro y sin parar de saludar en respuesta a los aplausos y a los gritos «bravo» del público se dirigió hacia vosotros. Estaba simplemente genial, radiante, brillaban sus gafas, sus dientes, brillaban sus zapatos. Os reconoció desde lejos, agitó su mano y trotó hacia vosotros.

—Bueno, ¿qué tal? —preguntó mientras repartía abrazos y besos a todos, especialmente a Marta.

—Una pasada —contestó Jomá.

—No os podéis ni imaginar lo que ha costado todo esto: los fusiles, los carros, decenas de cajas de cartuchos de salvas, tanto jaleo para conseguirlo todo, los patrocinadores ayudaron pero yo solo tuve que hacer todas las gestiones para conseguirlo todo, bueno, por suerte, todo ha salido impecable y vosotros habéis hecho muy bien en venir, aún nos quedan tantas cosas...

—Te queda bien —le interrumpió Martoflak.

—¿Qué? ¿El uniforme de tropas de asalto? —puntualizó Matsapura.

—Y al fin y al cabo, eres un buen chaval —dijo Grits.

—Por cierto, déjame trescientos pavos —dijo Jomá.

—Y algún cigarrillo —pidió Mórtich.

Martoflak soltó la mano de su mujer.

—¿Vamos a tomarnos algo más hoy? —preguntó él.

—Sí, pero acordaos de que a las ocho es vuestra tertulia poética —Matsapura se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo—. Así que tendréis que recitar poemas, amiguitos...

Septiembre-octubre, 1990

LA VIDA ES SUEÑO

(O LA PALABRA DEL AUTOR)

En septiembre del 1990 volví bastante agotado a Moscú después del festival de poesía «Algarabía dorada». Volé desde Kiev en un vuelo increíblemente temprano, habría que matar a los responsables de esos servicios por idear tales horarios. Mientras iba desde el aeropuerto Vnúkovo hacia la residencia de estudiantes me quedé dormido varias veces pero, por suerte, el viaje acabó sin pérdidas. Mi habitación, con una máquina de escribir me estaba esperando en el sexto piso. Me encerré desde dentro con dos vueltas de la llave y me eché en la cama abierta, que me miraba como el ojo de un abismo infinito. Dormí en ese abismo unas veinticinco horas y al día siguiente, en vez de ir a clase, empecé a teclear la historia que después recibió el nombre de *Recreaciones*.

Me gustaba lo que estaba haciendo. Habían sido dos semanas maravillosas, aproximadamente el mismo tiempo que tardé en acabar el borrador de la historia. Luego lo dejé a un lado para que se enfriara, como se enfrían algunas bebidas psicodélicas antes de ser consumidas.

Al cabo de un año más o menos, en el otoño del 91, después de que dos o tres o hasta cuatro redacciones declinaran mi manuscrito de *Recreaciones* con visibles muestras de compasión, Mikola Riabchuk dio uno de los pasos más imprudentes de su vida y aceptó mi novela para su revista *Suchásnist (La Modernidad)* reformada. Me gustaría decir que fue el inicio del fin de esta publicación famosa en su tiempo pero me guardaré de exageraciones narcisistas.

Escribiendo *Recreaciones* todavía no sabía que ninguna historia tiene final. Me parecía que pondría el punto final y me quitaría de encima este carnaval, esta fantasmal Chortópil y a estos personajes con su vitalidad desmesurada para siempre. Desgraciadamente (¿desgraciadamente?), el punto final resultó ser el sacramental aforismo de Matsapura: «tendréis que recitar poemas, amiguitos».

Desde entonces, pronto habrá pasado el primer decenio. Me atreveré a afirmar que ese tiempo fue equivalente a algunos siglos por la intensidad de acontecimientos, aunque esto, probablemente, también sea una exageración. La vida nos estaba cambiando como buenamente podía y no siempre preguntaba si estábamos de acuerdo con ser cambiados. La vida fue en su mayor parte inaguantable, pero valía la pena vivirla.

A lo largo de los últimos cinco o seis años me han hecho bastantes preguntas sobre cómo se deberían entender algunos fragmentos de *Recreaciones*. A veces pasaba al revés: me explicaban cómo se debía entender este texto y qué era lo que de hecho había detrás de todo este *carnavale*, aparte del habitual italiano «adiós, carne». A ratos, todo esto adquiriría el aspecto de un leve trastorno mental. Recuerdo que

después de una de las tertulias poéticas una señorita enfática se me pegó, casi tocándome, y repetía con una aspiración caliente: «Ah, sí, he leído, claro que he leído esas *Recreaciones* tuyas, sobre todo aquellos fragmentos donde describe usted cómo los negros y los árabes j...n a nuestras chicas en las residencias de Lviv... ¡Es horrible, simplemente horrible, se lo digo yo! ¡Estas chicas, negros, árabes!». Hablaba tan convencida y apasionadamente que yo no tenía ni la menor posibilidad de intercalar una palabra para justificarme o, más bien, para justificar a aquellos negros y árabes. Sobre todo porque por fuera, tal vez, sí que parezco un típico cantor de las residencias y de la amoralidad.

A veces pasaba que los lectores pedían que les contara qué había sido de mis personajes en la actualidad. ¿Qué les pasó una vez acabada la fiesta de Chortópil, celebración cruel y un tanto graciosa? ¿Dónde están ahora, qué les ha deparado el tiempo?

Y debo reconocer que éstos son los lectores más perspicaces. Pues han sentido, percibido, descifrado una cosa muy esencial: en *Recreaciones* no hay personajes en el sentido literario. Las personas descritas en la novela son gente real y viva, no he cambiado ni siquiera sus nombres, mucho menos sus apellidos. Al fin y al cabo, es fácil reconocer a todos ellos y hasta ahora están en el espacio y el tiempo común de todos nosotros. Aunque la verdad es que en aquel entonces, en el año 90, les conocía mejor porque parece que éramos amigos. Pero hasta hoy día a veces me recuerdan su existencia, algunos más, otros menos a menudo, Martoflak es quien lo hace con más cara dura.

Sus sospechas sin fundamento sobre la traición matrimonial (porque en realidad no hubo ninguna, sólo las fantasías eróticas de Marta en la bañera de la habitación del hotel enfocadas, por supuesto, en Jomski, mientras éste estaba batallando con la botella de cava y en este pasatiempo le pilló el enfadado Martoflak al regresar de la otra Marta), bueno, pues estas sospechas alimentadas con una testarudez maníaca hasta convertirse en una certeza, al final causaron unas grietas insalvables en la vida matrimonial de los Martoflak y acabaron en un divorcio bastante escandaloso con cristales rotos e intentos de violencia física por ambas partes. Martoflak se hundió rotundamente, convirtiéndose de un líder de la poesía joven en un sin techo a ojos vista. Dicen que últimamente pasa las noches en estaciones de ferrocarril, en locomotoras diésel y en baños públicos, su barba se le está cayendo a mechones, llena de tabaco viejo, bichos muertos y huesos de pescado, aparenta casi sesenta años, se hincha de brebajes de todo tipo cada día con su compañía actual. Se parece a un profeta derribado y degradado como nunca. Algunas veces emerge delante de mí en algún lugar de la ciudad, me coge de las manos y me pide «un rublo». No puedo aparentar que no le conozco. Siempre lleva el mismo abrigo que apesta desde hace tiempo, por cierto, es el antiguo abrigo de Jomski pero todo lleno de manchas de vino, orina y Dios sabe qué otras sustancias. El año pasado intenté proporcionarle algún tipo de ingresos y le invité a editar mis *Pájaros y plantas exóticas*. Sin duda

alguna, ha perdido su ejemplar del manuscrito en una de las cloacas donde se mete durante sus ataques de *delirium tremens*. Y encima luego me soltó un mogollón de porquerías sobre mis poemas. Me da un poco de pena pero esto ya no cambia nada.

Jomski apareció por su casa poco antes de que Marta recobrase su apellido de soltera, Martiniak. Parece que era un amor de verdad, se les veía juntos por todas partes, en los conciertos pop, en las excursiones en bicicleta por las afueras y en los gimnasios, a veces aparecían los cuatro, junto con los niños de Martoflak, si de visitas al circo o al teatro de títeres se trataba. Marta parecía muy contenta, Jomski le brindaba todo tipo de atenciones y muestras de amor, le compraba rosas, helados y adornos de plata, el asunto iba para una boda y el menor de los retoños de Martoflak, Ostápchik, se estaba acostumbrando a llamar a Jomski papá en vez de títo. Sin embargo, un día Marta echó a Jomski de casa sin ninguna piedad —en relación a sí misma, antes que nada— después de haber interceptado en un espejo la mirada que lanzó casi automáticamente a una Oksanka ya casi adolescente. Jomski se fue, dicen que se abrió paso en el mundo de las entidades relacionadas con *show-business*, escribe textos para las mocosas, a veces presenta conciertos con la participación de Taisia Povaliy^[70], tuvo algún problema con las ninfetas y por poco acaba en el penal pero finalmente consiguió zafarse.

Durante un tiempo Marta estuvo sola, en los círculos de nuestros viejos conocidos se tejían proyectos para devolver al viejo Martoflak bajo su benéfica ala protectora, pero las señales más que explícitas de una cirrosis del hígado bastante descuidada en este último enfriaron los ánimos de los entusiastas. Marta se puso a buscar pareja a través de anuncios en los periódicos hasta que tuvo suerte: su antigua compañera de clase, empleada de la agencia matrimonial Basileus Co., le procuró la dirección de cierto alemán, o mejor dicho natural de Suiza, de al menos cincuenta y ocho años de edad, con el que pronto se irá a vivir a Lucerna. Dentro de unos diez años de nada podrá obtener la nacionalidad suiza.

Grits Stundera engordó mucho y dejó de escribir por completo. Es una de las personas clave en el consejo de dirección de la sociedad limitada La Aldea. Es propietario de unos cuantos hoteles y pensiones de tipo íntimo construidos en un lugar privilegiado bastante cerca de Chortópil. Además, organiza sesiones de caza de osos en los Cárpatos para turistas del oeste y su programa incluye los típicos pinchos de carne a la brasa, sauna y otros servicios sujetos a tarifas adicionales. Aunque la verdad es que cuentan que en las últimas dos temporadas la hacienda de Grits registra pérdidas cada vez más acusadas: la afluencia de los cazadores extranjeros casi se ha paralizado debido a la aparición de un fantasma gigante con la cabeza destrozada por un tiro por aquellos lados, alguno de los empleados lo bautizó El Tiburón. Dicen que para salvar su negocio, el año que viene Stundera procurará promocionar una diversión mucho más cara y espantosa: la caza de un muerto. La única persona de su encarnación anterior de la que a Stundera le gusta acordarse hasta ahora es Yurkó Mórtich.

Que, por cierto, no se ha muerto. Al parecer, la velada en la Villa de los Grifos en Chortópil se convirtió en un jalón en su destino. Renunciando a la vanidad de las vanidades, Mórtich se sumergió por completo en los libros sagrados y empezó a estudiar para teólogo, escribía sermones ecuménicos para varios jefes muy respetados. No abandonó la poesía pero, digamos, la canonizó: escribe narraciones rimadas sobre las vidas y las hazañas de los santos bizantinos, a veces unos esbozos en prosa sobre animalitos domésticos, y los publica en la editorial Misionero de forma regular. La jefatura de la Iglesia apostólica lo recomendó para adiestrarse como exorcista en un monasterio pequeño y bien camuflado en algún lugar de Transilvania o incluso de Irlanda. Parece que hace poco volvió y ahora es un exorcista practicante. El año que viene irá a la Copa del Mundo en Colombia. Se compró un precioso chalet en Víniki, cerca de Lviv. Vive solo pero tiene estufas, invernaderos, vigilancia y una antena parabólica. A veces, se suelta la melena y se encierra a cal y canto en su casa, a beber una barbaridad de cerveza, normalmente, la de Chortópil. Después, va tropezando con botellas vacías por todas partes durante unos días. Las botellas van rodando de una habitación a otra, ruedan por las escaleras, algunas están llenas de colillas y cenizas, otras se quedan en los rincones llenas de orina a rebosar.

Así viven.

Porque todo lo que les queda a cada uno es sólo sueño, su último sueño de la juventud, cuando todos eran alegres y guapos. Pero no volverá, no volverá aunque revientes, así como nunca volverá esa noche de mayo única en la vida. Sin embargo, esto no significa que la historia haya terminado. Por esto dejó abiertas todas las posibilidades, todas las torres de entrada, ventanas y puertas, los poemas no recitados, las quejas no registradas y siguiendo al doctor Popel les deseo a todos felices fiestas.

Junio, 1998.



Yuri Andrujovich (ucraniano: Юрій Ігорович Андрухович) (1960, Stanislav, Ucrania) es un escritor ucraniano, periodista y traductor, que se ha destacado por sus novelas, poemas y ensayos.

Notas

[1] El nombre de este lugar ficticio se deriva de las palabras «Campo del Diablo» y sus características recuerdan a la ciudad natal del escritor, Ivano-Frankivsk, antes Stanislav. Los nombres de los personajes, por su parte, aluden a sus características; así, Jomski se deriva de *yugo*, Martoflak es ‘dependiente de Marta’; a Mórtich no le queda mucho por vivir y Stundera tiene tintes nacionalistas, por su parecido con Bandera, apellido de un famoso nacionalista ucraniano. (Esta nota y todas las que siguen son del traductor). <<

[2] Este apellido remite a un bandido del siglo XVIII que, entre otras cosas, trabajó de verdugo, y que después fue condenado y ejecutado por múltiples asesinatos e incluso por canibalismo. Como personaje, aparece en el poema burlesco *Eneida* de Iván Kotliarevski, un clásico de la literatura ucraniana. En la novela hay múltiples alusiones a este poema. <<

[3] Periódicos rusos de orientación comunista. *La Verdad y Estrella Roja*. <<

[4] Hasta la caída del Imperio austro-húngaro tras la Primera Guerra Mundial, la parte occidental de Ucrania, incluido Stanislav, formaba parte del mismo. <<

[5] Una de las consignas de la perestroika, junto con la transparencia, *glasnost*. <<

[6] Organizaciones que promovían la lengua y literatura ucranianas y reivindicaban una interpretación diferente de la historia del país en la Ucrania rusificada tras la época soviética. <<

[7] Lugares de conflictos armados entre las etnias azerí y armenia y turca y uzbeca, respectivamente. <<

[8] La típica escultura de la época soviética. <<

[9] La marca húngara de autobuses, vehículos bastante cómodos en comparación con los autobuses de fabricación soviética. <<

[10] Alude a la tradición ucraniana de romper las copas de champán después de que los recién casados han brindado. <<

[11] SNUM, siglas de la Unión de la Juventud Ucraniana Independiente. En la época soviética la gran mayoría de los jóvenes entre los catorce y los veintiocho años pertenecían al Komsomol, pero esta organización se disolvió en 1991 <<

[12] Cuando en los años noventa se reintrodujo la propiedad privada, las sociedades cooperativas eran la forma de organización más difundida de las nuevas empresas. <<

[13] El grupo étnico autóctono de los Cárpatos ucranianos. <<

[14] Se trata de un poeta ucraniano muerto en 1937, y que permaneció olvidado hasta los años 60. Andrujóvich le rinde homenaje en la novela *Doce anillos*. <<

[15] Los cosacos son una formación social y militar que simboliza el apogeo de la soberanía ucraniana, porque durante una época consiguieron establecer su dominio en casi todo el territorio de la Ucrania actual estableciendo su propia estructura administrativa, gubernamental y militar, y constituyendo así por un breve período de tiempo un estado independiente. El discurso nacionalista ucraniano apela mucho a la tradición cosaca que se remonta a los siglos XVI-XVIII. <<

[16] Traducción ucraniana del título del libro de memorias de Ernest Hemingway
París era una fiesta. <<

[17] Juego con el título del poema «Espíritu que el cuerpo eleva a la contienda» de Iván Frankó que implicó para su autor el reconocimiento oficial como «revolucionario eterno» y la inclusión de su nombre en los libros de texto de literatura en los colegios soviéticos. <<

[18] Otra alusión a la *Eneida* de Iván Kotliarevski. <<

[19] El jefe de la Comisión Extraordinaria, la precursora de la NKVD y el KGB. <<

[20] Médico psiquiatra, personaje de la novela *Yo (Romantismo)* de Mikola Jviloviy, considerado símbolo de la crueldad bolchevique. <<

[21] Árbol típico de los Cárpatos ucranianos. <<

[22] Nombre de un polideportivo soviético. <<

[23] Volodímir Kaufman y Yuriy Koj, dos artistas gráficos ucranianos, amigos y colaboradores del autor. <<

[24] Poeta ucraniano (1911-1985). <<

[25] Periodista soviético de renombre, director de la revista *Ogoniok*, progresista para la época. <<

[26] Cesare Lombroso, médico y criminólogo italiano, autor del libro *El delito. Sus causas y remedios*. <<

[27] Símbolo convertido hoy en el escudo de Ucrania. <<

[28] Ciudad de Kazajstán donde deportaban a los ucranianos de la parte occidental del país. <<

[29] Provincia ucraniana que recibe su nombre de la ciudad de Gálich. <<

[30] Las bebidas alcohólicas se piden en gramos en los restaurantes ucranianos. <<

[31] La mafia extorsionista que controlaba las empresas privadas recién creadas. Todo un símbolo del nuevo poder en la época final de la Unión Soviética. <<

[32] Serguey Yesenin, famoso poeta ruso de principios del siglo xx. <<

[33] Stepán Bandera. <<

[34] Atamán supremo de los cosacos. <<

[35] Es la lista de las clases de población con ciertos privilegios en tarifas o en acceso a servicios de la época. <<

[36] Se entremezclan las imágenes de la *Eneida* de Kotliarevski. <<

[37] Una especie de ninfa que habita en los bosques. <<

[38] Miembro del grupo artístico Bu-ba-bú (acrónimo de «Burlesco-farsa-bufonada») creado por Yuri Andrujóvich y sus amigos, Víktor Neborak y Oleksandr Irvánets (el Sashkó de la dedicatoria). La actividad más importante del grupo se desarrolló en el período de 1987 a 1991. Su característica más notable es la encarnación de la mentalidad neobarroca carnavalesca, relacionada con la sensación de ruptura y fracaso del sistema soviético que llevó a la depresión social por un lado y a la reacción burlesca por otro. <<

[39] Los colores de esta bandera aluden a un chiste muy típico, en el sentido de que la bandera de Ucrania tendría que ser de color tocino, alimento muy apreciado en el país. <<

[40] Instrumento musical de cuerda típico del folklore ucraniano, una especie de cítara muy usada por los ministriles para acompañar sus baladas. <<

[41] Las banderas de percal rojo se colocaban en las tumbas de los cosacos junto con sus espadas. <<

[42] El sauquillo es una de las plantas favoritas del folklore ucraniano, símbolo de tristeza (las ramas de este arbusto se inclinan, sus frutos son rojos como gotas de sangre) y renacimiento (sus flores blancas vuelven a brotar cada año). <<

[43] Danza popular del oeste de Ucrania que se baila en círculo o semicírculo, a menudo con hachas en la mano. <<

[44] Se deriva de las raíces *estrella* y *fama*, en ucraniano. <<

[45] Cita de un poema de Pavló Tichina, poeta ucraniano de la época soviética. <<

[46] Conflicto relacionado con las propiedades de la Iglesia entre los greco-católicos y los ortodoxos ucranianos. <<

[47] Referencia al legendario tesoro del atamán cosaco Polubótok, al parecer, enviado a Inglaterra poco antes de su muerte. <<

[48] La parte del ejército que los cosacos pudieron mantener después de la división de Ucrania entre Rusia y Polonia en el siglo XVIII. <<

[49] Pedro I el Grande utilizó a los cosacos en la construcción de su capital, San Petersburgo, en los pantanos del Neva, que fue terminada en 1721. Multitudes de cosacos murieron por las vicisitudes del clima y la dureza del trabajo. <<

[50] Está parafraseando los famosos dichos: «La arquitectura es la música inmóvil» (von Schelling), «El comunismo es el poder soviético más la electrificación de todo el país» (Lenin), «La fuerza del pueblo está en su unidad», *Esta dulce palabra: libertad* (nombre de una película), «Me desagradan tus ideas, pero daría mi vida para que pudieras expresarlas» (Voltaire). <<

[51] Dmítro Donsóv (1883-1973) político, filósofo y periodista ucraniano, autor del libro *Nacionalismo*, ideólogo de la Organización de los Nacionalistas Ucranianos que hizo frente al Ejército Rojo en la Ucrania occidental. <<

[52] Coronel del ejército cosaco, uno de los líderes de la resistencia ucraniana contra los polacos en el siglo XVII. <<

[53] *Hetman*, cosaco que durante la guerra entre Rusia y Suecia (1700-1721) pactó con esta última, con la esperanza de liberar Ucrania del dominio de Moscú con lo que ganó la fama de traidor en la historia rusa y de promotor del estado ucraniano y héroe nacional, en la versión ucraniana. <<

[54] Se trata de la deportación de los ucranianos, después de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, que afectó, sobre todo, a la Ucrania occidental anexionada en 1939 donde la población se oponía al dominio soviético. <<

[55] La cuenca carbonífera de Donetsk, región mayoritariamente rusoparlante en el este de Ucrania. <<

[56] Comisariado Popular del Interior, servicio de seguridad de la URSS. <<

[57] Jubilados del ejército, órganos de seguridad, etc., que recibían pensiones más altas. <<

[58] La matanza se produjo tras la anexión de la Ucrania occidental en el año 1939, según el pacto de Mólotov-Ribbentrop. En 1941, tras la invasión alemana, hubo atisbos de normalidad en la vida de esta región. <<

[59] En el sur de Ucrania. <<

[60] Los batallones de trabajadores estaban conformados principalmente por soldados de origen étnico no ruso y se dedicaban a las obras de construcción, como por mano de obra barata. <<

[61] Frase de una canción muy popular en los años 90. <<

[62] Reminiscencias de Gógol, el escritor favorito del autor, que, a su vez, traen a la memoria la obra de Mijaíl Bulgákov. <<

[63] Juego de naipes derivado del *whist*, muy popular en Rusia y Ucrania. <<

[64] Personaje de la novela de Alexei Tolstoi *El conde Calioistro*, el criado del diabólico conde. <<

[65] Nombre del demonio en el Corán. <<

[66] Personaje de la novela corta *La noche de víspera de San Juan* de Gógol, una mezcla de hombre y demonio que ofrece tesoros y bienes materiales a las personas para seducirlas. <<

[67] Alusión a la frase «El mundo me perseguía pero no me atrapó» que el filósofo ucraniano Grigori Skovorodá del siglo XVIII quiso grabar en su tumba. <<

[68] Hace referencia al canibalismo del Matsapura histórico. <<

[69] Este fue el término utilizado para referirse a la élite cultural e intelectual de Ucrania que sufrió represalias en la época soviética, sobre todo durante los años treinta. <<

[70] Una cantante famosa en Ucrania. <<